



WAYNE W.

DYER

Los regalos de Eykis

Aprende a liberarte de tus zonas erróneas

DEBOLSILLO *clave*

WAYNE W. DYER

Los regalos de Eykis

Traducción de
Esther Donato

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A la *promesa* de Eykis,
¡un milagro para nuestro tiempo!
Y a la memoria de John Lennon,
que nos propuso «imaginar» que el mundo
podía ser como un milagro.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes que se mencionan en ella son fruto de la imaginación del autor, o bien son utilizados en sentido ficticio. Cualquier parecido con acontecimientos, lugares o personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud a Michael Korda y a John Hermán, de Simón and Schuster, por su espléndida labor editorial; a Arthur Pine y Richard Pine, por el estímulo que me han dado y por su fe en el libro; y en especial a Susan Elizabeth Dyer, por la gran energía creativa que ha dedicado a la producción de esta novela, mi primera obra de ficción.

La realidad no es un concepto; la realidad es mi vida cotidiana.

J. KRISHNAMURTI

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia, la narrativa ha sido un importante medio de comunicación. Desde las Fábulas de Esopo y las parábolas de la Biblia hasta Juan Salvador Gaviota, pasando por otras muchas obras antiguas y modernas, tenemos agradables ocasiones de aprender poniéndonos en la situación del observador. Cuando las consecuencias de las acciones recaen sobre una zorra, un pájaro o un hijo pródigo, la punzada crítica resulta menos doloroso. Pero vemos fácilmente en qué forma la verdad y la esencia universal de la narración nos atañen a todos. Esos ejemplos «imaginarios» nos impulsan hacia nuevas percepciones y emociones, hacia una nueva conducta. La ciencia y la tecnología nos han llevado a un espléndido mundo nuevo, que nos brinda mayores posibilidades que nunca. Sin embargo, en muchos aspectos nuestras actitudes y sentimientos no han evolucionado en consecuencia. Estamos mal «equipados» para aprovechar las oportunidades que se nos presentan hoy en día, porque arrastramos creencias y percepciones erróneas sobre las realidades de nuestro mundo. ¿Cuáles serían las reacciones de un visitante de otro planeta ante nuestras complejas organizaciones de la Tierra? ¿Cómo veríamos nosotros la cultura de ese visitante? ¿Podernos compararnos favorablemente con otras civilizaciones? ¿Estamos dispuestos a aceptar una mirada objetiva? Los regalos de Eykis es un ejemplo de diálogo entre un terrícola y un uranita, o sea un habitante de la Tierra y un habitante de Urano. Ambos son personas pacíficas, abiertas y amantes de la vida, y desean aumentar el bienestar colectivo. A través de ellas he podido observar en qué estado se encuentran nuestras sociedades e imaginar a dónde podríamos llegar si optásemos a favor de ciertas realidades. El incentivo de ser una parábola puede hacer que surjan entre nosotros más personas dispuestas a observar, pero en último término todos debemos mirar hacia dentro y observarnos a nosotros mismos.

Como ustedes descubrirán, Eykis vive. ¡Viva Eykis!

WAYNE W. DYER

PRÓLOGO

Se había designado la biblioteca como lugar donde devolver los birretes y togas alquilados. Estaba yo entre las estanterías llenas de papel y cuero, símbolos tradicionales de la sabiduría, con la muceta de mi toga doctoral torcida sobre los hombros como un dogal flojo, sosteniendo bajo el brazo el pergamino arrollado que certificaba mis calificaciones profesionales, con un ensayo del filósofo Bertrand Russell en las manos. El libro trataba de la felicidad, algo que yo había buscado, sin jamás encontrarlo, en los innumerables textos que había leído hasta el momento.

Alguien se me acercó por la espalda. Le reconocí por su leve arrastrar de los pies. En la universidad había quienes le llamaban —excéntrico; otros, menos amables, le tildaban de «viejo chiflado». Pero en la comunidad internacional de los científicos, sobre todo entre los físicos, se le reconocía como un genio.

Me volví y le sonreí, saludándole con respeto no fingido.

—Buenas tardes, profesor.

—Ah, sí... Amigo mío, tengo un Regalo para usted. El habla del profesor estaba salpicada de más *mayúsculas* que las que usábamos los demás. Me entregó un fajo de ecuaciones matemáticas que yo veía por primera vez.

—Hace mucho tiempo, en mis primeros días de Experimentación, tuve un Ayudante. No quiso darse a conocer, alegando que, siendo un Visitante, su presencia podía constituir un Trastorno. En realidad, el Mérito era suyo, pero afirmó que la Responsabilidad era mía y que también debían ser míos todos los Resultados.

—Nunca me ha hablado de él, que yo recuerde.

—No, no. Ni le hablaré de él nunca más. Aun así él me dejó las *Fórmulas Uranitas*. He intentado descifrarlas, pero sólo he conseguido vislumbrar su sentido. Él me dijo que llegaría un Alumno Bien Dispuesto que continuaría el Viaje. De eso hace cuarenta años. He esperado mucho tiempo... —suspiró—. El Alumno es usted.

Por su rostro arrugado empezó a flotar una leve sonrisa, que finalmente brilló en sus ojos.

—¿Yo? ¿Qué fórmulas ha dicho usted? —pregunté, incrédulo.

—Las *Fórmulas Uranitas*. Se refieren al Transporte Molecular. Mi viaje está casi acabado, pero el de usted empieza aquí —dijo, señalando las páginas mecanografiadas—. *Bon voyage*, Alumno. Quizás un día será Profesor.

Me dirigió otra vez su agradable sonrisa, dio media vuelta y se alejó, arrastrando levemente los pies.

—¡Gracias por el regalo! —exclamé, aún desconcertado.

Sin detenerse, me dirigió un tranquilo adiós con el brazo y desapareció detrás de una estantería.

PRIMERA PARTE

URANO

La llegada

¿Quién lo hubiera creído? Aquel lugar llamado Urano parecía una reproducción exacta de la Tierra. Después de pasar varios años descifrando las *Fórmulas Uranitas*, había realizado mi primer autotransporte a otro planeta, y la suerte había querido que llegase a uno que parecía idéntico al mío. Según las apariencias, en Urano todo era igual que en la Tierra.

Yo había supuesto que, aun sin salir de mi sistema solar, tendría la oportunidad de ver algo nuevo, algo *diferente*, si llegaba a un planeta muy lejano. Pensaba que Urano estaba lo bastante lejos de la Tierra como para ofrecerme una realidad completamente nueva: seres gaseosos que cambiasen de forma, o por lo menos algo digno de la vivida imaginación de los autores de *Star Trek*, cuya obra admiraba tanto. Me había imaginado a mí mismo en túneles del tiempo, saltando millones de años hacia el futuro o hacia el pasado por alguna mágica posibilidad de trascender mi cuerpo. Los años de espera y de trabajo duro no me habían preparado para aquella sorpresa: ¡la de que no había sorpresa alguna!

Los escritores e investigadores que creían posible la existencia de un planeta parecido al nuestro imaginaban reflejos de la Tierra, sociedades en las que el bien y el mal estaban invertidos, y cosas semejantes. Yo no había pensado nunca, ni en los momentos en que dejaba volar la imaginación, que podía encontrarme con un planeta exactamente igual al mío. Era casi como si los habitantes de Urano se hubiesen propuesto reproducir nuestro mundo en todos sus detalles. Sus grandes océanos, cordilleras y desiertos eran un calco de los terrestres. Hasta tenían nombres idénticos. No sólo había un desierto del Sahara, sino incluso un *Hotel Sahara*. Sospeché que nos habían espiado desde un observatorio muy potente y que habían reconstruido la Tierra en Urano. Ciertamente habían reproducido hasta el último detalle. En todas las

ciudades grandes se producían atascos a las cinco de la tarde; en el «Tercer Mundo» reinaba el hambre; y existían grandes centros comerciales y pequeños coches de bajo consumo importados del «Japón». No habían olvidado nada.

Empecé a pensar que era víctima de un engaño. Quizá se me había hecho creer que era el primer terrícola que visitaba otro planeta, sin que en realidad hubiera salido del mío. ¿Se habría descubierto mi secreto análisis de las *Fórmulas* y se me utilizaba como cebo propagandístico para engañar a los soviéticos, haciéndoles creer que habíamos conseguido un gran avance tecnológico que en realidad no existía? Recordaba vagamente haber visto una película sobre ese tema. Pero, en el fondo, estaba seguro de encontrarme en otro planeta. Había *sentido* el impacto del transporte molecular; había vivido el viaje supersónico que me alejaba de la Tierra por el vacío espacial. Estaba seguro, pero la duda no me dejaba en paz. Llegué a la conclusión de que la única manera de comprobar si estaba en Urano era prescindir de las apariencias y ver si también las personas eran iguales a los terrícolas, como así parecía ser.

Decidí elegir a una de aquellas personas y hablar detenidamente con ella; si resultaba ser como los terrícolas que conocía, volvería inmediatamente a la Tierra y trabajaría en la posibilidad de viajar *más allá* de nuestro sistema solar. No había viajado miles de millones de kilómetros con el solo fin de reencontrar mi mundo natal. Había iniciado aquella empresa con un deseo de aventura y emociones. La perspectiva de hallarme en un mundo nuevo de gente idéntica a la que había dejado atrás no me atraía especialmente.

Me instalé en mi habitación, en uno de los mejores hoteles de Urano, conecté el televisor sin mirarlo y me puse a discurrir la manera de conocer a los habitantes de aquel mundo, que me resultaba al mismo tiempo extraño y familiar. No dejaba de ver la ironía de mi situación. Estaba en un mundo desconocido, pero tenía la sensación de no haber salido del mío. Hasta aquella habitación de hotel era como las que había visto mil veces: la minúscula pastilla de jabón, la pequeña dosis de champú en una bolsita de plástico marrón, la gastada limpieza de la colcha, la Biblia de Gideon, nunca abierta por nadie, en el cajón del armario...

La cabeza me rebosaba de preguntas que formular a los uranitas, y me encontré dándole vueltas a la cuestión «¿Cómo hacerlo?», actitud que adoptaba a menudo para evitar emprender una acción. Mucho tiempo atrás había aprendido que la manera de llevar a término una cosa es ponerse a hacerla. Pero también había aprendido a eludir esa realidad, que requería esfuerzo y sudor, además de todas las cualidades que me agradaba ver en los demás y descuidar en mí mismo. En lugar de poner manos a la

obra, estaba utilizando ahora mi situación problemática para mantener mi pensamiento centrado en lo que podía o no podía hacer. Después pasé a una forma más avanzada de escapismo. Me puse a pensar en las preguntas que quería formular a los uranitas. ¿Tenéis guerras? ¿Os preocupan las leyes? ¿Cómo afrontáis el problema del cáncer, y cómo veis ese misterio llamado muerte? ¿Tenéis escuelas, y se da prioridad en ellas a las notas y a la obediencia? ¿Lleváis téjanos hechos a medida y, de ser así, por qué? ¿Tenéis la misma historia que los terrícolas? ¿Tenéis noticia de nuestra existencia? ¿Nos visitaréis algún día y, en tal caso, vendréis en son de paz? ¿Tenéis armas nucleares? ¿Tenéis una Jane Fonda? ¿Sois idénticos a nosotros por dentro como lo sois por fuera? ¿Sentís emociones, temores, ansiedad? ¿Usáis tranquilizantes? Estas preguntas me bombardeaban el cerebro casi tan de prisa como acertaba a grabarlas en mi pequeño magnetófono. (Me pregunté, por cierto, si podría cambiarle las pilas en Urano.)

Mientras dictaba, me di cuenta de que la palabra «ansiedad» había sido repetida por el televisor. No pude creerlo. Hasta entonces no había prestado atención al informador que hablaba en la pantalla, un hombre que tenía exactamente el mismo aspecto de los que yo había visto por todo mi país. El modelo ario de «apostura televisiva», que habría podido deslizarse en el asiento vacío de cualquier locutor de la televisión local de Seattle, Minneapolis, Atlanta o Toronto sin que nadie notase la diferencia, leía su texto de una manera tan insulsa, que yo había bajado el volumen mientras pensaba en la enorme tarea que me esperaba. Pero, mientras dictaba al magnetófono «¿Sentís emociones, temores, ansiedad; usáis tranquilizantes?», oí en el boletín de noticias las primeras palabras que me hicieron comprender que en Urano no era todo exactamente como en la Tierra. Fue casi como recibir un bofetón.

Haciendo la transición de un bloque a otro, antes de que apareciese un anuncio, el señor Apostura Aria había dicho: «Aquí terminan las noticias locales. Permanezcan atentos a sus pantallas; dentro de unos momentos les ofreceremos la información deportiva, el boletín meteorológico y el informe sobre la ansiedad.»

Había escuchado a medias la información nacional, que, salpicada de expresiones vacías como «los principales índices económicos», «las manifestaciones estudiantiles de protesta» y «las comisiones presidenciales de estudio», sonaban muy parecidas a las de la Tierra. Las noticias locales, el boletín meteorológico e incluso la información deportiva me resultaron también familiares, y lo soporté todo en espera de oír aquella parte del telediario, que me daría la primera pista para conocer a la gente de Urano, cuya cultura hasta el momento me había parecido igual a la mía.

—Después de esta información comercial sobre una marca de cerveza, les ofrecemos el informe sobre la ansiedad correspondiente a mañana.

¡Un informe sobre la ansiedad, en el telediario! Me invadió la emoción. ¿Qué podía ser un informe sobre la ansiedad, y por qué formaba parte de las noticias ?

El informe fue breve y concreto.

—Muy buenas noches. Aquí Eykis con el informe de hoy sobre la ansiedad. El riesgo de que la ansiedad ataque es elevado en las zonas más altas, y menor en nuestra ciudad. El viernes, las posibilidades de ataque serán del ochenta por ciento, y menores durante el fin de semana. Para el lunes, la previsión es casi de ansiedad cero, incluso en las montañas más altas, a mil ochocientos metros por encima del nivel del mar. Pero esta noche el peligro de una acometida de la ansiedad es mucho, por lo cual yo aconsejaría a todos ustedes que comprobasen inmediatamente su reserva de medicamentos preventivos. Seguramente no los necesitarán durante el fin de semana, pero es muy probable que a mediados de la semana que viene llegue a la zona un nuevo frente de ansiedad. Y con esto me despido de todos ustedes. Este informe les ha llegado por gentileza de Sindolor, el único producto de su clase que contiene ochocientos cincuenta miligramos de un ansiolítico, para ayudarles cuando lo necesiten, es decir cuando se les produzca inesperadamente un acceso de ansiedad. Recuerden: cuando ataca la ansiedad, Sindolor sale más a cuenta.

Estaba asombrado. ¡Un informe sobre ataques de ansiedad en el telediario de la noche I Nunca lo hubiera imaginado. Por suerte atiné en grabarlo en mi magnetófono. Rebobiné la cinta y volví a escuchar el informe. Después lo escuché otra vez y cronometré su duración. Había durado un minuto. Volví a escucharlo varias veces, pensando que debía de tratarse de una broma. Quizás aquella Eykis era una actriz satírica que aparecía en el telediario de la noche, semejante a los personajes que en nuestros noticiarios se hacían pasar por críticos sociales y se ponían en ridículo vociferando ante la cámara, con fingida cólera, en contra de algún político o de algún mal social que hallaban especialmente ofensivo. Sabido era que, de creer realmente en lo que predicaban, harían algo por remediar el objeto de sus críticas, en lugar de sermonear inútilmente a sus enemigos a través de las ondas. Siempre he creído que, al refugiarse en lo que los demás hacen o no hacen bien, los críticos demuestran su incapacidad de hacer cosa alguna.

Pero Eykis no era así. Era franca, parecía hablar en serio y sentir como cosa propia su informe sobre la ansiedad. La impresión que me causó fue excelente; no creía yo que aquel informe entrañase una comedia. Sin embargo decidí ver el siguiente

telediario y comprobar si lo que acababa de presenciar era fingido o auténtico. Y, efectivamente, media hora después, en otro canal, apareció otro informe sobre la ansiedad, con casi las mismas advertencias al público.

Entonces tomé la decisión de entrevistarme personalmente con aquella Eykis cuya sinceridad tanto me había conmovido. Necesitaba conocer a un uranita sensible a quien confiar mi identidad, y algo me decía que aquélla era la persona idónea. Eykis ayudaba a los demás y decía la verdad en términos claros y sencillos. Me inspiraba ya una completa confianza. Por algún motivo siempre sé, en mi interior, cuándo una persona me gusta, y en aquel caso lo supe inmediatamente. De antiguo me había acostumbrado a no hacer caso de las normas por que se rigen la mayoría de los terrícolas, y a atender sólo a los dictados de mi interior. Cuando se me apremia a pensar, sentir o actuar de una manera determinada, prescindo de los «no sé si debo» y escucho sólo a mi corazón. Ya de joven había descubierto que sólo lamentaba aquellas cosas que había dejado de hacer por algún temor o prohibición que yo mismo me imponía, nacidos de los criterios ajenos. Ciertamente hacía muchas cosas que no me gustaban o que me salían mal, pero nunca lamenté haberlas hecho; simplemente, me prometía a mí mismo no repetirlas. En consecuencia, aprendí mucho de mis errores. Sólo me pesaba, y mucho, el haber querido actuar y no hacerlo, debido al temor de ser rechazado, o peor aún, de fracasar.

En todas partes, de joven, me había encontrado con que los demás obedecían a unas normas heredadas de generación en generación. Muchas de aquellas normas no tenían base real alguna. Por ejemplo, había oído miles de veces que «Se tarda mucho en conocer bien a una persona, y más aún en saber si se la quiere.» Pero a mí el corazón me había dicho siempre lo contrario. Un instante me bastaba para saber si quería a una persona, y me daba cuenta de que no necesitaba la «prueba del tiempo» para verificarlo.

No obstante, siempre se me criticaba por decir «te quiero» demasiado pronto. «Si no me conoces, ¿cómo puedes estar seguro de quererme? Si me lo dices con tanta facilidad, ¿cómo puedo saber que para ti soy realmente una persona aparte?» Pero abandoné las normas que los demás tanto respetaban, y con ello me convertí en motivo de mucha consternación. Y, a pesar de los ataques que se me dirigían por mi decisión de vivir según mis instintos, descubrí que nunca me sentía decepcionado *de mí mismo* por obedecer a mis primeros impulsos en lo referente a cómo y cuándo quería a los demás. Eran siempre los demás quienes se veían en aprietos ante mis rápidos juicios sobre a quién podía o no podía querer. En un primer encuentro, en una

primera cita, los demás cuidaban siempre de decir sólo las palabras correctas, mientras yo avanzaba tranquilamente, confiando en mí mismo y orgulloso de mi facultad de pasar por alto toda norma que condicionase mis sentimientos.

Era esa confianza instintiva lo que experimenté allí, en aquella habitación de un hotel uranita. Aunque sólo había visto en la pantalla del televisor la imagen de aquella mujer llamada Eykis, sabía ya que la quería. Era una persona en la que podía confiar para que me revelase cosas sobre su gente. Por mucho que Eykis me parecía tan familiar como si fuera oriunda de mi ciudad natal, ella era, en Urano, mi primer contacto con algo muy diferente de cuanto había yo conocido en la Tierra. Aquel elemento nuevo era el informe que sobre la ansiedad había dado ella con tanto interés. Aquél fue el primer momento de auténtica emoción que sentí en Urano. Hasta entonces me había desengañado aquel planeta modelado a imagen y semejanza de la Tierra. O viceversa. ¿Nos habíamos modelado nosotros a imagen y semejanza de ellos? Pero descarté en seguida tal posibilidad. En la Tierra no elaborábamos informes sobre los ataques de la ansiedad. Pronto sabría, por boca de la autora de aquel informe, cuanto hubiera que saber sobre los habitantes de Urano. Esa idea me llenaba de alegría, pues hasta entonces había temido que el fruto de aquella visita, mi valoración de Urano en todos sus aspectos, consistiría en un informe de una sola palabra: «Ídem».

Sabía que la palabra «ídem» no impresionaría a mis conciudadanos terrícolas. Cuando menos, Eykis me ahorraría el dudoso honor de ser el primer cosmonauta que presentase un informe de viaje de una sola palabra. Me dormí aquella noche dándole gracias a Eykis.

Mis instintos no fallaban jamás. Al día siguiente hablaría con aquella mujer maravillosa, de quien instintivamente me sabía enamorado.

Eykis

Resultó ser la persona más asequible que había encontrado en mi vida. Llamé a los estudios aquella mañana y fijamos una cita para las cuatro de la tarde. Ninguno de ambos hizo torpes esfuerzos por resultar cortés, y ella no se dio importancia diciendo que tenía muy llena su agenda. Yo había preparado toda una explicación que me hiciese lo más convincente posible a sus oídos, pero ella me lo puso todo muy fácil.

—Buenos días. ¿Hablo con Eykis, la señorita que dio anoche, en el telediario, el informe sobre la ansiedad?

—Sí.

Estoy aquí de visita y me gustaría mucho hablar con usted en persona —le dije, dejándole la posibilidad de rehusar cortésmente una petición tan atrevida.

—¿Qué desea saber? —me preguntó.

—Me sería difícil explicárselo por teléfono. Le agradecería que me concediese una entrevista. Le aseguro que no correrá usted ningún peligro —dije para darle confianza.

—Perdone, ¿ha dicho «peligro»?

—Sí.

—No conozco esta palabra. ¿Qué significa?

—Quería decir que no le haré ningún daño. Sólo pretendo hablar con usted.

—Otra palabra que no entiendo. ¿Qué significa «daño»?

—¿Le parece que se lo explique cuando nos veamos? —le pregunté.

—Sí —respondió, confusa pero dispuesta a complacerme.

—¿A qué hora le convendría?

—Esta tarde, a las cuatro. Iré a su hotel, ya que, siendo forastero, quizá no conozca los transportes.

En su voz no había rastro de sospecha ni de duda.

Le di el nombre del hotel, y eso fue todo. Dentro de tres horas mantendría mi primera conversación con un habitante de aquel lugar llamado Urano. Cada vez veía más claro que mi interpretación inicial que hacía de aquel planeta una copia exacta de la Tierra, era incorrecta.

Anoté tres cosas en mi cuaderno:

1. ¿Informe sobre ansiedad?
2. ¿No-concepto de peligro?
3. ¿No-concepto de daño?

Volví a pensar en la conversación telefónica. Eykis no había dudado de mí ni un instante. Su voz mostraba una confianza absoluta, y no me había puesto ninguna dificultad.

Pasé las horas siguientes paseando por la ciudad. De nuevo me puse a buscar cosas que fuesen diferentes en Urano. Pero las diferencias que encontraba eran mínimas, casi imperceptibles. Decidí no perder más tiempo haciendo turismo, y la idea de descubrir sutiles diferencias fue borrada por la expectativa de mi próximo encuentro con Eykis. Con ella contaba para obtener respuestas sinceras a mis preguntas. Comencé a ver lo absurdo que era buscar diferencias externas. Había observado algunas, ciertamente, pero renuncié a basar mi investigación en las apariencias. Obedeciendo a mis instintos, escucharía a la gente. Me centraría en Eykis, cuya sinceridad me había impresionado.

Aquella tarde pasé tres horas con Eykis. Cuando se marchó, vi renovada mi fe en el viejo dicho «Las apariencias engañan». Por más que Urano tuviese todas las apariencias de mi planeta natal, lo cierto era que apenas se parecía a la Tierra. Antes de conocer a Eykis había perdido el tiempo intentando desentrañar los secretos de una cultura omitiendo lo que constituye precisamente dicha cultura, es decir la gente. En lugar de ir a las fuentes, me había fijado en lo externo y no había visto nada. Toda la información que poseemos sobre los habitantes prehistóricos de la Tierra se basa en el mismo principio erróneo. Sacamos conclusiones sobre aquellos pueblos basándonos en sus objetos: su cerámica, sus armas, sus casas, etcétera. ¿Desearía yo ser juzgado e interpretado en razón del coche que conduzco o de los utensilios que

uso para comer? ¿Dice un tenedor algo sobre mí? Yo utilizo un tenedor porque se me ha enseñado a hacerlo, pero también podría usar los dedos, o cualquier otra cosa que me sirviese para llevarme la comida a la boca. Cuando el coche no funciona, voy a pie o hago autostop. ¿Qué dice sobre *mí* cualquiera de estas cosas? Muy poco, naturalmente. Y, sin embargo, hacemos muchas suposiciones absurdas sobre el hombre de Neanderthal sin tener sobre él más información que la que dan sobre nosotros nuestros tenedores.

A sabiendas de que nuestro conocimiento colectivo sobre las culturas anteriores a la nuestra es infinitesimal, había iniciado mi visita a Urano con las mismas suposiciones erróneas. Yo había estudiado extensamente la filosofía oriental. Sabía el significado de la introspección, e incluso había dicho muchas veces a mis amigos: «Lo que importa no es lo que ocurre a nuestro alrededor ni lo que nos llega de fuera, sino lo que sucede en nuestro interior» y, cuando se me presentaba la oportunidad de aplicar esa idea, había fracasado lamentablemente. Pero, después de aquellas tres horas con Eykis, ya no volvería a olvidar esa verdad. A las siete de la tarde de mi segundo día en Urano, había dejado de mirar las semejanzas externas entre nuestros mundos. Estas semejanzas carecían ya de sentido.

Nunca olvidaré mi primera conversación con Eykis. Le pregunté si le molestaría que grabase nuestra conversación, y ella dijo que no. Lo cierto es que, en las tres horas largas que pasamos juntos, no puso objeción a nada.

Decidí hablarle desde el principio con total franqueza. Le expliqué quién era, cómo había llegado y lo que hacía en Urano. Nervioso, dediqué unos momentos a exponérselo todo de la manera más clara posible, esperando que me creyese y que no se sintiese amenazada, o quisiese entregarme a las autoridades, que me someterían a interminables interrogatorios. (No podía librarme de la provinciana costumbre de ver a los habitantes de Urano tal como era yo, más bien que como eran ellos.) Eykis no pareció sorprenderse ante lo que le dije. Sin vacilar, me preguntó qué era lo que deseaba saber. Reprimiendo un vivo deseo de contarle todo lo concerniente a la Tierra, le formulé lo que creía que sería una pregunta sorprendente:

—¿Por qué me cree usted? ¿Cómo sabe que no le miento y que no he venido a aprovecharme de usted de alguna manera? Yo podría ser algún chiflado...

Ella pareció verdaderamente desconcertada.

—No sé qué quiere decir eso de «miento» —dijo—. Explíquemelo, por favor.

Ahora el desconcierto era mío.

—Pues mentir significa no decir la verdad —expliqué.

—Pero verdad es todo lo que existe —replicó ella prontamente—. ¿Cómo es posible no decir la verdad?

—Pues bien, si yo intentase hacerle algún daño, y para engañarla le dijese que soy un terrícola venido aquí para conocerles a ustedes, siendo mi intención en realidad la de hacerle daño, eso, sin duda, sería mentir.

—Pues ahí tiene una primera diferencia que anotar en su informe —repuso ella—. La gente de Urano no puede hacer eso. No estamos preparados para lo que usted llama mentir. Aquí, no decimos más que las cosas tal como son. En Urano sólo podemos actuar a partir de lo que es real. ¿Por qué querría nadie mentir? ¿No haría eso imposible el hablar con los demás? —preguntó, perpleja.

—Sin embargo, los terrícolas no mentimos siempre —expliqué—. Sólo lo hacemos a veces, cuando lo necesitamos o cuando nos conviene.

—Pero si la gente miente a veces, ¿cómo saben cuándo el otro está mintiendo y cuándo dice la verdad? ¿Acaso los terrícolas anuncian que van a mentir, a fin de poder comunicarse? —me preguntó con toda seriedad.

—El propósito de la mentira quedaría anulado si uno la señalase de antemano —contesté.

—Así pues, veo que la gente de su planeta no se comunica con sinceridad. No comprendo cómo es posible eso —dijo Eykis.

—Pasemos a otro tema —sugerí.

—¿Está usted mintiendo o diciendo la verdad? —me preguntó ella entonces.

—Yo le prometo que siempre le seré sincero —declaré—. Jamás le mentiré.

—Pues bienvenido a Urano —dijo Eykis—. Pero haga el favor de explicarme lo que significa *sincero* y lo que significa *siempre*.

—Ser sincero es decir la verdad.

—Ahora entiendo por qué no tenemos nosotros esa palabra. Y, ¿qué significa *siempre*?

—Cuando aseguro que siempre le seré sincero —respondí—, quiero decir de ahora en adelante, durante todo el tiempo que nos tratemos.

Ella pareció aún más desconcertada.

—Ese concepto de *siempre* es nuevo para mí. Yo sólo sé de lo que ocurre ahora, y me basta con la certeza de que no me mentirá ahora. No comprendo cómo puede saber lo que hará *siempre*. Pero, si eso es lo que cree en este momento, me parece bien. No obstante, no dude que, si cambia de opinión antes de que llegue siempre, también me parecerá bien.

—Pero siempre no llega nunca —objeté—. Siempre es siempre.

—Pues si no llega nunca, los dos estamos hablando de lo mismo, del ahora. Creo que no necesitamos hablar más de siempre —concluyó.

A mí empezaba a fatigarme la incapacidad de expresar mis ideas de un modo adecuado a su mentalidad extrañamente lógica. Me enredaba en mis propias explicaciones. Ella no mostraba exasperación alguna ante mi incoherencia, sino sólo una leve desorientación. Su lógica era irrefutable, pero yo creía imposible el que aquella gente hubiera podido crear un planeta tan idéntico a la Tierra y a pesar de ello apegarse tanto a la realidad, que Eykis no comprendiese conceptos sencillos como el de mentir, el de siempre, el de sinceridad, peligro o daño. Naturalmente, si para ella no existían, no podía comprenderlos. Sin embargo, yo era capaz de entender conceptos que no existían para mí. Quizá los habitantes de Urano fueran inferiores a nosotros. Yo ciertamente sabía lo que era la guerra, y nunca había conocido ninguna. Y sabía de Dios sin tener pruebas irrefutables de su existencia. Anoté mentalmente que debía preguntarle más adelante sobre aquellas cosas. Por de pronto quería pasar a temas más inmediatos, sin perderme en un laberinto de pequeñas discusiones sobre barreras lingüísticas. (¿O se trataba de las barreras que creaba mi *pensamiento limitado*? Empecé a plantearme tal posibilidad.)

—¿Qué es un ataque de ansiedad? —le pregunté sin preámbulos.

—La ansiedad no nos afecta regularmente. Sólo ataca en cantidades importantes cuando los vientos le son favorables. Difundimos la probabilidad de un ataque de ansiedad, y su intensidad, como servicio público —explicó.

—Pero, ¿qué es la ansiedad? —le pregunté, sin comprender nada.

—La ansiedad se desplaza por el aire en forma de partículas microscópicas que tienen forma de pequeñas as, enes y eses, y de ahí su nombre. Esas partículas de ansiedad fueron descubiertas por un científico que trabajaba con un potente microscopio. Se llamaba Sindolor, y por eso el antídoto más conocido contra los ataques de ansiedad recibió el nombre de ese descubridor.

—Pero ¿qué ocurre si la ansiedad ataca y uno se encuentra sin el antídoto, como usted lo llama? —pregunté.

—La ansiedad puede tomar formas muy diversas. Si ataca en grandes cantidades y la persona no dispone del medicamento, puede llegar a causarle una depresión nerviosa. Pero, en general, la ansiedad ataca en cantidades menores, y los efectos son el malestar general, el nerviosismo, el miedo, los temores infundados, el tartamudeo, la excitación, la hipertensión arterial, etcétera. Como los efectos de un ataque de

ansiedad pueden ser muy graves, los telediarios y noticiarios anuncian los ataques inminentes, para que todo el mundo pueda tomar sus precauciones. ¿Responde esto a su pregunta? —me preguntó con visible inquietud.

—Sí, pero me sugiere mil preguntas más.

En mi mente aparecían mil pensamientos. Nunca hubiera imaginado una explicación como aquélla. La ansiedad atacaba a los habitantes de Urano, y Eykis no podía haberme mentido, porque ella no sabía mentir. ¡Extraño mundo!

—¿Con qué frecuencia ataca la ansiedad? —pregunté.

—Es muy difícil de prever. Sólo podemos hacer pronósticos para unos días. Lo habitual es que la ansiedad se presente casi de improviso. Por eso hemos de estar siempre alerta. A veces pasan meses sin que suframos ningún embate, y después tenemos tres o cuatro en una semana.

Yo empezaba a ver que aquél era un fenómeno realmente singular. Decidí pedirle a Eykis que volviésemos a vernos lo antes posible y, si ella estaba de acuerdo, la invitaría a visitar la Tierra, para que viese cómo actuaba la ansiedad en otra realidad. Pero eso tendría que decírselo con cuidado.

Antes de que pudiese empezar a plantearle los centenares de preguntas que me acudían a la mente, ella me preguntó:

—¿Acaso no se dan ataques de ansiedad en la Tierra? Parece usted asombrado por lo que le he dicho.

—Sí, sufrimos ataques de ansiedad —intenté explicar—, pero no es exactamente que la ansiedad ataque. De hecho, la ansiedad por sí misma no existe. La gente sufre ataques de ansiedad sin que la ansiedad ataque.

A eso, Eykis quedó verdaderamente desconcertada. Pero no intentó juzgarme ni pareció ponerse nerviosa.

—Bien —dijo—, y ¿poseen ustedes antídotos contra esa misteriosa ansiedad que no ataca?

—Sí —contesté—. Tenemos tranquilizantes, sedantes, terapias y muchos medicamentos.

—Aunque me ha dicho varias veces que la ansiedad no les ataca, después ha hablado de ataques de ansiedad.

Asentí, avergonzado.

—Siendo así —continuó—, ¿cómo saben los terrícolas cuándo van a ser atacados por la ansiedad, si, según usted, la ansiedad no ataca?

—Percibimos sus síntomas —respondí.

—Pero ¿desde dónde? ¿Cómo? ¿Qué indicios tienen?

—Nos empezamos a poner nerviosos, tensos y malhumorados.

—Pero ésas son las consecuencias de un ataque de ansiedad, no sus causas — replicó Eykis—. ¿Cómo pueden sentirse tensos si no hay ansiedad que les ataque?

—Como le he dicho, la sentimos acercarse.

—¿Desde dónde? —preguntó, ahora exasperada.

—Desde nuestro interior, supongo —respondí, muy inseguro ya de mi lógica.

—Pero, si viene del interior de las personas, no se trata en absoluto de un ataque de ansiedad, sino de simples pensamientos ansiosos. Para eso no deberían necesitar medicinas. Lo que necesitan es cambiar de pensamientos, ¿no cree? Parece muy sencillo. Qué bendición sería para nosotros que no nos atacase nunca la ansiedad. ¿Para qué quieren ustedes, los terrícolas, sentir ansiedad si la ansiedad no ataca? — preguntó, y esa vez me dio tiempo a responder.

No pude ofrecerle una contestación inteligente. De hecho, tenía la impresión clara de no haberle dado aún ninguna respuesta que pudiese ser calificada de inteligente.

—¿Podríamos continuar en otro momento esta conversación? ¿Podríamos seguir hablando mañana, o no existe para usted el concepto de mañana, ya que usted sólo está aquí ahora? —le pregunté, sin querer ser sarcástico, pero sintiéndome, no obstante, un poco molesto por sus palabras sobre la ansiedad de los terrícolas.

—Pues claro que existe mañana —me replicó con firmeza—. Pero no se puede vivir ni sentir en el mañana. En Urano sólo se puede vivir el momento presente. Aunque estemos hablando del mañana, sólo tenemos el AHORA, pero podemos usar nuestro AHORA de la manera que queramos. A menos, naturalmente, que disponga uno de ordenadores antipreocupación o pueda permitirse el lujo de adquirir un *activador de la culpabilidad*, que son las dos únicas excepciones.

Estuve a punto de reírme al oírle mencionar aquellas cosas tan extrañas, pero me di cuenta de que hablaba completamente en serio.

—Antes de que pase a hablarme de ordenadores antipreocupación y de activadores de la culpabilidad, ¿le parece bien que nos encontremos en otro momento?

—Nos encontraremos tantas veces como quiera, pero a condición de que usted me hable de ese lugar llamado Tierra. Por lo que me ha explicado, lo encuentro muy extraño. Al parecer, viven ustedes a diario en una realidad que para mí no existe. Quiero descubrir cuanto pueda acerca de ese lugar tan raro.

Estuve a punto de protestar, pero no lo hice. Le dije que estaba de acuerdo en hablarle extensamente de mi planeta. Pasé una hora refiriéndome a todo lo que

parecía importante en la Tierra. Le señalé que nuestros dos planetas parecían exactamente iguales, al menos en lo externo. Ella aceptó eso sin la menor extrañeza, y no hizo ningún comentario. Para Eykis, el hecho de que Urano y la Tierra se antojasen exactamente iguales era algo que pertenecía a la realidad. Pero, cuando empecé a hablarle de la gente de la Tierra y de las cosas que hacíamos, se mostró incrédula. Pareció totalmente desconcertada cuando le hablé de las guerras y los prejuicios; y, cuando aludí al matrimonio y al divorcio, a la religión y a la educación, me miró como si estuviese ante un monstruo de tres cabezas. Cuando empecé a hablarle de la lucha por el dinero como medio de mejorar en la vida, me interrumpió.

—¿Hay en la Tierra neuróticos como los hay aquí? —preguntó.

—Claro que los hay. Muchísimos.

—¿Y presentan los mismos síntomas que en Urano? —inquirió con impaciencia.

—No estoy seguro de qué síntomas se dan en Urano, pero en la Tierra la neurosis aflige a casi todo el mundo, con toda una variedad de síntomas.

—¿Cómo, por ejemplo?

—La gente que se preocupa mucho acaba padeciendo úlceras, hipertensión, migrañas, calambres y otras molestias.

—¿Y esas personas no disponen de computadoras antipreocupación?

—Nunca había oído hablar de eso. Supongo que será algo propio de Urano.

—Pues bien, si en la Tierra no existen esas computadoras...

Pero se interrumpió, pues ya había formulado antes el mismo razonamiento y había visto que conmigo no la llevaba a ninguna parte. Antes que discutir sobre ese punto, prefirió seguir enterándose de cosas.

Yo le hablé tan extensamente como pude de cómo los terrícolas tienden a vivir en el pasado o bien en el futuro. De que toman medicamentos para curarse la depresión, y de que la mayoría están descontentos de sí mismos. Le expliqué que mucha gente perseguía interminablemente el éxito y que casi nunca estaba satisfecha, que siempre se afanaban por adquirir más. Le dije que muchas personas sufrían temores infundados llamados fobias, que pocos individuos se querían verdaderamente a sí mismos y que poquísimos eran capaces de dar amor a otros sin condiciones.

Le hablé de los psiquiatras (palabra que ella no conocía, excepto como nombre de un tratamiento de las hemorroides), y de que en la Tierra millones de personas acuden a los terapeutas en busca de ayuda. Le hablé de la cólera, la indecisión, la ansiedad sin razón concreta y el desprecio de sí mismo. Ella lo iba escuchando todo y, cada vez que le hablaba de una conducta neurótica diferente, parecía sosegar. Al igual que

había hecho yo, tomó muchas notas y, cuando fueron casi las siete, me pidió que nos viésemos otra vez.

—Aquí, en Urano, conocemos todas esas cosas y más —declaró—. Creo que, si he entendido bien todo lo que me ha contado, la gran diferencia consiste en que en Urano tenemos una razón para todas nuestras neurosis. Por lo que puedo deducir de esta breve entrevista, en la Tierra también existen neuróticos, pero aún estoy por ver que esas neurosis se basen en la realidad. No quiero sacar conclusiones precipitadas; así, pues, esperaré a que hablemos de todo esto con calma, mañana, y entonces, si lo que sospecho es verdad, quizá podría volver con usted a la Tierra y verlo por mí misma. Como yo me baso exclusivamente en la realidad, quizá me servirá de algo ver cómo se puede estar neurótico sin una razón real. Todo esto me desconcierta, pero estoy dispuesta a no hacer juicios si usted accede a que le acompañe a la Tierra.

Se había invitado ella misma, como si adivinase lo que yo pensaba proponerle. Nos despedimos, y cuando Eykis se hubo marchado me eché en la cama y me entregué a mis reflexiones. Tenía muchas cosas en que pensar, en preparación de nuestra entrevista del día siguiente. Me dormí con las palabras de Eykis resonando en mi cabeza: «Quizá me servirá de algo ver cómo se puede estar neurótico sin una razón real». Ésa era una cuestión en la que yo nunca había pensado.

La segunda visita

Lo había decidido en plena noche, después de pasar varias horas revisando nuestra primera conversación y examinando los razonamientos extrañamente lógicos de Eykis. Tenía que animarla a emprender el viaje a la Tierra, para que pudiese ver la enorme diferencia que existía en la manera de pensar de nuestras respectivas gentes. Decidí hacer lo posible para conseguir que visitase mi planeta, pero antes quería yo aprender todo lo posible sobre ella y sobre lo que para mí era una extraña manera de pensar.

Me había reconciliado con la geografía externa de Urano. Lo aceptaba como una copia prácticamente idéntica de la Tierra. Pero lo hablado el día anterior sobre la existencia de una razón para que una persona estuviese tensa, neurótica o triste me planteaba varios interrogantes. No alcanzaba a entender que la realidad de Eykis pudiese ser tan diferente de la mía. Había visto que los uranitas seguían diversas formas de conducta autodestructiva, y sentía una enorme curiosidad por cómo explicaría ella aquello. Había leído algunas cosas aquella noche. También había advertido en los uranitas una gran variedad de comportamientos que habrían podido producirse en la Tierra. Les había observado en los atascos de tráfico, en los supermercados y en los restaurantes modestos. Había tomado notas cuidadosas y señalado con un asterisco aquellas conductas que eran paralelas a las que tan a menudo había visto en la Tierra. Tras componer todo un catálogo de actitudes neuróticas o auto destructivas por parte de los uranitas, apenas podía reprimir mi vanidad de terrícola ante la idea de preguntar a Eykis sobre los fallos de algunos puntos de sus razonamientos. Ella aseguraba que su mundo se basaba totalmente en la realidad, pero, desde mi llegada, yo había visto un buen número de proceder neuróticos muy parecidos a los que se daban en la Tierra.

Los temas que pensaba suscitar durante mi entrevista con ella estaban bien meditados, y tenía preparados muchos ejemplos que indicaban que el mundo descrito por Eykis, tan basado en la realidad, tenía su irrealidad y su neurosis, igual que en la Tierra.

Habíamos decidido que aquella entrevista, en la que ella respondería a mis preguntas y comentaría mis observaciones, se celebraría en el restaurante de mi hotel, mientras cenábamos.

Eykis apareció muy animada y sonriente, y nos sentamos a la mesa.

—Estoy segura de que tienes muchas preguntas que hacerme después de nuestro maratón de ayer —me dijo antes de que yo pudiese pronunciar una sola palabra.

—Ya lo creo. Y me gustaría empezar en seguida, si no te importa. Acepto lo que señalaste ayer sobre los ataques de ansiedad, y entiendo el que tu gente utilice una frase como «Tengo un ataque de ansiedad», si de hecho la ansiedad ataca. Es más, reconozco que en la Tierra la ansiedad no ataca, y que a pesar de ello la gente está sujeta a ataques de ansiedad. Si quieres acompañarme a la Tierra, quizás encontrarás la respuesta a esa desconcertante cuestión. En cuanto a mí, yo nunca he sufrido un ataque de ansiedad, de modo que la cosa no me concierne. Pero, ¿tendrías la bondad de explicarme qué quisiste decir con eso de los ordenadores antipreocupación y los activadores de la culpabilidad, antes de que me dé un ataque de ansiedad?

—Esta noche no atacará la ansiedad; la previsión lo establecía con toda certeza.

—Muy bien, déjalo estar. ¿Qué son los antipreocupación? —le pregunté.

—¿No hay en la Tierra gente que se preocupa?

—Sí, casi todo el mundo se preocupa en un momento u otro, y hasta tenemos personas que se preocupan neuróticamente, compulsivamente, y que viven siempre preocupados.

—¿Y no tenéis antipreocupación en la Tierra?

—En mi vida he oído hablar de eso.

—Así, pues, ¿por qué os preocupáis en la Tierra?

—Pues la gente se preocupa, sencillamente. Les preocupa caer enfermos, estrellarse en los aviones, la suerte de sus familiares. Preocuparse es algo muy corriente.

—Pero, ¿qué hace que la gente se preocupe? —insistió impaciente por lo que creía reticencia por mi parte.

—Bueno, pues son las mismas personas las que se crean la preocupación, supongo.

—Y, ¿qué resuelven preocupándose? ¿Les impide esto ponerse enfermos? ¿Impide

que sus familiares sufran un accidente, o que los aviones se estrellen?

—No —respondí—. La preocupación no cambia en absoluto los acontecimientos. La gente ha aprendido a preocuparse, simplemente.

—Pero, ¿por qué están dispuestos a gastar los preciosos momentos de su vida preocupándose por cosas que no pueden resolver? Parece tan absurdo... —dijo visiblemente perpleja.

—¿Qué son esos antipreocupación que mencionaste ayer? ¿Se trata de alguna clase de bacterias invisibles, como las que forman la ansiedad, las que hacen preocuparse a los habitantes de vuestro planeta Urano?

—Oh, no —replicó Eykis casi sobresaltada por lo absurdo de mi suposición—. Los antipreocupación son un adelanto tecnológico de Urano. Si algo va a ocurrir en el futuro próximo, como un viaje en avión o una enfermedad, los antipreocupación pueden dar una previsión exacta de lo que ocurrirá si uno emprende una acción determinada.

—¿Quieres decir que esos antipreocupación pueden cambiar el futuro?

—No, no es eso —respondió ella con cierta exasperación—. Funcionan de la manera siguiente. Supongamos que yo paso unos momentos preocupándome por el viaje en avión que tengo que hacer la semana que viene. Pues bien, pongo por escrito mis preocupaciones y las programo en el terminal del ordenador antipreocupación. Y el ordenador me dice cómo irá el vuelo. Si me indica que el avión se estrellará, puedo cambiar de planes para evitar ese vuelo.

—Pero, ¿por qué no utiliza todo el mundo ese ordenador antipreocupación? Si lo hiciesen, nunca tendrían nada de que preocuparse.

—Naturalmente, casi todo el mundo lo utiliza, pero eso no elimina la necesidad de preocuparse.

—¿Cómo es eso? Explícamelo, por favor —le rogué.

—Te lo acabo de decir. Para obtener la información que se necesita, es necesario preocuparse antes. En Urano, todos tenemos una absoluta necesidad de preocuparnos, a fin de evitar que nos ocurran desgracias. ¿No ocurre así en la Tierra?

—No exactamente —respondí.

—Me has dicho que en la Tierra casi todo el mundo se preocupa, ¿no?

—Sí, así es, pero allí la preocupación nunca ayuda a nadie a ver el futuro. Esto es completamente imposible en nuestra realidad —respondí.

—Y entonces, ¿por qué se preocupan? —volvió a preguntarme en aquel tono de desconcierto que ya me resultaba demasiado familiar.

—Quizá sería mejor esperar a que visites la Tierra...

Volvía a evadirme para no hacer el ridículo dándole la única respuesta que me venía a la cabeza una y otra vez: «No lo sé».

—O sea que la preocupación sirve de mucho en Urano... —comenté—. Vaya, vaya. Bueno, y ahora háblame de esos activadores que mencionaste ayer en relación con el sentimiento de culpabilidad.

Esperaba encontrar en aquella explicación algo que me fuese útil en mi relación con mi familia, la casi totalidad de cuyos miembros eran verdaderas máquinas de fabricar culpas, ya fuese a la hora de atribuir las a otros o de asumirlas fervorosamente. Como de costumbre, Eykis empezó por preguntarme si en la Tierra existía la culpa.

—Sí, en cantidades industriales —respondí.

Le aseguré que pocas personas en la Tierra escapaban a las garras de la culpa, y le expliqué que ésta presentaba todos los matices, desde el sentirse un monstruo por haber decepcionado a la familia, hasta el considerarse despreciable por haber pasado por una puerta giratoria sin empujarla.

—Bueno, pues en Urano la culpa también es algo muy frecuente, y sin ella no sé cómo podríamos sobrevivir. Es una cosa muy útil y muy buscada —explicó Eykis, dejándome con la boca abierta según intentaba imaginar lo que diría a continuación sobre las virtudes de la culpa en Urano.

—¿Cómo puede ser útil la culpa? —inquirí, preguntándome con qué me saldría esta vez.

—Sin la culpa no podríamos rebobinar, y habríamos de aceptar para siempre nuestros actos tal como los realizamos la primera vez.

—¡Rebobinar! —exclamé—. Pero, ¿qué es eso de rebobinar? —le pregunté casi con un grito, atrayendo la atención de otras personas.

—No me digas que no sabes lo que es rebobinar. Te he visto hacerlo una y otra vez en tu magnetófono. Cuando quieres volver atrás para escuchar algo, rebobinas.

—Sí, pero eso ocurre en un magnetófono. \ La gente no puede hacer lo mismo con su vida!

—No pueden hacerlo exactamente como lo haces tú, pues tu botón de rebobinado te obliga a volver a oír la grabación exactamente como fue hecha la primera vez. Pero un activador de rebobinado no es un aparato limitado y unidimensional, como tu magnetófono. Un activador de rebobinado da la posibilidad de rebobinar la vida cuando uno se siente mal por algo, y así puede corregir su error.

—¿Quieres decir que en Urano podéis rebobinar partes de vuestra vida y corregir cosas a voluntad?

—Sí, pero no podríamos hacerlo sin ayuda de la culpa,

—¿Así que el sentimiento de culpa os da esa posibilidad de rebobinar, y podéis repetir la acción de que se trate? —le pregunté sin apenas creer lo que estaba saliendo de mis labios.

—Pues claro —respondió Eykis, casi riéndose de mi incredulidad—. Si no se pudiese repetir una acción, ¿de qué serviría sentirse culpable por haberla ejecutado?

—Y, ¿cómo se puede conseguir un activador de éstos?

—No hay necesidad de «conseguirlo», como tú dices. A todos los uranitas se les regala uno el día que cumplen tres años. No sé cómo podríamos vivir si ellos.

—¿Cómo funcionan, exactamente? —pregunté, algo molesto por su tono tranquilo, casi de superioridad.

—Si uno ha hecho algo que no le gusta, como por ejemplo hablar groseramente a sus padres, cierra los ojos y se siente culpable durante cuarenta y cinco segundos, y después...

—Espera un momento —le interrumpí—. ¿Qué quiere decir exactamente lo de sentirse culpable?

—Pues... tener ideas de culpabilidad. En esto consiste la culpa, en unas ideas que dan lugar a un determinado sentimiento y actuación.

—¿Qué clase de pensamientos, por ejemplo? —le pregunté.

—Pues pensamientos como: «No habría debido decir eso...», «Me siento muy mal por haber mostrado tan mal genio...», «Soy una mala persona...», etcétera.

—¿Y qué ocurre después? —pregunté.

—El activador dispara el botón de rebobinado, y la persona puede volver a la conversación en la que cometió el error con sus padres.

—¿Y sostienes que la persona puede volver a mantener esa conversación y cambiarla? —pregunté, otra vez casi gritando.

Si no me dominaba, corría el riesgo de que mi entrevista con Eykis fuese interrumpida por algún camarero.

—Sí, se puede cambiar esa conversación. Uno habla a sus padres como cree que habría debido hacerlo, y así resuelve el problema.

—¿Y para qué sirve la culpa? —pregunté, para asegurarme de que había oído bien.

—Es evidente —respondió ella—. Sin la culpa no funciona el activador, y sin éste

no se puede rebobinar. Por lo tanto, todos necesitamos la culpa para corregir nuestras actuaciones.

—Pero, ¿qué ocurre cuando uno ha hecho algo muy grave, como robar o incluso lastimar físicamente a alguien? —quise saber.

—Se hace lo mismo —contestó Eykis—. La persona utiliza su activador, rebobina y repite la acción. Después, aprende de lo ocurrido y se programa para no repetir el error cometido. Pero en Urano la gente no se hieren unos a otros en el sentido de causarse lo que tú denominas daño físico. Con la pequeña excepción del rebobinado, nuestra realidad dicta que vivamos sólo en el presente. Y, cuando las personas viven plenamente el presente, no necesitan herir a los demás. Hay ocasiones en que hacemos o decimos cosas que nos gustaría corregir, y por eso existe la culpa y el rebobinado. Pero el herir gravemente a otros no es posible, pues nadie tiene absolutamente nada que ganar con ello. Sólo contamos, realmente, con el momento presente, ni más ni menos.

—Esto es increíble. O sea que en Urano necesitáis la culpa para aprender del pasado...

—Pues claro. ¿Vosotros no tenéis la posibilidad de rebobinar, como la tienen vuestros magnetófonos?

—No —respondí muy serio.

—Pero conocéis la culpa —dijo ella con énfasis.

—Sí, la conocemos —respondí aún más serio.

—¿Y la culpa es dolorosa, como aquí en Urano? —preguntó Eykis, al parecer para asegurarse de que estábamos hablando de lo mismo.

—Mucho —respondí—. Los terrícolas se sienten a menudo obsesionados por ella.

—Pero, si no pueden rebobinar y corregir lo que han hecho, ¿de qué les sirve sentirse culpables?

—Pues quizá la culpa les ayuda a recordar que han obrado mal, y ese recuerdo les ayuda a no repetir el error —respondí débilmente.

—Pero —replicó ella en seguida—, si la culpa os resulta dolorosa y no os sirve para revivir el pasado, ¿por qué no os limitáis a aprender de vuestros errores, dejáis de lado la culpa y os proponéis evitar esos errores en el futuro? —preguntó.

—No lo sé... —confesé.

—¿No os inmoviliza la culpa?

—Sí.

—Y, por más culpables que os sintáis, ¿nunca no podéis rebobinar y corregir las

equivocaciones?

—No, nunca.

—Entonces me parece que una cosa es hacer algo que uno lamenta y sentirse mal por ello, y otra, muy diferente, hacer algo que uno lamenta y sentirse culpable durante mucho tiempo. Esto último constituye un doble error. Y también es una falta de responsabilidad.

Nunca se me había ocurrido que la culpa pudiese constituir una falta de responsabilidad, y le pregunté a Eykis:

—¿Por qué una falta de responsabilidad?

—Porque si adoptáis una reacción emocional que es dolorosa y que no va a provocar la corrección del error cometido, esa culpa os inmoviliza y os hace sentir mal durante mucho tiempo. Yo veo en eso una falta de responsabilidad.

—Pero, ¿no es vuestra culpa también una falta de responsabilidad? —le pregunté—. ¿No os sentís mal cuando cometéis algún error, y no es eso lo que denomináis culpa?

—Sí, pero en Urano la culpa es necesaria para corregir lo que se ha hecho, y por eso resulta una actitud de lo más responsable. En la Tierra, según deduzco de lo que me has dicho, no podéis repetir el pasado, por lo cual creo que lo que deberíais hacer es aprender de vuestros errores, no repetirlos en el futuro y rechazar sensatamente la dolorosa culpa. Pero también me cuesta imaginar un mundo sin culpa. Aunque resulte dolorosa durante unos momentos, su utilidad es enorme. En Urano nadie querría prescindir de su activador de rebobinado, te lo aseguro.

Yo estaba impresionado. Al igual que con sus antipreocupación, Eykis había conseguido una elocuente defensa de la culpa porque ésta era funcional. Empezaba a comprender lo que quería decir cuando afirmaba que la cultura de Urano se basaba en la realidad. Cuando una emoción no servía para un fin, se limitaban a no sentirla. Según esa lógica uranita, los sentimientos de culpabilidad, cuya defensa había oído yo durante toda mi vida, carecían totalmente de sentido.

Le mencioné a Eykis varias conversaciones que había oído en Urano, en las que la gente decía las mismas tonterías que tantas veces había oído yo en la Tierra. Le mostré una lista de frases, entre ellas las siguientes:

«No debiste hacerlo así.»

«Si me hubieses hecho caso, ahora no tendrías ese problema.»

«No debiste hacer eso sin consultarme.»

Cuando le señalé lo absurdo de esas frases, pareció sorprendida de que me hubiese fijado en ellas.

—El «debiste», el «no debiste», y el «pudiste» son ayudas muy valiosas —explicó—. Incitan a las personas a sentirse culpables y, después, a rebobinar.

—¿De qué manera? —pregunté.

—Al decir «debiste», está claro que una persona le dice a otra que no ha hecho una cosa tan bien como era posible. Entonces el oyente puede decidir sentirse culpable y repetir la acción, rebobinando, con lo cual se sentirá más satisfecho de sí mismo y su conducta será más positiva.

—Pero, ¿qué ocurre si una persona cree que actuó bien y no está de acuerdo con el «debiste»? —pregunté.

—Pues se limita a no hacer caso del «debiste». El objeto del «debiste» es dar la posibilidad de repetir la acción. Si las personas fuesen incapaces de rebobinar, no tendría sentido decirle a nadie «debiste».

—Pero, Eykis —protesté—, ¿qué ocurre si a uno le disgusta realmente lo que ha hecho otra persona y cree que esa persona habría salido ganando si hubiese hecho la cosa a tenor de nuestro criterio? ¿Cómo comunicar a otro la necesidad de mejorar?

—¿Quieres decir en caso de que la persona no pueda rebobinar y repetir la acción? —preguntó.

—Sí, sí —respondí yo, que ya me había olvidado del dichoso rebobinado uranita.

—La respuesta es tan sencilla que casi huelga. Se le recomendaría a la persona no repetir en el futuro esa conducta negativa. De ningún modo se le diría «debiste», pues eso no serviría de nada. Pero me cuesta imaginar una vida sin la posibilidad de rebobinar.

—¿Qué hacéis con los delincuentes si no sois partidarios de la culpa? —pregunté.

—Yo no he dicho que no seamos partidarios de la culpa. Sois *vosotros* los que, al parecer, no sacáis ningún beneficio de ella. En Urano la culpa es algo muy útil, y no tenemos delincuentes. A cualquiera que se comporte de modo contrario a la ley se le exige que asuma la responsabilidad de su acto. La culpa le ayuda a hacerlo. Le hace pensar en lo que ha hecho y le induce a rebobinar y a corregir su actuación errónea. Y quien se niega a hacer eso debe también asumir la responsabilidad.

—¿Qué ocurre cuando un delincuente se niega a rebobinar? —pregunté.

—Es muy sencillo —dijo Eykis—. Quien ha robado algo debe devolverlo y pagar una indemnización. Los que se niegan a eso son encarcelados, y se les permite

trabajar en obras de utilidad colectiva, como carreteras, bibliotecas, escuelas y todo tipo de servicios públicos. A los que rehúsan hacer ese trabajo se les aísla hasta que deciden ser responsables. Pero nuestras cárceles están prácticamente vacías, pues el rebobinar mediante la culpa elimina la necesidad del encarcelamiento. Es muy infrecuente que una persona decida no rebobinar y no repetir su conducta de una manera legal, o no hacerse responsable mediante el trabajo al que me referido antes. Como estas dos opciones son tan razonables, casi nunca se hace necesario imponer el aislamiento.

—¿Y qué ocurre en el caso de los delitos graves, de daños físicos o de asesinatos? —pregunté.

—Esos conceptos de daño y de asesinato no existen aquí, ya que nosotros nos basamos estrictamente en la realidad. En Urano a nadie se le ocurriría tan siquiera dañar a otros, porque eso no le serviría absolutamente de nada. Nosotros sabemos intuitivamente que toda persona tiene derecho a ser lo que quiera ser. Por lo tanto, nadie pensaría en cambiar el modo de vivir ajeno. Supongo que por daño y asesinato entiendes la posibilidad de cambiar a otros. Nosotros somos incapaces de eso; sencillamente, no está en nuestra realidad pensar ni actuar de esa manera.

—Pero, ¿no crees que una persona capaz de actuar así, y en la Tierra hay muchas que son capaces y que lo hacen, debería ser obligada a sentirse culpable? —pregunté.

—Si la culpa no pudiera hacerles rebobinar, no lo creo —respondió inmediatamente.

—Pero, ¿esas personas no deberían ser obligadas a arrepentirse y a corregir su conducta?

—Ahora hablas como si vivieses aquí, en Urano. El arrepentimiento es algo interno y voluntario, y la conducta es externa. Es posible cambiar la forma de actuar de una persona en el futuro. Pero, ¿por qué ha de guardar eso relación con la culpa? ¿Acaso una persona no puede aprender, arrepentirse y madurar, o incluso ser encarcelada y aislada, sin necesidad de sentirse culpable? —preguntó.

—No estoy seguro —respondí.

—Pues bien, yo puedo asegurarte que, si la culpa no llevase al rebobinado, aquí, en Urano, no existiría. Aunque ocurriesen en nuestra sociedad crímenes y violencias, la culpa no contribuiría a rehabilitar a nadie; lo más probable es que estimulase la repetición de los actos delictivos. Como he dicho antes, o bien uno rebobina y corrige su actuación, al tiempo que aprende de ella, o bien sufre el castigo de la sociedad. La culpa no sirve para corregir nada si no se tiene la posibilidad de rebobinar.

—Si todo el mundo se basa siempre en la realidad y puede rebobinar su vida para eliminar errores, ¿por qué veo en Urano indicios de los mismos problemas sociales que tenemos en la Tierra? ¿Qué me dices de vuestras cárceles y de vuestras clínicas de abortos? —le pregunté.

—Estas palabras que usas pueden ser válidas para la Tierra, pero lo que has visto aquí son casas de corrección y centros de mujeres. En la Tierra, quizás, esos nombres nuestros serían simples eufemismos para palabras más duras, pero en Urano son definiciones completamente literales. A veces las personas cometen actos que no pueden ser aceptados por la sociedad; en la Tierra esos actos corresponderían a lo que vosotros llamáis «hacer daño» a alguien. Debido a alteraciones de los diodos de dependencia, o a otras anomalías explicables, una persona puede negarse a rebobinar. En tal caso, necesita ser aconsejada, para que pueda ver por qué su actuación fue errónea. Una casa de corrección es un servicio de asesoramiento sobre rebobinado, un lugar en el que se vive. No es como una prisión sino como un hogar. Su finalidad es la de *corregir* los errores de pensamiento. En realidad, la gente no es mala; ocurre, sólo, que está equivocada.

»Los centros de mujeres se ocupan de todos los aspectos de la vida femenina. Se dan en ellos enseñanzas sobre bienestar físico, educación sexual, problemas generales de salud, necesidades ginecológicas, fertilidad y embarazo, y puericultura. Se atiende a los intereses de las mujeres de cualquier edad, ya se trate de su cuerpo, de su mente o de su espíritu. Con el rebobinado, no necesitamos del aborto, pero existen clases y consejeros para ayudar a las mujeres a pensar bien lo que hacen, de modo que no hayan de rebobinar una y otra vez. Y, debo añadir con satisfacción, no pesa ningún estigma social sobre quien decida tener un hijo, cualesquiera las circunstancias. Y tampoco el niño no sufre ninguna discriminación.

—Explícame ahora por qué el telediario que vi al llegar a Urano incluía algunas noticias sobre centros de drogas. ¿Por qué existen lugares así en vuestra civilización?

—Otra vez has tomado las palabras al pie de la letra. Los productos químicos que no forman parte de la comida sólo se pueden conseguir a través de un centro de drogas, o centro de administración de fármacos. Los médicos y los farmacólogos vigilan mucho qué medicinas recetan, y las vitaminas y otras ayudas para la gente que siguen programas de salud holísticos (es decir, globales o totalizadores) para alcanzar un grado máximo de vitalidad y bienestar.

Esto me pareció bien, y no quise perder tiempo haciéndola «defender» su realidad. Pero había otra cosa que me preocupaba de aquel telediario.

—¿Qué razón válida podía justificar aquel gran lujo de armamento? Vi secuencias de películas sobre academias militares, en las que aparecían entrenándose muchachos y muchachas de uniforme. ¿Y por qué aquellos portaaviones y submarinos, además de gran despliegue de tropas que disparaban armas de artillería, si en vuestro mundo no existe el concepto del «daño»?

Me sentía orgulloso de mis agudas observaciones, y estaba casi seguro de haber hallado una contradicción en las impecables explicaciones de Eykis sobre la conducta de los uranitas.

—Ay, ay... ¡Qué engañosas son las apariencias! Me alegra decirte que tu descripción de lo que viste es completamente errónea. Con ayuda de la ciencia, hemos llegado a dominar el instinto de defensa del territorio y el de protección agresiva de la especie, así como la necesidad de lucha en prueba de nuestra fuerza y como medio de selección de nuestros dirigentes. El uso de la fuerza puede haber sido necesario en el pasado, para la supervivencia de los más aptos, pero en una época racional sabemos que no es ése el funcionamiento que deseamos para nuestra sociedad. Y para dar al animal que todos llevamos dentro la posibilidad de expresarse sin herir a los demás, jugamos a la guerra, celebramos unos Juegos de la Guerra que constituyen las Olimpiadas Uranitas. Las academias militares que creíste ver no entrenan a soldados, sino a atletas. Los portaaviones transportan efectivamente aviones, pero eso es para ahorrar combustible a la hora de llevar los aviones a las competiciones. Y algunos de esos aparatos sólo sirven para vuelos muy cortos; de ningún modo podrían cruzar el océano.

»Los submarinos participan en competiciones en el fondo del mar, pero las tripulaciones se entrenan en realidad para trabajar en el futuro en granjas oceánicas en las que los submarinos guardan los bancos de atunes del mismo modo que los vaqueros guardan las reses. Y los cultivos oceánicos son atendidos y cosechados por submarinos. Los Juegos Olímpicos constituyen una excelente manera de adiestrar a todo ese personal.

»En cuanto a las tropas de artillería, las viste disparar contra blancos, no contra personas. Se turnan para cubrir el mismo territorio, de modo que las puntuaciones puedan darse con justicia. La artillería pesada, apuntando al aire, dispara fuegos artificiales. Éstos son calificados según su originalidad, variedad de colores y formas, tema, efectos combinados de imagen y sonido, etcétera. Los campeonatos finales se celebran siempre por la noche. Lo que viste debía de ser parte de un documental sobre las prácticas. ¿De qué te ríes?

—Trato de imaginar qué pasaría en nuestra próxima conferencia cumbre si propusiésemos eliminar todas las armas nucleares y sustituirlas por una exhibición de fuegos artificiales.

El pensamiento de Eykis era siempre impecablemente sensato. La preocupación y la culpabilidad existían en Urano sólo porque eran útiles. Los habitantes de aquel planeta no se herían unos a otros porque ello no habría servido de nada. La ansiedad atacaba, y de ahí la necesidad de tranquilizantes.

Dejamos la conversación sobre la culpa e interrogué a Eykis sobre algo que había observado repetidamente en Urano: la gente hablando de sus fobias.

—Sí, ya lo creo que sufrimos fobias. Suponen un gran problema, pero hemos aprendido a soportarlas. Forman parte de nuestra realidad, ya me entiendes... — declaró graciosamente, con una levísima sonrisa presuntuosa.

—He oído en el autobús a una mujer que le decía a su amiga: «Me horrorizan los ascensores; siento ganas de no subir nunca más a ninguno». Explícame cómo es posible que una persona basada en la realidad, por utilizar tus mismas palabras, pueda decir algo tan irreal. Está claro que los ascensores no asustan a la gente.

—¿Has subido alguna vez a un ascensor uranita programado para asustar? — replicó ella muy seria.

—¿Programado para asustar? Pero, ¿por qué? ¿Con qué fin?

—Aquí, en Urano, los ascensores se construyen con altavoces en el interior. Cuando el programa es «Asustar», y eso puede ocurrir sin previo aviso, el altavoz emite un chillido terrible, agudo y rechinante. Es algo que pone los pelos de punta.

—¿Y por qué no elimináis esos ruidos y os libráis así de esa fobia?

—Porque los ascensores que asustan constituyen el antídoto contra esa estúpida música ambiental. Los ascensores se construyen de ese modo; la mayor parte de la gente aprende a adaptarse a ellos y no lo pasan tan mal. Pero a algunas personas los ascensores les resultan verdaderamente temibles, ¿No sienten los terrícolas fobias como el miedo a los ascensores?

—Sí, desde luego, pero no son los ascensores mismos los que asustan a la gente. Es la actitud que tienen algunas personas hacia los espacios pequeños y cerrados — respondí, sabiendo lo que iba a preguntarme ella a continuación, y que tampoco esta vez encontraría yo una respuesta sensata.

—O sea que por eso te ha sorprendido el que nuestra gente diga: «Me dan miedo los ascensores». Nunca lo habías oído expresar así, ¿verdad?

—Sí, amiga Eykis. Miles de veces.

—Pero acabas de decir que en la Tierra los ascensores no están programados para asustar a nadie, y, si es así, ¿por qué acusar a un ascensor del temor que tenga una persona a los espacios cerrados? —preguntó ella, completamente desconcertada, sorprendida.

Decidí preguntarle sobre otras fobias, pues no tenía nada que decir, para aclarar mis palabras, aparte de la fórmula que ya había pronunciado demasiadas veces: «Lo entenderás cuando vayamos a la Tierra».

—Dejemos por ahora los ascensores —propuse—. ¿Sufre de acrofobia la gente de Urano?

—Desde luego —respondió Eykis—. Las alturas asustan aquí a mucha gente. Es una fobia muy grave y muy corriente.

—¿Cómo puede la altura asustar a nadie? —pregunté.

—Las alturas no quieren que la gente las explore. Es así, simplemente, y en Urano todo el mundo lo sabe.

—Pero, ¿cómo puede una altura querer algo? Una altura no es más que un lugar alto —insistí.

—En Urano, no —replicó ella vivamente—, y no dirías eso si alguna vez te hubieses acercado demasiado a la cumbre de una montaña o al borde de un precipicio.

—¿Acaso esos lugares están equipados con programas para asustar, como vuestros ascensores? —indagué, sintiéndome estúpido por formular siquiera semejante pregunta.

—No, no es que existan programas para asustar, sino que todas las cumbres de nuestras montañas y nuestros precipicios se encuentran sobre bisagras —explicó ella.

—¿Qué?! —exclamé, sin dar crédito a lo que había oído.

—Vaya, no irás a decirme que en la Tierra no hay bisagras...

—Pues claro que hay bisagras, pero las montañas y los precipicios no las tienen.

—Pero, si no tienen bisagras, ¿cómo pueden volcarse las cumbres? —preguntó.

—¿Y por qué demonios habría de «volcarse» la cumbre de una montaña? —exclamé, perdiendo casi la paciencia ante el absurdo giro que estaba tomando la conversación.

—¿No me has dicho que habías oído hablar a varias personas de su temor a las alturas?

—Así es.

Lo había oído muchas veces, e incluso lo anoté para preguntarle sobre ello a Eykis.

—¿Y cómo crees posible que nadie hablase así si las cumbres y los bordes de los precipicios no estuviesen sobre bisagras? Cuando la gente se acerca demasiado a ellos, su peso puede activar el sistema de control antialudes y hacer que las cumbres giren sobre las bisagras y se vuelquen. Por eso asustan las alturas a la gente. ¿Por qué otra causa podrían hacerlo?

—¿Te ha ocurrido eso alguna vez?— le pregunté.

—No, nunca —respondió con vehemencia—. Nunca me han asustado las alturas. ¿Y a ti?

—Bueno, nosotros ciertamente no tenemos bisagras en las cumbres de nuestras montañas ni en nuestros precipicios.

—Entonces supongo que nunca habrás oído decir a ningún terrícola «Me dan miedo las alturas» —apuntó.

—Ah, pues sí, lo cierto es que lo he oído muchas veces. Pero dejemos eso para otro momento. Estoy seguro de que te crearía una gran confusión si intentase explicártelo.

Todas esas extrañas conversaciones me hacían sonreír interiormente pensando en lo que iba a ser para Eykis su visita a la Tierra. Las cosas que ella comprendía eran tan increíblemente sensatas... Ella no conocía más que su propia realidad, y yo empezaba a ver que, en muchos aspectos, aquella realidad estaba a años luz de la de la Tierra.

En la Tierra se me consideraba una persona sumamente evolucionada, libre de barreras mentales. Pero allí, en Urano, estaba seguro de que Eykis empezaba a pensar de manera diferente sobre mí. Decidí seguir con nuestra conversación, aprender aquella noche cuanto pudiese. Eykis me había dicho que aquélla sería su última oportunidad de hablar largamente conmigo, pues tenía mucho trabajo atrasado. También me anunció que estaba disponiendo lo necesario para acompañarme a la Tierra, pasar allí quince días y observarlo todo por su cuenta. Todo lo que yo le había explicado sobre los ataques de ansiedad sin que la ansiedad atacase, sobre las fobias a los ascensores; aunque los ascensores no estuviesen programados para asustar a la gente, y sobre otros misteriosos fenómenos, había despertado su curiosidad por mi planeta de origen. Le interesaba mucho visitarlo personalmente.

—¿No pondrá obstáculos tu familia? —le pregunté.

—No, yo no permitiré que se disgusten —declaró inocentemente.

—Pero, ¿cómo puedes tú permitir o no que otra persona se disguste?

—Esconderé sus disgustadores y desconectaré los terminales de enfado de sus unidades portátiles —dijo, y a mí me tocó otra vez abrir la boca, asombrado.

—Muy bien, muy bien, me rindo. ¿Qué es un disgustador? —le pregunté sonriendo.

—¿Tratas de decirme que en la Tierra la gente no pueden disgustarse unos a otros?

—Claro que pueden, y lo hacen constantemente, pero, ¿qué tiene eso que ver con un disgustador? —pregunté.

—Otra vez me desconciertas. Pero no te pediré que me lo expliques hasta que vea a tu gente con mis propios ojos. No consigo imaginar que nadie puede disgustar a otro sin recurrir a un disgustador. Pero, respondiendo a tu pregunta, un disgustador es un aparato portátil muy ligero que se lleva en el cinturón, o en el bolso. Existe en muchos modelos diferentes, según lo que uno quiera gastar. El disgustador corriente tiene tres botones programados para los miembros principales de la familia del usuario. Un botón es para los hermanos, otro para los padres y otro para los abuelos o cualquier otra persona que viva en el mismo hogar. Existen también variedades más caras de disgustador que incluyen a los parientes políticos, a los compañeros de trabajo e incluso a los desconocidos.

—Pero, ¿cómo funcionan? —quise saber.

—Actúan por rayos láser invisibles. Por ejemplo, si uno quiere disgustar a su hermana, dirige el aparato hacia ella y ¡zas! oprime el botón «hermanos» y entonces, generalmente, ella exclama en tono de lamentación: «¡Mamá, mi hermano me ha dado un disgusto!» ¿Lo entiendes?

—¡Claro está que lo entiendo! —exclamé—. Es fantástico. ¿Quieres decir que en Urano uno no puede disgustar a otra persona sin utilizar un disgustador?

—¿Cómo sería posible eso? —me replicó vivamente—. ¿Cómo se podría dar un disgusto a alguien sin un disgustador?

No quise meterme en honduras. Me negué a contestar su pregunta e incluí el tema en la lista «Ya lo entenderás cuando vayamos a la Tierra», lista que no dejaba de crecer.

Pero lo cierto es que medité intensamente y durante mucho rato aquella pregunta suya. Sabía que Eykis, ya muy desconcertada por mi incapacidad de responder inteligentemente a sus preguntas, no se sentiría satisfecha con mi referencia a la Tierra. Quizá su próxima visita le aclararía las cosas, pero yo empezaba a temer que aquella visita no haría sino confirmar las conclusiones a las que estaba llegando sobre los terrícolas.

—¿Así es que tu familia no podrá disgustarse por tu viaje porque tú esconderás sus disgustadores? —repetí para estar seguro de haberlo grabado correctamente.

—Los esconderé, o bien desconectaré las terminales esposa/madre. A mi familia le causaría molestias pasar dos semanas sin sus disgustadores, de modo que me limitaré a desconectar los láser que podrían afectarme a mí.

—Asombroso, absolutamente asombroso... —fue cuanto acerté a decir—. Y esos botones de ira que has mencionado, ¿funcionan de manera similar?

—Casi exactamente igual —respondió—, sólo que no son portátiles. La cólera es una respuesta emocional demasiado seria para que las personas lleven por ahí provocadores de ira, por lo que los terminales están fijos en casa de cada cual. El estado limita la venta de provocadores de ira porque pueden ser peligrosos. Aunque nadie sería capaz de «dañar» a otra persona, por utilizar una palabra tuya, un ataque de ira provocado puede dar lugar a cosas como rabietas, gritos, destrucción de objetos, etcétera. Por eso, casi nunca utilizamos nuestros provocadores de ira. Pero también es verdad que se puede encolerizar a otro pulsando ciertas combinaciones de botones.

—O sea que piensas asegurarte de que tu familia no se disguste contigo manipulando sus botones, por así decirlo.

—Voy a informarles, sencillamente, de que no quiero que me disgusten. No quiero que me encolericen ni encolerizarles yo a ellos. Después les explicaré lo que he hecho, y nadie se sentirá ofendido. ¿Se te ocurre alguna manera mejor de salvar la situación? —me preguntó muy seria.

—No, ninguna —respondí sin vacilar—. Verdaderamente, es un método fantástico. Me gustaría llevarme algunos de esos aparatos a la Tierra.

—¿Quieres decir que allí no tenéis disgustadores y provocadores de ira? —me preguntó.

—Exactamente, Eykis.

—O sea que en la Tierra nadie puede disgustar ni encolerizar a otros. ¿Es eso? —preguntó, casi esperanzada.

—No, amiga mía —respondí.

—Ya sé, ya sé. Lo entenderé cuando llegue allí.

Temí que Eykis esperase conocer en la Tierra alguna especie de extraña tecnología que explicase el pensamiento y la conducta de sus habitantes. En tal caso, le aguardaba una buena sorpresa.

Se me ocurrió entonces que, sin sus instrumentos mecánicos, la gente de Urano no sufriría nunca el dolor de la cólera o de las ofensas. Y me pregunté por qué querían introducir en la sociedad unas emociones tan destructivas. Se lo pregunté a Eykis.

—Hace mucho tiempo —explicó ella—, descubrimos que sin una cierta gama de emociones no teníamos estímulos para la creatividad. La vida era demasiado aburrida. La tecnología de que te he hablado era tan admirable y avanzada como la del automóvil, por ejemplo. Pero, como ocurrió con automóvil, se hizo excesiva. La industria automovilística tiende a producir cada año modelos más grandes, más rápidos, más complicados. Esto es lo que ocurría con los disgustadores y los provocadores de ira. La competencia y el afán de consumo eran lo que dictaba su venta, más que las necesidades reales. Ahora la producción de esos aparatos está regulada por el Estado, al igual que la producción de automóviles y de otras cosas. Además, nuestros científicos buscan métodos alternativos, de la misma manera que estudian el transporte de masas, pero la utilización de esos dos aparatos está profundamente arraigada en la sociedad y no cambiará a menos que se demuestre la superioridad clara de otro sistema.

—¿No necesitan de ti, en cierta medida, los miembros de tu familia? ¿No te echarán de menos cuando estés en la Tierra? —le pregunté, apartándome del tema de los disgustadores y provocadores de ira.

—La dependencia es muy importante para los niños pequeños. Me preguntó, ¿cómo sobrevivirían sin ella?

—No te estoy hablando de los niños pequeños, sino de los jóvenes capaces de pensar por su cuenta y de sobrevivir sin sus padres, como por ejemplo los adolescentes. También me refiero a los adultos que crean una dependencia mutua en el seno de su familia. ¿Qué me dices de eso?

—Ya entiendo. Bien, pues nosotros, en casi todos los casos, desconectamos los diodos de dependencia de nuestros hijos cuando éstos llegan, más o menos, a los once años, y entonces la dependencia —el apoyarse absolutamente en otra persona— resulta imposible. Pero debo reconocer que algunos uranitas necesitan depender más allá de los once años, muchas veces en plena edad adulta y, en algunos casos, toda la vida.

Me pareció que por fin había dado con algo que entendía. Aquello de la dependencia me resultaba muy conocido, muy propio de la Tierra, y no quise dejarlo pasar.

—¿Y por qué querría nadie seguir dependiendo de otros una vez es capaz de pensar, sentir y vivir independientemente? —le pregunté, casi como un fiscal que acabase de pillar a un testigo en una contradicción.

—¿Acaso no has oído hablar de los defectos que pueden producirse en los diodos

de dependencia? —me preguntó en tono de desdén hacia mi actitud acusadora—. La dependencia es como una enfermedad. No nos enfadamos con la gente porque enferme. Si alguien tiene unos diodos de dependencia defectuosos, no es culpa suya. La persona a quien le ocurre eso sigue siendo dependiente durante un tiempo. En lugar de pensar siempre por sí misma, desea a menudo que otros piensen por ella. Achaca sus problemas a sus padres, y tiene razón. Sólo los padres rigen los diodos de dependencia, y un padre equivocado puede crearle a un hijo una dependencia duradera. Por suerte, en mi familia todos los diodos de dependencia funcionan bien. Todos somos capaces de pensar por nosotros mismos, nunca nos echamos la culpa de nuestros problemas, nos queremos mucho y compartimos infinidad de cosas. Por fortuna, todos mis diodos de dependencia fueron desconectados correctamente. A excepción de la confitura de celos de mi marido, que no utiliza casi nunca, tengo una magnífica familia de personas interdependientes e independientes. Nadie quiere dejar la marcha de su vida en manos de otra persona, pues eso eliminaría lo que en Urano valoramos más: la libertad. Pero hay que dar gracias a los padres inteligentes que desconectan nuestros diodos como es debido. Te aseguro que he visto familias en las que todos son dependientes y están obsesionados con la fidelidad al grupo, en lugar de preocuparse por ser individuos dentro de ese grupo. Eso puede resultar una verdadera pesadilla. Pero todo está en manos de quienes manipulan los diodos.

Se interrumpió y me miró. Yo sabía lo que se avecinaba.

—Otra vez pareces desconcertado —observó Eykis—. Dime, ¿cómo podría existir dependencia alguna funcionando los diodos correctamente? No irás a decirme que...

—Lo has adivinado —murmuré. —¿Que no hay diodos de dependencia en la Tierra?

—Tú lo has dicho.

—¿Y se os presentan dependencias en personas mayores de once años?

—Sí, ya lo creo. Pero, antes de que digas más, déjame hacerte otra pregunta —le rogué.

—De acuerdo. Adelante con ella.

—¿Qué me dices de esa confitura de celos? ¿Qué crees que pienso yo de eso?

—Yo juraría que nunca has oído hablar de la confitura de celos, y que en la Tierra aún tenéis celos. Y después me dirás que no lo entenderé hasta que lo vea en la Tierra, cuando vayamos allí la semana que viene. ¿Me equivoco?

—No. Y hasta intentaré explicar esa confitura de celos de la que nunca había oído

hablar —declaré—. Cuando tu marido quiere sentir celos, se pone esa confitura en una tostada y se la come, y entonces siente celos. ¿No es así?

—Casi, casi —respondió ella, conteniendo la risa para no ofenderme—. Sólo que la confitura de celos no se come, sino que, sencillamente, se frota en los dedos una pequeña cantidad de ella. Y, además, no sirve para sentir celos uno mismo, sino para darle celos a otra persona. Por ejemplo, mi marido me frota en los dedos un poco de confitura y entonces dice: «¡Me estás dando celos!» La causa de la conducta neurótica está siempre en la otra persona, ¿sabes? La confitura que me frota en los dedos le pone celoso a él y la confitura que se aplica él me pone celosa a mí. ¿Lo entiendes?

—Pero, ¿para qué queréis sentir celos?

Eykis bajó la mirada por primera vez y se sonrojó.

—Es el mejor afrodisíaco —respondió sincera y confusa, esforzándose por templar la voz—. Nos gusta convencernos mutuamente de que en realidad no hay motivo para sentir celos.

—¡Ésa es una confitura que a mí me gustaría probar! —exclamé risueño.

Ella sonrió a su vez y se sosegó.

—Estoy segura de que te gustaría —dijo.

Y volvió a mirarme a los ojos como había hecho siempre. Esa vez fui yo quien se ruborizó.

—¿Sabes? —le dije—, lo que me asusta es pensar que estamos empezando a entendernos.

Ella sonrió y me preguntó si ya sabía lo suficiente y si podíamos empezar los preparativos de nuestro viaje a la Tierra.

Yo estaba encantado de que, después de hablar durante tantas horas, por fin hubiésemos entendido algo de nuestras respectivas sociedades.

—No —le dije—, déjame hacerte unas cuantas preguntas más. Creo saber en qué se diferencia vuestra sociedad de la nuestra, pero quisiera comprobarlo por mí mismo.

—De acuerdo —respondió complaciente—. Y yo reservaré todas mis preguntas hasta que llegemos a tu planeta. Pero, si he de serte totalmente sincera, debo decir que, si bien me alegra mucho el que entiendas mi realidad, estoy más que confusa acerca de cómo funciona la tuya. No entiendo nada. Todo me parece extrañísimo. Me has dicho una y otra vez que vosotros tenéis las mismas reacciones emocionales que nosotros, pero todavía no entiendo cómo ni por qué. Bien, tendré paciencia. Ha de haber alguna explicación lógica que por ahora se me escapa.

Eykis estaba completamente equivocada en lo de la explicación lógica. Pero en aquel momento yo no quería decir ni hacer nada que pudiese desanimarla o que aumentase su desconcierto. Pasamos una hora más hablando sobre casi todos los temas de mi lista. Entretanto, ya había aprendido yo a contener mi sorpresa ante lo que parecían ser afirmaciones completamente disparatadas. Por fin había dejado de mirar a Eykis desde mi propia realidad, y la aceptaba tal como se me presentaba. Había aprendido a dejar de juzgarla y a ver que era incapaz de alterar la verdad. Eykis era la personificación del ser humano abierto a todo, de un ser que vive a gusto con la realidad de su sociedad y que desea crecer con cada nueva vivencia.

Yo había leído mucho acerca de las personas que, carentes de barreras mentales, se atienen firmemente a su realidad. Tales personas se me antojaban seres humanos superiores capaces de trascenderse a sí mismos y a sus pequeñas preocupaciones y de darle un sentido claro a su vida. Era gente que vivía en la realidad, que nunca olvidaba la fundamental verdad de lo que existe. Pero las verdades de Eykis eran completamente nuevas para mí. Me había olvidado de que la realidad de una persona es precisamente eso, y de que no es algo que deba tomarse a risa, sino algo que hay que penetrar y aceptar. Con todo, era indiscutible que aquella realidad que se me presentaba ahora resultaba muy peculiar. Aparatos y confituras, lociones y diodos, informes sobre los ataques de ansiedad, y más cosas. Pero | qué caramba!, ¿no es igualmente increíble, extraña e irreal la realidad de un supuesto esquizofrénico? ¿Y no había aprendido yo tiempo atrás que ponerme en el lugar de otro era mucho más realista que considerarle chiflado?

Eykis me ayudaba a verme a mí mismo con objetividad. Me permitía reparar en mis juicios y prejuicios al demostrarme que ella era incapaz de albergar dichos juicios y prejuicios. Ella me descubría su mundo, y yo había perdido el tiempo asombrándome y mostrándome incrédulo. En las horas pasadas a su lado había aprendido tanto sobre mí mismo como sobre Urano. Sobre todo, había descubierto que mi incredulidad hacia la realidad de Eykis se debía a un solo hecho. *Intentaba comprenderla en función de lo que yo era, y no en función de lo que era ella.* Me hice el firme propósito de dejar de juzgarla así. En la Tierra me había enorgullecido de no actuar nunca de aquel modo con nadie, y ahora, en Urano, me mostraba de lo más etnocéntrico con Eykis. En consecuencia, cuando ella decía cosas que la misma víspera me habrían extrañado mucho, yo reaccionaba con tranquilidad. Estaba empezando a comprender su realidad, y esa comprensión venía del hecho de escucharla, no del haber discutido con ella.

Cuando Eykis me habló de los puntos de acusación, calculados por los banqueros de acusación, comprendí lo que decía. Los puntos de acusación eran concedidos por los bancos de acusación, que informaban a la correspondiente división estatal. De acuerdo con eso, se pagaban los impuestos. En Urano, la acusación tenía un sentido.

También la loción de autorrechazo me resultaba ahora fácil de entender. Algunas personas la utilizaban incluso para estimular el conocimiento de sí mismas. El resultado final era una mejor comprensión de sí mismo, pues el autodesprecio se desprendía junto con la piel muerta. No protesté de este sensato razonamiento por el hecho de que hubiese en Urano tanto autorrechazo. La loción podía causar aquellos problemas temporales, pero sus resultados eran positivos. Como me había dicho Eykis: «¿De qué otro modo se puede explicar que las personas se rechacen tanto a sí mismas?». Me explicó la importancia que tenía en Urano el temor al fracaso. Ese temor actuaba en conjunción con los antipreocupación, y servía a la gente para evitar el fracaso mediante el temor que éste les inspiraba. ¿Cómo discutir aquello?

El segundo hecho sencillo que explicaba mi incredulidad ante la realidad de Eykis era el carácter en extremo sensato de dicha realidad. Aunque pareciese igual a la Tierra, algo faltaba en aquel planeta. Me parecía que el «eslabón perdido», por así decirlo, era precisamente lo que daba a mi planeta su carácter e historia distintivos (y desafortunados). Todo parecía ofrecer una explicación tan sensata... En Urano, las personas tenían razones para estar neuróticas. Dichas razones tenían que ver con su realidad. En cambio, no se me ocurría ninguna razón basada en la realidad en el caso de ningún terrícola neurótico o siquiera desgraciado. Y me angustiaba la incredulidad de Eykis ante mi incapacidad de dar una respuesta sensata. Ella no podía comprender una explicación «irreal» o no sensata; era, sencillamente, incapaz de ello. Pero siempre se mostraba amable y dispuesta a entenderlo todo en un futuro.

Fue al hablarme del amor y de la sexualidad cuando realmente me emocionó. Una definición tan sencilla, un concepto tan fácil... Mientras escuchaba lo que me decía sobre el amor, pensaba que nunca había experimentado una alegría como aquélla, ni había conocido a nadie que la hubiese sentido. Por lo menos, no en la Tierra. Y lo que más me alarmaba era la duda de que fuera posible experimentarla en mi realidad, a menos que Eykis me enseñase cómo hacerlo. Pero ésa era una idea absurda. Yo no querría ni tan siquiera arriesgarme a que mi diodo de dependencia resultase defectuoso, o a que ella utilizase conmigo la confitura de celos... ¿O sí lo deseaba?

SEGUNDA PARTE

LA TIERRA

Primeras observaciones

Como habíamos acordado Eykis y yo antes de salir de Urano, ella iba a pasar diez días viajando por todo nuestro planeta. Viajaría sola y de incógnito. No habría publicidad en torno a su llegada; ésta se mantendría secreta, tal como había sido mi visita a Urano. Eykis quería verlo todo con sus propios ojos, sin mi ayuda. Insistió mucho en quedar libre de observar a la gente y relacionarse con ella sin que nadie supiese quién era, y libre de investigar y hacer preguntas. Me aseguró que conseguiría verlo todo en diez días, ya que no disponía de más tiempo. Estuvo de acuerdo en grabar sus observaciones en un magnetófono y en anotar todas las preguntas que quisiera hacerme.

Tan pronto como llegó, Eykis utilizó las *Fórmulas Uranitas* para realizar la desaparición más asombrosa que yo hubiese presenciado jamás. Habíamos convenido la hora y el lugar en que nos encontraríamos al cabo de diez días, y yo sabía que cumpliría su palabra. Eykis no habría podido actuar de otra manera. Cumplir su palabra formaba parte de su realidad.

Mi primer impulso fue el de preocuparme por ella. Sonreí interiormente al recordar su descripción de los antipreocupación, y deseé que mi amiga hubiese tenido acceso a uno de aquellos ordenadores que me había descrito en Urano. Me habría gustado echar una ojeada al futuro para asegurarme de que no le amenazaba peligro alguno. Pero recordé sus palabras sobre la preocupación: «¿Por qué desperdician preciosos momentos de su vida preocupándose por cosas que no pueden remediar? Me parece absurdo». Suspendí, pues, todas las ideas de preocupación y decidí aprovechar los diez días siguientes.

Repasé y ordené las cintas que había grabado y el gran número de notas acumuladas. Eykis me había hablado de muchísimas cosas; me abrumaba la

perspectiva de escribirlo todo en un solo informe coherente. Había reflexionado sobre la importancia de sus mensajes. Sería maravilloso encontrar la manera de introducir en la Tierra aquella extraordinaria forma de pensar y sentir. Imaginaba un mundo en el que la gente utilizase la mente para rechazar los absurdos e innecesarios pensamientos destructivos que tantas vidas echan a perder. Imaginaba también la posibilidad de importar algunos de aquellos interesantes aparatos que Eykis me había descrito y mostrado. Pero ya encontraríamos bastante escepticismo sin necesidad de los aparatos...

Volví a pensar en términos de comparación. Me resultaba difícil ver aquel planeta tal como era. Aún sentía el deseo de discutir, de demostrar que sus habitantes estaban equivocados y nosotros no. Ni una sola vez había oído a Eykis insinuar que nosotros fuésemos inferiores. Ciertamente nos encontraba desconcertantes, pero nunca pasó de eso en sus afirmaciones. Yo deseaba intensamente aprovechar aquellos nuevos conocimientos, utilizarlos para ayudar a mis congéneres a escapar a la obsesión colectiva de tomar medicamentos para remediar sus problemas, o de buscar respuestas en la terapia o en algún absurdo grupo de encuentro, o en gurús de cualquier tipo. Sabía que Eykis conocía secretos que podían serme útiles a mí y a mis semejantes, pero no veía cómo entrar en posesión de ellos, cómo conseguir que Eykis los compartiera con nosotros. Aquella mujer poseía una singular sensatez que, debidamente utilizada, podía transformar nuestro mundo.

Pensaba en ella constantemente, preguntándome cómo le iría en su viaje por nuestro inmenso planeta. Sabía que no se sentiría extraña en nuestro mundo físico, pues había pasado toda su vida en un planeta gemelo del nuestro. Pero las sorpresas que le esperaban, aunque yo había pasado varios días preparándola, serían sin duda monumentales.

—¡Están equivocados! —exclamó, entrando como una tromba en mi habitación del hotel en la fecha convenida.

¿No acababa yo de recordar que ella nunca había afirmado que estuviésemos equivocados? Me llevé una buena sorpresa. Eykis se puso a pasear por la habitación, casi fuera de sí.

—¿Qué pasa? ¿Quién está equivocado? —exclamé, sin atinar siquiera a saludarla.

—¡He descubierto la razón de la gran infelicidad que reina aquí, en la Tierra! —explicó, agitando los brazos mientras daba vueltas por la habitación—. He hablado con mucha gente, pero sobre todo la he observado. He escuchado a personas de todo tu mundo, en Asia, Europa, África, América del Norte y del Sur, y hasta en las Islas

del Caribe y del Sur del Pacífico —dijo, e hizo una pausa para respirar—. Los dos conocemos el concepto de neurosis. Nosotros la sufrimos en Urano, y vosotros la padecéis aquí en las mismas proporciones. Vivís en una gran infelicidad, y vuestra gente rara vez habla o procede como si estuviese realizada. Todo nace de un defecto básico. El problema no es que seáis infelices o incluso que no estéis realizados; el problema estriba en que casi todos estáis equivocados.

Se había calmado, pero su excitación ante su alarmante descubrimiento no disminuía su ardor por lo que estaba diciendo.

—¡Si quieres enseñar a tu gente a ser feliz y a realizarse, has de enseñarles a pensar correctamente! —declaró.

—¿Qué entiendes por pensar correctamente?

—Mira —dijo—, tú viste en Urano ansiedad, celos, fobias, temores y autorrechazo. Viste a gente que volvía hacia otros sus disgustadores y les ponía nerviosos con los barriles de confusión. Viste todo esto. Ésa es, simplemente, nuestra realidad. Nosotros la aceptamos y después nos disponemos a ser felices y a realizarnos dentro de ella. Si esa realidad puede ser cambiada, nos esforzamos en cambiarla y encontramos un sentido en hacerlo. Pero yo acabo de ver en la Tierra a mucha gente que piensa, siente y se comporta en desacuerdo con la realidad. Casi toda la gente que he visto pensaba y procedía como si conociese una realidad diferente de la que existe. Pero siempre acababan siendo víctimas de la única realidad que existe. ¡Esa gente se equivoca, se equivoca, y yo no alcanzo a entender por qué no se ponen a pensar, a sentir y a actuar correctamente! Así pues, señor Terrícola, explícame por qué tanto error...

Nunca había visto a Eykis en semejante estado. Su confusión se imponía a su serenidad. Golpeaba la mesa con los puños, exigiendo respuestas. No estaba enfadada, ni siquiera molesta. Había usado la palabra «equivocados» varias veces, y yo quería conocer con más exactitud el sentido que le daba. Ya antes de que emprendiese su viaje por la Tierra, sabía yo que a Eykis le esperaban algunos sobresaltos, pero no imaginaba que su reacción fuese tan intensa.

—Retrocedamos un poco —le rogué—. ¿Qué has visto que te haya hecho considerarnos tan equivocados?

—En los primeros días que pasé aquí, descubrí que existen muchas diferencias físicas, pequeñas pero importantes, entre nuestros dos mundos. Pero esto no me interesaba mucho. Observé que vuestras armas disparaban munición de verdad, y que vuestras cárceles encerraban a personas que podían causar «daño» a los demás o a sí

mismas. Reparé en los cerrojos que tenéis en las puertas, y en las pistolas que guardáis en casa. Esas cosas, y todas las demás extrañas manifestaciones de un mundo violento, no constituyeron sorpresas para mí, pues conozco bien la historia antigua de Urano.

»Esas diferencias físicas las consideré problemas de evolución, y pensé que, a través de la experiencia, llegaréis a descubrir que es perfectamente posible eliminar de vuestro mundo esos elementos destructivos. Algún día podréis utilizar vuestras cárceles y submarinos para fines positivos, cuando habiendo comprobado lo absurda que es la competición, paséis a esa forma más avanzada de convivencia que se llama cooperación. Eso llegará cuando estéis preparados para ello, cuando seáis incapaces de soportar la violencia. Lo que realmente me sorprendió fue lo erróneo de vuestro pensamiento.

»Empezaré hablándote de mi primera observación, que ocurrió el lunes pasado, por la mañana, en la cola, de un banco! Yo iba, simplemente, a sacar algún dinero, tal como me habías sugerido, y oí la conversación que mantenían las dos mujeres que estaban delante de mí. Conforme a lo que me habías pedido, la grabé en el magnetófono. Aquí está la transcripción exacta.

PRIMERA MUJER: Mi hermana no habría debido trasladarse a Florida hace veinte años. Si me hubiese escuchado, no se habría casado con aquel bruto y ahora no tendría los problemas que tiene

SEGUNDA MUJER: Sí, debió hacerte caso. Pero ya sabes lo que les pasa a las hermanas menores: tienen que rebelarse.

PRIMERA MUJER: No debió dejar a su familia de aquel modo. Si hubiese hecho lo que debía, ahora no se enfrentaría a un divorcio, y seguramente no se encontraría sola y cargada de hijos, y estoy segura de que tampoco necesitaría ir al psiquiatra.

SEGUNDA MUJER: ¿Qué tal le va con el psiquiatra?

PRIMERA MUJER: Pues se siente desgraciada por no haberme hecho caso hace veinte años.

SEGUNDA MUJER: Bueno, es lógico que se sienta mal habiendo pasado todo lo que ha pasado.

PRIMERA MUJER: Tienes razón. Es lógico que ahora sea una desgraciada. No lo sería si me hubiese hecho caso cuando tenía veinte años.

—Ahí tienes —dijo Eykis—. Al principio no pensé demasiado en ello, pero a los pocos días de observar tu planeta, me di cuenta de que toda esa conversación era simple y llanamente *un error*. La habré escuchado unas cincuenta veces, y la única conclusión a la que llego es que aquellas dos mujeres, para las cuales esa charla era perfectamente normal y sana, están equivocadas acerca de la naturaleza misma de la realidad en la que viven.

—¿Por qué están equivocadas? —pregunté.

—En primer lugar, tenías razón en lo del rebobinado. Aquí sólo pueden rebobinarse los magnetófonos. Los terrícolas no tienen la posibilidad de corregir sus errores.

No le dije «Ya te lo había advertido», aunque era lo que pensaba. Sin embargo, comprendía su frustración ante la imposibilidad de comprender aquella primera conversación oída en la Tierra.

—Todos estos «habría debido» y «no habría debido» son simples errores. Dime, si no hay posibilidad de rebobinado y si no existen activadores para efectuarlo, ¿qué se consigue dándole vueltas a lo que uno debió o no debió hacer?

Calló un momento, y después siguió hablando sin esperar mi respuesta.

—En este planeta no se pueden repetir las cosas. Siendo así, ¿por qué ha de decir la gente «habría debido», «no habría debido», y frases por el estilo?

—Pero Eykis, ten en cuenta que eso sólo son formas de expresión. No significan lo que parecen —le dije sin convicción.

—Pero son formas de expresión derivadas de un pensamiento erróneo, de un pensamiento que hace infeliz a la gente. Esas dos mujeres, sobre todo la primera, se iban enfureciendo cada vez más mientras lanzaban sus «habría debido». Los pequeños sermones que utiliza la gente de aquí están basados en la fantasía. ¿No te das cuenta?

—Sí, y es algo que no pienso discutir. Estoy de acuerdo en que resulta bastante ridículo cuando se mira desde tu punto de vista —convine.

—Pero no lo miro desde mi punto de vista, sino desde el punto de vista de esas mujeres. Y veo que están equivocadas respecto a la realidad en que viven. Si considerase esas frases desde mi punto de vista, habría podido enseñarles cómo solventar el problema de la hermana y retroceder veinte años. Pero aquí eso no es posible.

—Bueno, y ¿por qué te preocupa tanto el que estén equivocadas? —le pregunté, porque la preocupación que mostraba era auténtica, sentida.

—Me preocupa porque veo que, cuando la gente no tiene una idea correcta de su realidad, son prisioneros de unos grilletes que han forjado ellos mismos. Mientras sigan equivocados, no podrán liberarse. No es que esa conversación concreta hiciese infelices a esas dos mujeres. Es que la felicidad siempre es imposible cuando se ve incorrectamente la propia realidad.

—Continúa —dije, intuyendo que había más.

—¿Es que no lo ves, amigo mío? —exclamó, casi zarandeándome—. Aquella

mujer no dijo: «Mi hermana tomó unas decisiones y ahora tiene que aceptar las consecuencias, y quizá tendrá que cambiar si esas decisiones que tomó ya no le sirven». Lo que dijo fue: «Debió hacerme caso», y «No habría debido marcharse». A menos que yo esté tan equivocada como la mayoría de los terrícolas, me parece que en la Tierra no se puede repetir lo que ya se ha hecho, y por tanto los «habría debido» no tienen sentido.

—Es verdad —reconocí.

—Pues a pesar de eso, he oído no sé cuantas veces conversaciones del mismo estilo. Un viernes por la tarde oí a una empleada de la compañía telefónica decirle a un cliente, un caballero empeñado en que le arreglasen en seguida el teléfono: «Debió telefonar el miércoles». Y el hombre lo aceptó. Se alejó del mostrador como si la empleada hubiese dicho algo lógico, algo correcto. Pero ambos habían actuado de manera igualmente incorrecta. Me dieron ganas de susurrarle al hombre: «En la Tierra, cuando ya es viernes, no se puede hacer nada el miércoles. Es imposible». Pero recordé tus instrucciones y me comporté como simple espectadora. Por el momento, seré una simple espectadora.

Inmediatamente me pregunté qué habría querido decir con aquello de «por el momento», pero lo pasé por alto.

—Tienes razón, Eykis —dije—. No se puede hacer una cosa el miércoles cuando ya es viernes. Pero se puede hacer esa cosa el próximo miércoles, y seguramente es eso lo que quiso decir la empleada. De una manera desagradable, desde luego.

—Es que no lo entiendes. La empleada no tenía ningún interés en ayudarle a que le arreglasen el teléfono. Lo que hizo fue echarle un sermón y dejar el problema sin resolver, en lugar de buscarle una solución. ¡Y lo peor de todo es que el hombre lo aceptó! Se alejó del mostrador moviendo la cabeza y diciendo: «Ignoraba que hubiese de venir el miércoles; es culpa mía...». Allí estaban dos personas hablando y ninguna era consciente de las realidades de la Tierra. ¿Cómo pueden hacer eso todos los habitantes de un planeta sin que éste se desintegre?

Pero, antes de que pudiese contestarle, volvió a mirar la transcripción que estaba sobre la mesa.

—Y otra cosa —agregó—. ¿Cómo puede decir una persona «Es lógico que sea desgraciada», casi como si estuviese *a favor* de la infelicidad de esa mujer, *a favor* de sus limitaciones?

No supe qué responder a eso. Eykis estaba trastornada por lo que había oído. Como explicó más adelante, sufría por todos aquellos terrícolas que eran desgraciados sin

necesidad. En su extraordinaria orientación hacia la realidad, no alcanzaba a entender que la gente pensara, sintiera y actuara de aquel modo. Llegó a declarar que, si estuviera en su mano conseguir que los terrícolas dejaran de equivocarse (sólo que dejaran de equivocarse, nada más) se acabarían los neuróticos en este planeta, pues, por lo que había observado, no existían razones reales para estar neurótico. Eykis era la realista más idealizadora que hubiera yo conocido en mi vida.

Me pidió una explicación sencilla de los dos fenómenos que había observado en aquella conversación. Primero, los «habría debido», cuando en la Tierra no se podía rebobinar, y segundo el «*derecho a ser desgraciado*». Desistiendo de justificar aquellas formas de expresión aparentemente inofensivas, reconocí que representaban valoraciones erróneas de nuestra realidad. Pero yo seguía sin comprender que ella les diera tanta importancia. Al fin y al cabo, las personas objeto de sus observaciones no eran terriblemente desgraciadas. Se trataba de seres normales y corrientes, aplicados a conversaciones que en la Tierra eran de lo más habitual. Cuando se lo dije así, Eykis me miró con tristeza.

—Pero esto es precisamente lo que me inquieta, amigo mío. ¿No te das cuenta de lo extendido que está el error en tu mundo? Si es tan evidente en una conversación entre dos mujeres en la cola de un banco, o entre una empleada de teléfonos y un usuario, ello significa que todo el planeta está invadido por esa manera de pensar. Es la gente de la calle la que yo quería observar. Son ellos los que permiten conocer a un pueblo. Si ellos están afectados por ese mal, es muy probable que el mal esté aún más extendido entre los grupos dominantes de tu mundo. Si las personas que dirigen el campo de los negocios, el de la política y el de la educación sufren los mismos errores, y si aplican su pensamiento erróneo al cumplimiento de sus funciones, ese pensamiento erróneo penetrará literalmente en todos los grupos sociales. Y está claro que así ha sido, ya que están tan visiblemente afectadas las señoras normales que forman cola en los bancos.

—Pero, ¿no crees que estás sacando conclusiones muy graves a base de unas charlas triviales? —le pregunté esperanzado.

—Son precisamente las charlas triviales, como tú las llamas, las más reveladoras —replicó ella sin pestañear—. Pero no olvides que he pasado diez días estudiando atentamente tu planeta y que sólo te he hablado de mis primeras observaciones. Aquí tengo una maleta llena de cintas y de apuntes. Mi conclusión de que los neuróticos son personas que simplemente están equivocadas se funda en un gran número de actuaciones que he observado en la Tierra. Antes de ofrecerte lo que creo que serán

unos buenos regalos para los habitantes de este planeta, quiero que veas el resto de mis notas, escuches las grabaciones y que me des algunas respuestas que quizá yo desconozco.

Me mostré de acuerdo. Me interesaba enormemente conocer los resultados de su concienzudo estudio de nuestro mundo. Encontraba encantador el aspecto de Eykis cuando estaba perpleja y excitada al mismo tiempo. Era como una pila cargada, y expresaba su energía en todo lo que decía, incluso en las pequeñas singularidades de su personalidad. Sus ojos centelleaban cada vez que se disponía a mostrarme un descubrimiento nuevo. Me encantaba su forma de ponerse en pie de un salto movida por el entusiasmo, o de golpear la mesa con el puño para recalcar sus manifestaciones. También me parecía seductora su sencilla franqueza, su manera de hablar, seria y clara. Eykis nunca utilizaba la indirecta ni la chanza; uno sabía siempre lo que quería decir.

Yo estaba allí, sentado junto a ella, absorto en mis pensamientos sobre lo encantadora que era, no, sobre lo perfecta que era, y sin embargo ni siquiera me fijaba en su apariencia externa. No cruzaban, en absoluto, por mi mente las cosas a las que uno suele aludir cuando dice que una mujer es «encantadora». Sólo reparaba en la personalidad de aquella mujer, y no en su físico. Recordé con interés algo que ella había dicho antes y que yo casi había pasado por alto: «Unos buenos regalos para los habitantes de este planeta». Aunque yo la consideraba a ella el mejor regalo, me daba cuenta de que Eykis se refería a otra cosa. Y también sabía que lo compartiría conmigo cuando estuviese en condiciones de hacerlo.

En un momento dado, Eykis me rogó que aplazásemos nuestra conversación hasta el día siguiente. Había pasado una semana viajando y anotando sus observaciones y estaba agotada. Pero me constaba que no se quejaría de aquel cansancio. Los uranitas no se quejan de lo cansados que están; se van a reposar, sin más. En la realidad de Eykis, la queja no existía, sencillamente.

Cuando se puso en pie para marcharse, después de que hubiésemos programado todo el siguiente día, me dijo que su visita a la Tierra llegaría pronto a su fin, y que quería mantener otra entrevista conmigo, en la cual haríamos los preparativos para sus últimas jornadas aquí. Me pidió que pensase cómo podían ser utilizados aquellos días de la mejor manera. Cuando ella entreabría la puerta, le di un beso muy ligero, en los labios. No fue un impulso sensual, sino, sencillamente, nuestro primer contacto físico.

—Creo que te quiero, Eykis... —le dije con cierta torpeza.

Tiempo atrás había aprendido a pronunciar aquellas palabras cada vez que sentía amor. Y en aquel momento lo sentía. Eykis reaccionó con la respuesta más singular que hubiera yo escuchado jamás:

—Ya lo sé, y puedes estar seguro de que me doy cuenta de *lo que significa ahora*. Nos veremos mañana, a las nueve. Tenemos mucho que aprender el uno del otro. Buenas noches, como dicen aquí, como si una noche pudiese realmente ser *buena o un día malo*.

Observaciones finales de Eykis

No había duda de que nos estábamos aproximando el uno al otro, a pesar de los esfuerzos de mi amiga por cumplir con su tarea de una manera objetiva, casi científica. Eykis seguía mostrando claras señales de emoción, señales en las que yo quería leer un significado más profundo que el que ella les daba. Aunque quizás aquello no fueran más que especulaciones por mi parte. Los breves días pasados en su compañía habían sido los más interesantes de toda mi vida, sin discusión. Yo había pasado semanas junto a presuntos gurús hindúes y tibetanos, estudiado a los antiguos maestros del Zen y hablado personalmente con los contemporáneos. Pero la comparación era imposible. Eykis era un personaje único. Las cosas que me decía eran tan alarmantemente sencillas que casi me dejaban fuera de combate antes de que pudiese asimilarlas. El único parangón que se aproximaba algo a su caso tenía que ver con momentos muy especiales que había vivido yo junto a niños muy pequeños, dueños todavía de su inocencia. Siento un gran respeto por los niños. Siempre me he sentido muy a gusto al lado de esos pequeños personajes que se ríen, bromean y ponen sus emociones sobre el tapete, de modo que uno pueda aceptarlas, rechazarlas o actuar con ellas a su antojo. Los niños proceden siempre con sencilla franqueza, y Eykis poseía todas las cualidades características de los chiquillos, además de un profundo conocimiento sobre cómo pensar de manera realista y la capacidad de expresar ese conocimiento sin majaderías. Yo pensaba constantemente en las cualidades internas de aquella mujer, que eran nuevas para mí. En eso pensaba, precisamente, cuando apareció ella, muy animada, a primera hora de la mañana, dispuesta a iniciar nuestra última jornada de observaciones compartidas.

—Esta mañana vamos a dar un paseo —anunció con la espontaneidad que la distinguía.

—De acuerdo, Eykis. Lo que tú digas.

Salimos inmediatamente y cruzamos la ciudad hacia los muelles. Mientras caminábamos juntos, haciendo altos en algún que otro merendero, nos fuimos enfrascando en la experiencia que compartíamos. La intimidad con ella me iba resultando más fácil, y de vez en cuando le tomaba la mano mientras paseábamos. Ella no oponía resistencia alguna ni parecía afectada, en absoluto, por mi contacto. Lo aceptaba como mi manera de marchar a su lado, y no hacía de ello un problema. Pero a mí me encantaba tener su mano en la mía; sentía que aquello nos aproximaba. Sabía que para Eykis no significaba lo mismo, en absoluto, pero, por primera vez en mi vida, eso me tenía completamente sin cuidado.

—Bueno, ¿qué es lo que te confunde más en los terrícolas? —le pregunté.

—Pues ya te dije que, en mi opinión, la mayoría valoráis incorrectamente vuestra realidad. Ésa es una característica que parece darse en casi todas las actitudes que he observado.

—¿Y en qué otra forma crees que nos equivocamos en nuestra valoración de la realidad? —insistí, animándola a seguir con el tema.

—Te hablaré más concretamente que ayer. Como sabes, en Urano doy por la televisión un informe sobre la ansiedad, y veo en esa labor un servicio público, es decir, un trabajo importante que ayuda a la gente a evitar la ansiedad.

—Estoy de acuerdo —dije inmediatamente.

—Pues bien, en el diario que llevo desde que llegué aquí, a la Tierra, he anotado que más de mil veces, en estos pocos días, he oído quejas de personas que decían «sufrir un ataque de ansiedad». Pero he descubierto que en la Tierra la ansiedad no ataca y, lo que es más, que la ansiedad ni siquiera se da aquí como tal. ¡Sencillamente, no existe! Y sin embargo la gente actúa como si existiera —se interrumpió para recuperar el aliento y continuó—: Sólo puedo deducir de eso que todos los que creen sufrir ataques de ansiedad se equivocan. Lo que ignoro, en cambio, es por qué desean equivocarse. En casi todas vuestras vivencias los terrícolas tenéis la posibilidad de elegir. Por eso me pregunto una y otra vez por qué esas personas optan siempre por el error. Después, hablando con vuestras asociaciones médicas y con vuestros facultativos, he comprobado que los tranquilizantes y otros medicamentos destinados a calmar la ansiedad se consumen en grandes cantidades. Y digo yo, ¿por qué ocurre eso si en vuestro planeta no existe la ansiedad?

—Eykis, espera un momento. ¿Cómo puedes decir que en la Tierra no existe la ansiedad? No tienes más que mirar a la gente: se inquieta por sus relaciones con los

demás, por su rendimiento en el trabajo, por la posibilidad de una guerra, por el dinero, por la economía, por su salud, y por otras muchas cosas. En la Tierra hay mucha ansiedad.

—Bien —dijo Eykis—. ¿Y dónde está esa ansiedad de que hablas?

—Bueno, el hecho de que no se la pueda ver no significa que no exista —afirmé sin convicción—. Está en el interior de la gente.

—Precisamente a eso quería ir yo —replicó ella—. Aquí no existe la ansiedad en sí misma, como se da en Urano. En la Tierra sólo existen individuos que piensan ansiosamente, y eso es una realidad muy diferente.

—¿En qué forma lo es?

—Pues en todas las formas posibles. En la Tierra domináis vuestros pensamientos, y cualquiera puede decidir por sí mismo cómo quiere pensar. Ése es vuestro *rincón de libertad*, por así decirlo. Pero en lugar de utilizar esa libertad para pensar en forma que os beneficie, cometéis dos errores capitales. El primero consiste en que elegís pensar ansiosamente, y el segundo en que achacáis las consecuencias a la ansiedad, en lugar de atribuir las a vuestras propias decisiones. En consecuencia, tus congéneres dicen cosas como: «Sufro un ataque de ansiedad». Expresarse así es sencillamente incorrecto, por no hablar de los procesos mentales que ocultan semejantes frases.

—Pero, ¿tan nocivo es eso? —le pregunté con toda seriedad.

—¡Es desastroso! —exclamó Eykis con vehemencia—. Cuando las personas atribuyen la culpa de su angustia a un mítico ataque de ansiedad, necesitan después un segundo mito para corregir el tiempo. El segundo mito es el de que tomando un antídoto, como por ejemplo un tranquilizante, se librarán de su imaginaria ansiedad.

—De acuerdo, Eykis —repliqué—, pero ¿qué ocurre cuando una persona no dice sufrir un ataque de ansiedad, sino que simplemente la siente debido a la forma en que la tratan los demás, o por tropezar con algún obstáculo en el camino hacia sus objetivos?

—Aún es más absurdo y disparatado que un terrícola experimente eso. En la Tierra, aparte de cómo le vayan las cosas a una persona o, como tú lo expresas, de cómo la traten los demás, esa persona tiene poder absoluto sobre lo que decide pensar. Ésa es vuestra realidad. Por tanto, cuando todo parece perdido o cuando estáis desengañados de los demás, aún podéis elegir entre abandonaros o no a pensamientos ansiosos. Si optáis por ellos, acabáis crispados, dolidos, atemorizados, furiosos, o hipertensos, sin más, todo lo cual no lleva a la felicidad ni a la realización personal. En cambio, si decidís en contra de la ansiedad, tenéis una oportunidad de corregir o

desentenderos de los hechos externos y, además, de realizaros. Ya que ninguna de las dos opciones cambiará la realidad ni la manera en que los demás deciden actuar hacia la persona en cuestión, ¿por qué no habría de hacer esa persona la elección que más le beneficie?

—Si lo planteas así, no puedo responderte, excepto para decir que la mayoría han adquirido la costumbre de elegir erróneamente, según tus palabras, porque es más fácil reprochar a otros de la propia ansiedad que aceptar la responsabilidad de esa ansiedad y librarse de ella.

—Ésa es precisamente mi inquietud —dijo Eykis—. He llegado a la conclusión de que los terrícolas buscan eludir la responsabilidad de sus problemas, incluida la ansiedad. Eso les da una excusa a la hora de hacer lo que tendrían que hacer para cambiar. Mientras sigan creyendo que la ansiedad viene de fuera y no de dentro, no podrán hacer nada para ser más felices, y como además van por ahí llenos de medicamentos, eso reduce aún más sus posibilidades.

—¿De forma que tú ves en ese autoengaño la causa de una total infelicidad? —le pregunté.

—Sí, rotundamente —respondió—. No sólo impide la felicidad completa y sin límites, sino que puede dar lugar a decisiones más incorrectas y destructivas.

—Pero, ¿cómo puede ser nada más destructivo que la ausencia de felicidad y la imposibilidad de cambiar tal situación? —inquirí.

—He oído decir a una serie de personas que su ataque de ansiedad les había conducido a una depresión nerviosa.

—Sí, puede ser —declaré.

—Pero eso no puede ocurrir en la Tierra; es una pura ilusión —replicó.

—No hablarías así si hubieses visto esas mentes destrozadas de las instituciones psiquiátricas —le aseguré.

—Pero es que las he visto. Les he visitado y he hablado con sus amigos y parientes.

—Habrás visto, pues, que no es una ilusión.

—Los resultados no son ilusorios; son muy reales. Pero eso no cambia el hecho de que el razonamiento que llevó a esa gente a los sanatorios sea una ilusión. En primer lugar, aquí los nervios no causan las mismas depresiones que en Urano. He visto informes de autopsias practicadas a personas fallecidas a causa de tales conductas, y no encontré un solo caso de colapso nervioso. En la Tierra los nervios cumplen su función, y no sabéis que gran suerte es la vuestra, si se piensa en las verdaderas

depresiones nerviosas que se dan en Urano. En segundo lugar, las personas que sufren esas ilusorias depresiones nerviosas, que parecen ser el resultado final de una serie de inexistentes ataques de ansiedad, no creen realmente haber elegido su padecimiento. Piensas literalmente que su desgracia ha sido causada por alguna otra persona, o personas y, lo que es aún más desconcertante, también esas «otras personas» creen ser responsables del pensamiento ansioso de sus amigos y familiares. Se sienten culpables constantemente, sin disponer de un activador de rebobinado, aparato que no existe en la Tierra. Esas personas son propensas a sufrir a su vez ilusorios ataques de ansiedad, que les llevan a veces a sus propias depresiones nerviosas imaginarias. Se trata de un círculo vicioso que nace de una causa: *él pensamiento incorrecto*. Es una total incorrección que los terrícolas habléis de «ataques de ansiedad», de cosas que os «ponen nerviosos», o que digáis: «Tengo una depresión nerviosa». ¿He hablado con bastante claridad?

—Sí —admití.

Por primera vez me di cuenta de la frustración que debió sentir Eykis ante aquellos terrícolas de pensamiento erróneo, que podían tenerlo todo en cuanto a felicidad y a realización personal. Ella sabía que nuestra realidad, a diferencia de la suya, nos daba la libertad de ser lo que quisiésemos. Casi podía oírla pensar: «Si en Urano no existiesen ataques de ansiedad, disgustadores y todas las demás cosas que son parte integrante de nuestra realidad, no habría barreras para nuestra potencial felicidad. Los terrícolas no tienen en su realidad razones para ser desgraciados, a pesar de lo cual casi todos eligen la infelicidad y acusan de ella a alguna otra persona o a una causa externa». Pero no dijo nada. En lugar de ello, y casi como si se diese cuenta de que le estaba leyendo el pensamiento, cambió completamente de táctica.

—Hablando de acusar —dijo—, aquí eso parece darse con mucha frecuencia, y aún no he oído hablar de puntos de acusación ni de banqueros de acusación.

Recordé entonces nuestra conversación en Urano, en la cual Eykis me explicó lo que eran los puntos de acusación, fiscalizados por los delegados electos de acusación. En Urano cada individuo recibía un número determinado de puntos de acusación que constaban en una cuenta de acusación, en el banco de acusaciones. Así, cuando alguien acusaba a otro de sus problemas, o atribuía a causas externas la responsabilidad de su suerte en la vida, era porque reaccionaba ante su realidad de la única manera que podía, es decir, con realismo. En Urano la gente sólo se entregaba a la acusación porque tenían un cupo de puntos de acusación, y por ninguna otra razón. Cuando le pregunté a Eykis por qué practicaban los uranitas algo tan neurótico, ella

me dio una explicación que yo no entendí entonces, pero que ahora veía con claridad meridiana.

—¿Te preguntas tú alguna vez por qué necesitáis agua dulce para beber cuando el setenta y cinco por ciento de la superficie terrestre contiene agua salada? ¿No sería mucho más lógico que bebieseis esta última? ¿Por qué no es así tu planeta? —indagó retóricamente, y pasó a responder a su propia pregunta—. Necesitáis agua dulce debido a vuestra evolución física; vuestra realidad es así. Nosotros tenemos puntos de acusación, disgustadores y una serie de cosas que tú encuentras incomprensibles debido a nuestra evolución social.

—Tienes razón, Eykis —dije, apartándome de mi excursión mental a Urano—. La acusación es una práctica de lo más corriente en nuestro mundo.

—Pero es una ilusión —replicó ella—. Acusar es siempre un error contra la realidad, y aquí es de lo más frecuente.

Intenté explicárselo.

—Debes pensar, Eykis, que el acusar a otros es en realidad algo muy funcional. Nos permite descargar las culpas en causas exteriores a nosotros mismos y ahorrarnos el asumir riesgos. Nos ayuda a explicar por qué no nos hemos realizado y limita nuestras posibilidades de cambio. Es algo muy funcional, aunque desde luego resulte neurótico.

Me sentí satisfecho de mí mismo; acababa de dar una buena explicación.

—Desde luego que es funcional —dijo Eykis—, pero también sería funcional que bebieseis agua de mar, dada la gran cantidad de ella que existe. Y, ¿por qué no lo hacéis?

—Porque nos moriríamos —respondí—. El agua de mar no sirve para beber, es tóxica.

—Tú mismo lo has dicho. La acusación, y la ansiedad que resulta de ella, son tan tóxicas para la psique como lo es para el cuerpo el agua salobre. La gente no la bebe porque su realidad no lo permite. Pero, cuando esa misma realidad les pide a gritos no entregarse a la acusación, no le hacen caso y absorben el veneno, y después acusan al veneno y no a sí mismos de las tristes consecuencias. Es algo así como acusar al espejo de lo que refleja.

—¿Qué clase de acusaciones has observado? —le pregunté.

Hizo una inspiración profunda, como si fuese a decir muchas cosas de un tirón.

—Bueno, es un pasatiempo internacional —afirmó—. Un día oí que le preguntaban a un hombre: «¿Por qué estás tan deprimido hoy?» Y él respondió: «Me

ha deprimido la situación de la bolsa. ¿Cómo puedo estar bien cuando mis acciones están mal?» Y ahora te pregunto yo: ¿Cómo puede la bolsa regir las emociones de una persona? Fui a enterarme y descubrí que la bolsa no guarda relación alguna con la situación emocional de la gente. A pesar de lo cual he oído a muchísimas personas achacar su infelicidad a la bolsa.

Contuve la risa ante la absurda imagen que aparecía en mi mente: la bolsa repartiendo materialmente depresión. Eykis continuó:

—Oí a un médico decir a una señora obesa: «¿Quién es responsable de su exceso de peso?» Y ella respondió con toda seriedad: «Sara Lee». Averigüé quién era aquella Sara, y descubrí que se trataba, simplemente, del nombre de una panadería. Imagínate, una mujer convencida de que le ha hecho engordar una panadera.

—Sí, la gente elige estar gorda por medio de varias decisiones autodestructivas, y después echan la culpa a los demás.

—Pero eso está tan generalizado que no entiendo cómo no veis la locura que implica esa manera de pensar.

—¿Tienes algo más que decir sobre el tema de la acusación? —le pregunté.

—Ese tema de la acusación me parece muy extenso —respondió ella—. Todo parece reducirse a quién acusa a los demás y quién acepta la responsabilidad de sí mismo. Y está claro que son muy pocos los que aceptan la responsabilidad de sí mismo y de sus vidas —concluyó Eykis con una tímida sonrisa, como excusándose de su sinceridad.

—¿Pero habrás encontrado personas que pensasen basándose en la realidad? —pregunté esperanzado.

—Poquísimas. Y las que estudié tendían, casi todas, a acusar, y sólo de vez en cuando miraban de frente la realidad.

—¿Puedes darme un ejemplo?

—Sí. Encontré a un hombre que parecía basarse en la realidad. No acusaba a los demás, y vivía feliz y realizado, física y mentalmente. Pero, cuando se ponía a alborotar en un restaurante y perdía la paciencia debido a la lentitud del servicio, explicaba su mal genio con uno de los comentarios más extraños que he oído aquí, en la Tierra.

—¿Qué decía? —le pregunté, sin imaginar de qué se trataba.

—Cuando sus amigos le pedían «Vamos, cálmate, has venido aquí para pasarlo bien...», él respondía con toda seriedad: «¿Qué queréis que le haga? ¡Soy italiano! ¡Siempre he sido así! » Ya me dirás qué relación guarda el ser italiano con el

propósito de mostrarse intemperante. Me enteré de lo que significa en realidad ser italiano, y no tiene nada que ver con lo que él dice. Italiano significa «de Italia, país de la Europa meridional». Ni más ni menos. Sin embargo, él utiliza ese hecho como justificación.

—Tienes razón, Eykis —dije con una sonrisa—. La gente atribuye a menudo las rarezas de su personalidad a su herencia cultural. Es más fácil que asumir la responsabilidad de esas rarezas. Aunque hasta ahora nunca había pensado en ello —le confesé—, lo cierto es que la gente de aquí elige su personalidad.

—En Urano la gente no tiene esa libertad. Se les asigna el tipo de personalidad que les caracterizará. Aquí, en cambio cada individuo puede decidir lo que le gustaría ser. Al menos, eso es lo que he observado. Pero la gente actúa como si no tuviesen elección alguna a ese respecto. Eykis volvía a hablar de prisa, cosa que hacía cuando quería recalcar un punto. Y continuó:

—He oído a la gente acusar a sus padres, a su clase social, a su raza, a su infancia y a otros factores. Pero, según mis investigaciones, parece ser que, ya de muy pequeños, todos los terrícolas tienen la posibilidad de usar su rincón de libertad, es decir de elegir sus pensamientos.

—Pero Eykis, ¿no pensarás que los niños de la Tierra eligen su personalidad! ¿No crees que en realidad son los padres quienes forman y moldean a sus hijos, y que en verdad son parcialmente responsables de lo que sus hijos sean de mayores?

—He de reconocer que mis observaciones son limitadas, pues sólo he estudiado vuestro planeta durante menos de diez días. Sin embargo, no estoy de acuerdo contigo.

—¿Por qué? —le pregunté, escuchando con la máxima atención.

—He observado familias grandes y pequeñas en las que, por ejemplo, un padre alcohólico maltrata a todos sus hijos. Algunos de ellos le tomaban en serio y vivían atemorizados; otros no le hacían caso, y unos terceros le acusaban de su propia timidez. Yo creo que, si ese padre realmente formase sus personalidades, todos los hijos serían lo que él quiere que sean. Pero cada hijo es diferente. Cada hijo reacciona de manera distinta. Ya de niños eligen su forma de pensar. Pero la tragedia no es ésa. El problema sale a la superficie cuando los hijos crecen y vuelven la mirada a su infancia en busca de explicaciones (es decir, acusaciones) para su falta de realización o de felicidad en la edad adulta, en lugar de decir: «De niño elegí reaccionar de esta o de aquella manera, y quizás entonces no podía hacer nada mejor, pero ahora sí puedo y, si no me gusta algo de mí mismo, no puedo acusar a mi padre, pues hacerlo sería

como decir que no puedo mejorar a menos que cambie él». En la Tierra, lo que hizo el padre es agua pasada, que yo sepa, y por tanto el acusarle es otra incorrección del pensamiento. Ni siquiera entonces el padre le hizo nada al niño; el niño eligió sus reacciones. Y si el hijo persiste en creer que el padre le perjudicó, sólo logrará seguir siendo infeliz.

—Pero, ¿no ayudaría a ese hijo a cambiar más aprisa la comprensión de lo que hizo su padre?

—Sí, claro, pero lo que interesa no es la comprensión de lo que hizo el padre, sino la comprensión de lo que hizo el hijo en cuestión; eso es lo importante. El decir «El alcoholismo de mi padre me hizo tal como soy ahora» no es comprensión, es una excusa, y además una excusa incorrecta.

—Así pues, ¿qué sería una comprensión correcta?

—Muy sencillo —respondió Eykis—. «Mis reacciones infantiles ante mi padre contribuyeron a crear lo que soy hoy. No fue culpa suya; él sólo hacía lo que era capaz de hacer. No se puede pedir a nadie que haga más de lo que es capaz de hacer. Si mi problema es la timidez y no me gusto tal como soy ahora, voy a dejar de ser tímido practicando nuevas actitudes no tímidas.» En Urano, disponiendo del rebobinado, podríamos arreglar eso rápidamente.

Una vez más, mi amiga echaba a rodar los razonamientos acusatorios. Su sensata lógica le impedía utilizar excusas. Aquí, en un planeta en el que el libre albedrío y la elección individual son la única realidad, Eykis no veía, sencillamente, ninguna razón lógica para la acusación, sobre todo porque ella vivía en un planeta en el que el libre albedrío no se daba por sentado, y donde la culpa era inspirada por agentes externos. Pese a lo mucho que hablamos, ella fue incapaz de explicarse por qué nadie habría de acusar nunca a otros, ya que las consecuencias de la actitud acusatoria eran siempre tan destructivas para el autor de las acusaciones.

Aquel día pasamos largas horas conversando. Yo experimentaba una nueva conciencia de mi potencial para la realización y la felicidad. Aunque no nos criticaba, Eykis mostraba asombro e incredulidad ante la abundancia de oportunidades de que disponíamos. Eykis resultaba una compañera divertidísima. Nos reíamos de nuestras locuras, conforme ella señalaba las notables diferencias que separaban su realidad de la mía. Mi hilaridad llegó al colmo cuando me contó una conversación que había oído sobre los complejos.

—Oí a una mujer decir a su psiquiatra que su marido le había causado un

complejo, y que por eso se sentía inferior. Acusaba a su marido de sus propios sentimientos de inferioridad, aunque eso ya no me resultó nuevo.

—¿Qué es lo que te llamó la atención, si lo de la acusación ya lo esperabas? —le pregunté.

—En aquel momento yo no sabía aún que vosotros no disponéis de grupos para el estudio de los complejos.

—¿Qué es eso? —pregunté, sorprendido otra vez por las extrañas expresiones de Eykis.

—En Urano, si se quiere profundizar una relación mediante el análisis de un complejo, uno acude al Departamento de Encuentros de la universidad y se apunta para el estudio de un complejo. Hacen uno por cónyuge, y sirve para una futura graduación en psicología, al tiempo que cada cónyuge aprende más sobre el otro.

—¿Acaso te ha provocado alguien algún complejo? —quise saber.

—Sí, ya lo creo; mi marido me causó uno hace bastantes años, por el volumen de mi busto.

—¿Y qué pasó? ¿Qué fue de ese complejo? —pregunté con impaciencia.

—Pues lo sufrí durante tres años. Imagínate, tres años con un complejo a causa de mis pechos. Claro que ése es el tiempo máximo que la ley autoriza para un complejo creado por el marido.

—Pero, ¿en qué consistía el complejo? ¿Cómo te enfrentaste a él? —insistí.

—Pues durante los tres años llevé un sujetador con relleno. Eso me movía constantemente hablar a los demás de las angustias que me causaban mis senos. Me miraba al espejo y me sentía inferior. Bueno, hacía todas las cosas que se hacen cuando el marido le crea a una un complejo por el tamaño de sus pechos —concluyó, muy seria.

—Debiste de sentir alivio cuando pasaron los tres años y te libraste de ese complejo —comenté solidario.

—Bueno, me alegré de haber hecho el estudio y de haber aprendido algo sobre las actitudes de mi marido. El estudio de los complejos forma parte de nuestro sistema educativo, en el departamento psicosexual. Además, yo le provoqué a mi marido un complejo de tres años sobre una pequeña parte de su anatomía.

—Así pues, debió de sorprenderte el que aquella mujer le dijese a su psiquiatra que su marido le había creado un complejo, cuando aquí los complejos no pueden comprarse, como en Urano.

—Ya lo creo que me sorprendió. Entré en todos los almacenes preguntando por el

«departamento de complejos», y todos me creyeron chiflada.

Imaginar a Eykis preguntando en un mostrador de información por el «departamento de complejos» resultaba de lo más cómico. Los dos nos reímos de la absurdidad de ir a comprar un complejo. Sin embargo, aquella mujer que hablaba con su psiquiatra creía realmente que su marido le había procurado su complejo de inferioridad.

Aquellos momentos alegres de nuestra relación eran preciosos para mí. Me servían para ir asimilando el mensaje de Eykis, según el cual no eran los grandes problemas, sino nuestros hábitos de pensamiento, emoción y conducta, lo que les amargaba la vida a la mayoría de los terrícolas. Eykis me demostró claramente que ninguno de los grandes problemas de la Tierra existiría de no ser por el pensamiento erróneo que parecía infectarnos a casi todos. Y me insinuó que parte de los regalos que me reservaba consistían en la oportunidad de que todos los terrícolas eliminásemos aquellos grandes problemas. Pero yo no quería darle prisa. Nos reímos aún más con sus descripciones referentes a la multitud de personas que aquejadas de fobias, acusaban de sus temores a las cosas a las que temían. Recordó la cómica tarde que había pasado buscando ascensores con altavoces y programados para asustar a la gente. Tampoco había encontrado ninguna montaña con bisagras, pese a lo cual había oído a mucha gente decir una y otra vez: «Me dan miedo las alturas». Zanjó su frustrado intento de encontrar las causas de aquellas fobias con la conclusión de que los terrícolas se asustan a sí mismos y dirigen sus reproches a todo lo demás, para ahorrarse el cambiar su pensamiento incorrecto, que es en realidad la causa de sus temores. A esa conclusión llegó después de una afanosa búsqueda de lo que ella, a la luz de su visión realista de la vida, creía que tenían que ser las causas verdaderas de aquellas fobias.

—¿Te gustaría conocer otro de mis descubrimientos? —me preguntó, rompiendo un largo silencio durante el cual los dos habíamos estado absortos en nuestros pensamientos.

»He llegado a la conclusión de que la mayoría de los terrícolas participan todos los días de su vida en ejercicios de autorrechazo, y sé que aquí carecéis de la loción de autorrechazo, pues me he informado bien.

Lo dijo casi con orgullo, como una niña que acabase de recibir su primer sobresaliente.

—Y, además —continuó—, ahora sé exactamente por qué lo hacen, aunque al principio eso me dejó realmente atónita.

—Cuéntame lo que has descubierto.

—Bueno, es lo siguiente. Corrígeme si encuentras algún defecto en mi razonamiento.

Asentí. Debo admitir que estaba impaciente por conocer sus conclusiones.

—La gente es adiestrada, casi desde su nacimiento, para no gustarse a sí misma. Se espera de los niños que adquieran un sentimiento de autoestima a base de una dieta concebida exclusivamente para producir inseguridad. En la Tierra se admira la autoestima, pero sólo en los libros. También se habla mucho de la dignidad, pero ésta casi nunca es apoyada, ni siquiera estimulada. Vosotros creéis que socavando la confianza de los jóvenes les ayudáis a convertirse en adultos seguros de sí mismos. Parece un misterio, pero creo ver la razón.

—Continúa —le rogué.

—Decís a los jóvenes que han de aprender a pensar por sí mismos, pero rara vez les permitís hacerlo. En lugar de eso, les dais una educación que les impide a cada momento tomar decisiones. Les aleccionáis sobre cómo adquirir confianza en sí mismos, y después les impedís adquirir las experiencias que les llevarían a tenerla. Día y noche, en sus hogares, vuestros programas de televisión les muestran cómo lograr lo exactamente opuesto a la autoestima.

—¿Qué quieres decir con «lo exactamente opuesto»?

—Les decís que puede conseguirse el atractivo sexual a condición de comprar determinados tejanos, o de utilizar cierto perfume caro. Les mostráis constantemente imágenes de mujeres que se comportan como estúpidas, que se esfuerzan por complacer a sus hombres, que menean el cuerpo para llamar la atención, que se rocían con los perfumes adecuados y obtienen con ello el resultado apetecido, es decir, las miradas aprobadoras de los hombres; o bien decís a mujeres que no es posible resistirse a un hombre que fuma cierta marca de cigarrillos o que usa determinada loción para el afeitado. ¡Y después esperáis que se conviertan en adultos seguros de sí mismos...!

—Pero no boicoteamos la autoestima en todos los frentes —protesté.

—Quizá no, pero dais más importancia a la obediencia que al pensamiento responsable; valoráis más el encajar y el adaptarse que el ser independiente y creativo. Hacéis muy difícil el que las personas piensen por su cuenta, sobre todo los jóvenes.

—Pero en Urano yo vi mucha dependencia y conformismo. ¿Por qué encuentras tan desconcertantes esas actitudes cuando las observas aquí?

—De nuevo olvidas que nuestras realidades son diferentes. En Urano existen los diodos de dependencia, de los que ya hemos hablado largamente. Además, al ser la loción de autorrechazo una parte necesaria de nuestra existencia, no tenemos voz en el asunto. Pero aquí, en la Tierra, la cosa es muy distinta.

Me había olvidado de las diferencias que separaban nuestras realidades. Eykis veía muy claras las exigencias de la realidad, y yo no quería que ella volviese en ese momento a su analogía del agua salobre y el agua dulce, que tan oportuna había encontrado hacía un rato.

—Tienes razón —le dije—. Continúa, por favor.

—No comprendo por qué sois tantos los terrícolas que os resistís al pensamiento independiente y a las ideas nuevas, cuando sin ellos es imposible el progreso. Os pasáis la vida hablando de progreso, y después hacéis todo lo posible para poner trabas a las únicas personas capaces de traerlo, las que piensan por sí mismas y no temen las ideas nuevas.

—¿No crees que los jóvenes necesitan disciplina? ¿No deben aprender a respetar a sus mayores y a valerse en la vida? —le pregunté.

—Las actitudes terrícolas a las que yo me refiero no tienen nada que ver con el respeto. No se puede respetar a nadie si uno no se respeta a sí mismo. O, para exponerlo de una manera más lógica, en la Tierra vuestra realidad dicta que no podéis dar lo que no tenéis. Además, de ninguna manera puede una persona convertirse en un adulto respetuoso de sí mismo si ha aprendido a conformarse y adaptarse. Una persona igual a todas las demás, ¿qué tiene para ofrecer? —preguntó sin esperar respuesta—. Si queréis que los jóvenes sean disciplinados, debéis enseñarles a convertirse desde los primeros momentos de su vida en sus propios padres. Si lo único que queréis es que «se valgan», como tú has dicho, no tendrán conciencia del sentido de su vida, porque esa conciencia sólo viene del conciliarse consigo mismo, y no del intentar agradar a todo el mundo. Finalmente, la idea de respetar a los mayores no tiene más sentido que la idea contraria, es decir, la de respetar a los menores. El respeto es algo que se gana, y el hecho de ser más viejo o más joven no tiene nada que ver.

—Así, pues, ¿en qué consiste tu descubrimiento? —indagué.

—Creo saber por qué todos parecéis tan decididos a inculcar el autorrechazo. No es porque no tengáis la loción de autorrechazo que nosotros usamos en Urano. Creo que lo hacéis para asegurar el empleo. No se me ocurre ninguna otra razón.

—¿El empleo? ¿Qué tiene que ver el autorrechazo con el empleo?

—Los téjanos a medida, los perfumes en cuyo envase aparecen afirmaciones falsas sobre el atractivo sexual, los vaporizadores para el aliento y los jabones desodorantes tienen que ser inventados, fabricados, vendidos, demostrados y anunciados por toda una cadena de trabajadores especializados. De la misma manera, los asistentes sociales, los terapeutas de todo tipo, los empleados y burócratas que hacen funcionar los servicios sociales son también pagados para desempeñar su función. El infinito despliegue de analgésicos, tranquilizantes y medicamentos de todas clases para tratar a las personas afligidas por una autoimagen desfavorable también contribuyen en gran manera a ese plan económico.

Eykis habría podido continuar con muchos ejemplos más, pero la interrumpí.

—Se diría que hablas de una conspiración para mantener neurótica a la gente a fin de sostener la economía —comenté.

—Esto es lo que me confunde —replicó ella, pasando por alto la palabra «conspiración»—. La neurosis mantiene en vida vuestro sistema. Cuando la gente piensa de manera conformista, todos salen a la calle y compran las cosas que hay que tener para ser igual a todo el mundo. Es una ayuda para la economía el que la gente esté convencida de que pueden comprar el atractivo sexual, y cuando se estimula la dependencia y el autodesprecio se beneficia de ello mucha gente.

Estaba realmente convencida de la veracidad de su teoría.

—Tienes razón en muchas cosas —admití—. Pero no creo que se trate de un plan deliberado. Puede parecerlo, pero no creo que se haya discurrido todo esto como forma de mantener altos los niveles de empleo.

—El que sea deliberado o no, no importa. Lo esencial es lo que ocurre. Las recompensas a la conformidad son omnipresentes, ya sea en China, en África, en Europa o en Norteamérica. En nombre de la obediencia se dice a la gente cómo ha de pensar. No importa que sea obediencia al Estado, a los maestros, a una empresa o siquiera a los padres; los resultados finales son los mismos. Las personas que tienen poca o ninguna confianza en sí mismas y que carecen de ideas innovadoras, se convierten en esclavas de aquellas que dan las órdenes. Y entonces los que mandan, que están igualmente afectados de inseguridad, conspiran para crear toda una sociedad de desdichados conformistas.

Me habló de gente a la que había visto, o sobre la cual había leído, que oprimían a los demás y defendían esa conducta diciendo «Yo cumplo con mi deber», u otra excusa igualmente fácil. Eykis volvió a golpear la mesa con el puño y dijo:

—Quien haya sido estimulado a la independencia en su manera de pensar sería

incapaz de hacer cosas tan horribles a otros en nombre del «cumplimiento del deber» o del «todo el mundo lo hace», ¿no crees? Por eso creáis trabajos de conformismo, y el sistema funciona. Pero quizá podríamos dejar este tema —concluyó, casi sin aliento.

Al parecer, mi amiga había estado pensando en los regalos a los que había aludido antes.

—Por más que lo intento —dijo al cabo de unos momentos—, no alcanzo a entender por qué actuáis de forma tan poco realista ante vuestra realidad. Muchos os ponéis enfermos sin ninguna razón real. Muchos estáis fatigados o incluso os convertís en ancianos por razones que escapan a mi percepción. Pero olvidemos esto por ahora —concluyó—. Quiero hablarte de una cosa.

—Sí, dime —la animé—. Me has hablado de una propuesta, o de no sé qué regalo para la Tierra. Haré lo que me pidas.

—Por el momento, debemos dejar de pensar en lo que no funciona y en las razones de que así sea. En el poco tiempo que nos queda, debemos dirigir nuestro pensamiento y energía a las soluciones. A las posibles maneras de que funcione mi propuesta. Esta noche pensaré un poco más en ella, y mañana podremos discutirla.

Yo no tenía idea de lo que planeaba. Eykis había hablado repetidamente de la necesidad de pensar en términos de soluciones, más que de problemas, y estoy seguro de que nuestras prolongadas discusiones de los dos días anteriores le habían ayudado a ordenar sus ideas. Ahora veía nuestros problemas y entendía cómo pensábamos, sentíamos y actuábamos.

¿Qué podía ella ofrecer a todo un planeta? Cuando nos separamos aquella noche, había aumentado mi amor por ella. Empecé a pensar que Eykis tenía que marcharse dentro de pocos días, y hube de rechazar este pensamiento. La idea de no volver a verla me resultaba dolorosa, y no quería estropear aquel momento con mi angustia. Además, me dije a mí mismo riendo, conectaré los antipreocupación a las terminales adecuadas y los cambiaré. Cuando Eykis se marchó, me di cuenta que habíamos pasado casi todo el día en una pequeña cala artificial, sentados en un duro banco, sin que yo hubiera sentido ni un momento de incomodidad. Según se alejaba, tuve la certeza de oírla murmurar una y otra vez lo que había dicho con tanta claridad pocos momentos antes: «¿Por qué reaccionan de una manera tan poco realista ante su realidad? Nosotros podemos arreglar esta situación, si nos dejan».

La propuesta de Eykis

Pasé aquella noche dando vueltas en la cama, haciendo trabajar mi mente a pleno rendimiento. No quería malgastar durmiendo unos momentos preciosos. Mi vida se había visto profundamente afectada por aquella mujer notable. Eykis era una especie de gurú. No la clase de gurú ante quien uno se arrodilla en busca de revelaciones. Era todo lo contrario. Era una diosa del sentido común, que le pedía a uno, en un lenguaje simple y objetivo, desprenderse de sus gafas oscuras y ver por sí mismo los errores de su vida.

Su clara lógica y sus observaciones maravillosamente sensatas me hacían contemplarme a mí mismo y a mi mundo con ojos nuevos, con una mirada bien enfocada, sin la miopía de las costumbres y del pensamiento corriente. Eykis me estaba despertando, a mí, que siempre me había enorgullecido de mi «actitud consciente». Yo era ahora mucho más consciente de la cantidad de cosas que había dado por sentadas, aceptándolas, sencillamente, como la manera de pensar propia de la Tierra. Estaba empezando a poner en tela de juicio lo que pocos días antes consideraba «natural». Mi mente rebosaba de pensamientos nuevos y de formas de expresar lo que había empezado a aprender de Eykis. Me dormí, por fin, preguntándome qué regalos me ofrecería a la mañana siguiente mi extraordinaria amiga.

—¿Qué te parecería una forma de pensar completamente nueva? —me preguntó Eykis el próximo día, en la cafetería donde habíamos convenido encontrarnos.

—¿Qué quieres decir *con una forma de pensar completamente nueva*?

—Supón que yo pudiese proporcionar a los habitantes de la Tierra, a todos, una forma completamente nueva de percibir su realidad. Te estoy hablando del mayor regalo que se puede imaginar: la oportunidad de conectar directamente con vuestra

realidad, de manera tal que sean eliminados prácticamente todos los llamados problemas a que os enfrentáis.

—Pero, ¿cómo? ¿De qué modo? —pregunté con impaciencia.

—He estado pensando en eso mucho tiempo, a la manera uranita. Casi todos vuestros problemas nacen de la manera en que enseñáis a pensar a vuestros hijos. Si queréis conseguir algún día una verdadera evolución como pueblo, tenéis que romper de alguna manera la «cadena de pensamiento» que os mantiene prisioneros. Creo que yo podría dar a tu gente una oportunidad de entrar en contacto directo conmigo y con mi manera de pensar estrictamente realista. Sólo eso puede capacitaros para hacer de la Tierra el lugar que fue destinada a convertirse.

—¿Cómo sabes tú en qué está destinada a convertirse la Tierra? —le pregunté, con el solo fin de que continuara hablando.

—Pues pensando en lo que sería mi propio planeta si a nosotros no nos frenase nuestra realidad. Los uranitas no nos mostramos auto destructivos ni neuróticos sin un fin positivo. Es nuestra realidad lo que nos hace ser lo que somos. Si allí gozásemos de vuestras ventajas, las posibilidades que tendríamos de vida creativa y de realización personal serían inmensas. Puesto que evidentemente no puedo alterar mi realidad sin ayuda ajena, quizá me quepa ofrecer a tus congéneres la posibilidad de vivir felices y a gusto en la de ellos.

—Pero, ¿no estamos nosotros cambiando nuestra realidad al no vivir en ella?

—Pues claro que no —replicó ella vivamente—. Vosotros, los terrícolas, seguís viviendo cada día dentro de vuestra realidad. Es una condición de vuestra existencia. Pero os engañáis pensando según fórmulas que tienen poco que ver con esa misma realidad. Es como si no os gustase lo que existe y por ello inventaseis nuevos modos de pensar, para ayudaros a imaginar que la vida es lo que querríais que fuese, y no lo que verdaderamente es.

Le di la razón, aunque a veces me costaba unos momentos de gimnasia mental comprender por qué estaba de acuerdo con ella.

—Muy bien, así que *la realidad es lo que es*, y no somos realistas cuando creamos maneras de imaginar que es de otro modo.

—Cierto —dijo Eykis—, pero creo que podríamos poner algún remedio a eso. ¿Estarías dispuesto a ayudarme?

—Haré todo cuanto esté en mi mano, lo que sea —declaré.

—Estupendo. Mira, he pensado lo siguiente. Me gustaría convocar a representantes de máximo nivel pertenecientes a varios campos de la actividad humana. Quiero que

informes a tu gobierno de mi llegada y prepares una reunión de todo un día con representantes de varios sectores de vuestra sociedad, a escala mundial. Me presentaré a esas personas y les hablaré de mí y de nuestras respectivas visitas de estudio. Les expondré que hemos pasado unos días juntos en Urano, y lo que tú has descubierto; por qué decidí yo acompañarte a la Tierra, y lo que yo he observado de incógnito en vuestra civilización. Los delegados presentes en la reunión podrán hacerme cuantas preguntas deseen. Mi orientación hacia la realidad impedirá que yo desfigure lo que he visto, y podré dar a sus preguntas respuestas completamente fiables. Como soy incapaz de decir nada que se aparte de lo real, ellos podrán poner en práctica las conclusiones de esa conferencia. Así recibiréis, antes de mi marcha, el mejor regalo que pueda dejaros.

Me seducía la idea de una conferencia sobre la realidad a la que asistieran representantes de diversas ramas de la actividad humana.

—Pero, ¿qué ocurrirá si los gobiernos se niegan a participar, si deciden nombrar una serie de comités para estudiar tu propuesta, o para estudiarte a ti recurriendo a los detectores de mentiras, a investigaciones legislativas, al análisis psiquiátrico, etcétera, que es nuestra manera de hacer las cosas? Te meterán en una cárcel, o en un zoológico, y te observarán como si fueses un bicho raro.

—Eso es cosa tuya —declaró ella, al parecer no preocupada por la burocracia terrestre—. Tú tienes que explicarles que esas opciones metodológicas no les servirían de nada. Ambos sabemos que yo puedo volver a Urano en cuanto quiera, a pesar de cualquier protesta por parte de los terrícolas. Tú sabes que yo soy incapaz de estudiar un problema en un comité, que sólo soy capaz de trabajar sobre las posibles soluciones. Y que igualmente soy incapaz de centrarme en lo que *no se ha hecho* o en lo que *no habría debido hacerse*. Yo siempre me centro en el hacer. Tendrás que convertirte en un humano perteneciente a la primera de las tres categorías que he observado.

—¿Qué tres categorías? —le pregunté, cada vez más intrigado.

Nunca la había oído hablar de aquello.

—Perdona, pensé que te lo había explicado. En mi investigación he descubierto en la Tierra tres clases de seres humanos: los que dicen «Vamos a hacerlo», los que dicen «No puede ser», y en tercer lugar, la categoría más numerosa, los que dicen «¿Qué ha pasado?» Tú tendrás que situarte en el primer grupo, y hacer cosas. Habrás de explicarles a esos delegados esa *opción cero*. Puedes mostrarles las pruebas que tienes, poner tus cartas boca arriba; y celebraríamos la conferencia el sábado, poco

antes de mi regreso a Urano. Yo pienso seguir mi programa ocurra lo que ocurra. Si los delegados rechazan las cosas que tengo que ofrecer, te las daré a ti para que las distribuyas como quieras. Ésa es mi propuesta. Su fin es ayudar a la gente de la Tierra a cambiar su pensamiento a fin de que puedan mejorar su mundo y hacerlo funcionar bien. El pensamiento es el origen de todas las dificultades con que tropezáis, las grandes y las pequeñas. Los problemas que surgen en la política, la religión, la educación, la familia, los negocios, el ejército, la sociedad, la medicina, y todas las demás actividades humanas son debidos al pensamiento irreal autoprogramado. Yo puedo intentar al menos dejaros unas nuevas formas de pensar que, en último término, pueden acabar con los problemas que han afligido a vuestra especie a lo largo de los tiempos. ¿Crees que podrás organizarlo así?

—Pues, para serte sincero, no creo que sea tan fácil como imaginas el esquivar la complejísima burocracia que supone una empresa semejante. ¿Sabes?, en la Tierra preferimos estudiar los problemas a enfrentarnos a ellos. Eso reza sobre todo para los dirigentes. Pero te aseguro que lo intentaré, ya lo creo, y si tropiezo con los obstáculos a que estoy acostumbrado, puedo tomar el asunto en mis manos y representar yo, como un actor, a los dirigentes del mundo. Eso requeriría una cierta cantidad de investigación, pero conseguiré hacerla en los próximos días, y después podría filmar tus respuestas. En cualquier caso, me interesa muchísimo tu propuesta, Eykis, y me ocuparé de que llegue a mis congéneres, contra viento y marea. ¿Te basta con eso? —pregunté, esperando que no la entristeciese mi valoración realista de cómo responderían a su ofrecimiento los dirigentes de nuestro planeta.

—¡Oh, has tenido una idea magnífica! —exclamó, sorprendiéndome con su disposición a cambiar de planes—. Hagámoslo así. Te ahorrarás innumerables sesiones de persuasión, y tendrás siempre en tu poder las respuestas estrictamente realistas, que podrás usar de la manera adecuada. Dispondrás de sólo dos días para reunir las preguntas, y debes ordenarlas según lo que desearían saber los varios dirigentes, cuidando que no influya en ellas lo que has percibido durante el tiempo que hemos pasado juntos. La esencia de esta encuesta filmada debe ser el pensamiento. No nos proponemos destruir ninguna institución ni cuestionar ninguna de las realidades físicas de la Tierra. Recuerda que éstas son absolutamente perfectas, y recuerda también que, aparte de algunas pequeñas diferencias, son el duplicado exacto de mi realidad uranita. Nosotros nos centraremos en el mundo interior del pensamiento y de las actitudes que dan lugar a los problemas, como vosotros los llamáis.

—Pero, ¿a qué aspecto del pensamiento y las actitudes terrícolas debo consagrarme durante nuestra última sesión? Te he oído decir que sólo nos «equivocamos» al pensar en forma autodestructiva o neurótica. Reconozco que me has dado muchos ejemplos del razonamiento incorrecto de los neuróticos, pero necesito conocer los componentes de nuestro pensamiento a fin de simular preguntas y respuestas de dirigentes de todos los ámbitos de nuestro mundo.

Precisaba unas pautas que me ayudasen en mi tarea. Y, como no podía ser menos, Eykis me proporcionó un programa detallado que me capacitaría para emprender mi trabajo de la manera más eficaz e interesante posible.

—Además de ser «incorrecto», buena parte de vuestro pensamiento está desenfocado. En consecuencia, practicáis razonamientos confusos, que dan lugar, en último término, a ideas autodestructivas.

—¿En qué terrenos es más evidente ese *pensamiento desenfocado*? ¿Cómo se manifiesta?

—Buena parte del pensamiento terrícola da lugar a una ilusión de felicidad que persiste durante toda una vida. Por ejemplo, la mayor parte de la gente se contenta con las apariencias, y con la cantidad en lugar de la calidad, tanto en sus actitudes, como en sus sentimientos y conducta. Pero en esas apariencias que la gente busca con tanto afán no hay posibilidad de felicidad, pues la felicidad es una actividad interior. ¿Comprendes a qué me refiero al hablar de pensamiento desenfocado?

—Pero, ¿en qué modo conduce a errores el buscar las apariencias más que la calidad? —pregunté.

—Las personas que dirigen su vida hacia las apariencias se fijan en cómo ven los demás sus posesiones. Abandonan su sentimiento de satisfacción por lo que están haciendo, en aras de una satisfacción futura que nunca puede llegar. Viven obsesionados por la idea de cómo verán los demás sus posesiones materiales, o bien llegan a buscar la felicidad en esas posesiones. Esas dos actitudes no conducen a nada, pues la felicidad es una empresa estrictamente humana que sólo puede ser vivida interiormente. Ni la cantidad de nuestros bienes ni los elogios que recibamos por ellos pueden proporcionarnos felicidad ni realización de ningún género. Por lo tanto, quienes buscan apariencias del tipo que sea con la esperanza de lograr felicidad, se equivocan por completo.

—¿Y tú crees que la calidad del pensamiento de un individuo puede conducir a la felicidad? —indagué.

—Bueno, en primer lugar quiero que entiendas que no existe un camino *hacia* la

felicidad. La felicidad *es* el camino. Y la felicidad estriba en cómo decide uno pensar en cada momento de su vida. Cuando se piensa felicidad, se es feliz, al margen de lo que se esté haciendo o de cuál sea nuestra realidad del momento.

—¿Luego tú crees que se puede ser feliz en cualquier momento, al margen de nuestras circunstancias de ese momento? —pregunté.

—¡Pues claro! En cualquier momento puede uno elegir el *pensamiento-felicidad*, y en eso, precisamente, consiste la felicidad. Yo no pido a la gente que finja ser feliz cuando no lo es. Simplemente, creo que, ya que vosotros, los terrícolas, podéis elegir siempre lo que pensáis en cualquier momento, os cabe reenfocar vuestro pensamiento buscando la calidad de una vivencia, más que la impresión externa que da esa vivencia a uno mismo o a los demás. Por otra parte, es evidente que los objetos que uno acumula nunca pueden dar felicidad.

—¿O sea que tú querrías que enseñásemos «pensamiento-calidad» y no «pensamiento-apariencias»? —le sintetiqué.

—Yo sólo digo que el pensamiento-apariencias lleva al pensamiento erróneo, y este último surte efectos desastrosos, a todos los niveles, sobre vuestra cultura. Educar a las personas en términos de calidad desde la misma infancia, permitiría crear futuras generaciones de personas orientadas hacia la calidad más que hacia las apariencias.

—Pero, ¿cómo podríamos hacer eso en nuestro mundo, tan encaminado al lucro? —protesté ante la simplicidad de sus razonamientos.

—Pregúntamelo el sábado —contestó, recordándome amablemente nuestra cita.

—Has dicho que había otras formas de pensamiento confuso que daban lugar a los terribles errores de pensamiento que padecemos.

—Sí, desde luego. Uno de ellos es que, en lugar del pensamiento *ético*, hacéis hincapié en el *pensamiento-normas*, e incitáis a vuestros jóvenes a imitaros.

—¿Ética contra normas? —repetí.

—Sí. Una persona que piensa en las normas es una persona que hace lo que le dicen, sin atender a la situación —dijo ella sin rodeos.

—Pero las normas son necesarias —protesté—. Sin ellas se derrumbaría toda la sociedad. Por ejemplo, una norma es detenerse ante un semáforo en rojo. Imagínate lo que pasaría si la gente no lo respetase.

—¿Por qué te detienes tú ante un semáforo en rojo? —preguntó.

—Porque, si no lo hiciera, contravendría la ley, y además, seguramente, me pondrían una multa, o bien, peor aún, provocaría un accidente.

—¿Quieres decir que si mañana se aprobase una ley nueva según la cual fuese legal pasar los semáforos en rojo, tú los pasarías?

—¿Cómo? —fue cuanto pude decir.

—La verdadera razón por la que te detienes ante la luz roja es que sería inmoral hacer lo contrario. El arriesgar tu vida o la de los otros es inmoral —dijo.

—Pero deberíamos hablar de cosas más importantes que las normas de tránsito.

—Tú has elegido hablar de semáforos en rojo, no yo —me recordó—. Además, eso también podemos dejarlo para el sábado. Estoy segura de que tus especialistas estatales y de la docencia tendrán mucho que decir sobre la necesidad del pensamiento orientado hacia las normas.

Anoté eso para recordarlo en el curso de mi investigación.

—El pensamiento orientado hacia las normas sitúa la responsabilidad de la conducta más en la norma que en el individuo. Cuando se atribuye a las normas, leyes y reglas la causalidad del pensamiento humano, la moral debe pasar a segundo término. Cuando la gente basa su conducta en lo que los demás les dicen que es correcto, el pensamiento ético es casi imposible, y otra vez queda asfixiada la posibilidad de satisfacción y de felicidad.

—¿De qué modo?

—¡Aquí, en la Tierra, tenéis hasta «horas felices»! Eso significa, supongo, que hay otras horas que no pueden ser felices. Necesitáis una regla que os diga cuándo podéis ser felices, y una cierta cantidad de bebida barata para aseguráros de ello. Vuelvo a repetir que la felicidad es un fenómeno interior, y que las normas son fenómenos exteriores. La ética, en cambio, es un conjunto de normas interiores que nunca permiten a una persona comportarse de un modo dañino para las demás.

El día que nos conocimos, Eykis ignoraba el significado de la palabra «dañino». Ahora lo conocía perfectamente.

—¿De modo que el enseñar a las personas el pensamiento ético les acostumbraría a pensar por sí mismas?

—Sí, siempre y cuando ese pensamiento se basara en la verdadera ética. Quedaría eliminada la necesidad de tantas normas para casi todos los momentos de vuestra vida. Vosotros tenéis reglas prácticamente para todo, incluido cuándo podéis tomaros una cerveza, cómo os castigará Dios si no obedecéis las leyes, e incluso las asignaturas que debéis elegir en la escuela. ¿Cómo puede nadie aprender a tomar decisiones por sí mismo, si todas las decisiones están ya tomadas por las normas y las reglas en las que tanto os apoyáis? —preguntó.

Yo hice lo que hacía siempre cuando no podía darle una respuesta sensata: respondí a su pregunta con otra pregunta.

—Con esto van dos. La calidad en lugar de la apariencia, y la ética en lugar de las normas. ¿Algo más?

—Sí, amigo mío. He observado que la mayoría de los terrícolas sustituyen en su pensamiento la integridad personal o *autoridad* por el dominio.

—¿En qué se diferencian el pensamiento de dominio y el pensamiento de autoridad? —pregunté.

—Muy sencillo. El pensamiento de dominio significa querer oprimir o sojuzgar a los demás. Buena parte del pensamiento que he observado entre vosotros se encamina al sometimiento de los demás, ya se trate de una nación que busca someter a otra, de padres que quieren someter a sus hijos, o de cónyuges que quieren someterse el uno al otro. Existe casi una obsesión universal por sojuzgar y dominar. Cuando el pensamiento se encamina a ver hasta qué punto puede uno dominar a los demás, no puede centrarse en la felicidad personal y en la autonomía. Como ya hemos establecido que la felicidad es un hecho interior, resulta que el pensamiento exterior o pensamiento de dominio lleva, en último término, a esta conclusión errónea: «Si consigo que la gente que me rodea sea como yo quiero, o incluso como soy yo, seré poderoso y, por tanto, feliz».

—Así, pues, ¿en qué consiste el pensamiento «de autoridad» o de «integridad», como tú lo defines?

—Pues es todo lo contrario —declaró ella—. Es un proceso interior y no exterior. Una persona dedicada a incrementar su autoridad sobre sí misma, a hacerse más dueña de sus actos, a la capacidad de compartir ese dominio con otros, no busca dominar a nadie. Una persona así utiliza sus procesos mentales sólo para *ser*, y para permitir que *sean* también los que la rodean. No se entromete en la vida de nadie. Pretende sólo aprender de los demás, y no arbitrarlos o manipularlos. Ése es el pensamiento de integridad, y la persona que lo practica no necesita buscar la autoridad dominando a los demás, pues la tiene automáticamente. Quienes buscan la autoridad mediante el dominio demuestran carecer de la cualidad cuya posesión se empeñan en demostrar.

—Pero, ¿y nuestros enemigos, aquellos que quisieran dominarnos a nosotros? ¿No debemos mostrarles que nos negamos a ello? —pregunté.

—Otra vez es tu pensamiento de dominio el que te lleva a preguntar eso. Yo pienso *globalmente*. No hablo de ti como opuesto a «ellos». Todo el mundo debe ser

educado para orientar su pensamiento hacia la integridad personal, y para acabar definitivamente un día con el concepto de enemigo. Mientras penséis en términos de nosotros/ellos, podréis cargar al enemigo la culpa de vuestros pensamientos de dominio. Pero también dejaremos eso para el sábado. Estoy segura de que saldrá a colación muchas veces. Hay otras dos ideas propias del pensamiento miope, y habrás de tenerlas en cuenta cuando prepares el programa del sábado, aunque coinciden en parte con las tres que acabo de exponer. La mayoría de los terrícolas mostráis un «pensamiento orientado al logro», como opuesto al «pensamiento orientado al conocimiento». En consecuencia, muchos terrícolas viven en el error y acaban neuróticos e insatisfechos.

»El terrícola no acepta el tipo de pensamiento que busca el conocer por el simple interés de conocer. No le encuentra mucho sentido al conocimiento que no sirve para conseguir cosas. Por eso se da el supremo absurdo de estudiantes que compran notas sin preocuparse de adquirir ningún conocimiento de la asignatura en cuestión. Ese pensamiento encaminado a la obtención de cosas es otro camino que no lleva a ninguna parte.

—¿Por qué? —la interrumpí, sólo para patentizarle que seguía su razonamiento.

—Porque los logros son algo exterior, y la felicidad es algo interior. Una buena nota y la comprensión de un poema son dos cosas que no guardan relación alguna, y a pesar de ello, la mayor parte de la gente estudia poesía por la nota que va a conseguir. La utilidad de la comprensión de un poema no puede ser expresada en términos de logro, aunque esa lógica escapa a la mayoría de los terrícolas. Según el «pensamiento-conocimiento», cualquier cosa que se aprende puede beneficiar al sujeto y enriquecer su vida. Según el «pensamiento-logro», la persona debe poder medir, pesar o aplicar lo que estudia, y ello se manifestará más adelante, cuando recoja los frutos de su estudio o actividad. Pero si más adelante eso no llega —y en la Tierra no llega nunca, porque vosotros sólo tenéis el AHORA—, resulta que vuestro pensamiento-logro no ha servido para nada. Con el pensamiento-conocimiento, es decir el pensamiento por la pura alegría del conocimiento y todo lo que éste ofrece, la persona nunca puede ser infeliz ni sentirse desengañada, porque las recompensas interiores que obtiene son el mismo pensamiento, el sentimiento y la conducta en sí mismos. Espero que podamos ayudar a tu gente a pasar del pensamiento-logro al pensamiento-conocimiento.

—Pero, ¿no disminuirán entonces nuestras grandes conquistas? —le pregunté a Eykis, con verdadero temor.

—Lo cierto es que las personas que persiguen el logro están destinadas a sentirse insatisfechas. Y lo que eso hace *es* reducir sus logros, precisamente lo que ellos buscan con desesperación. Pero reservemos también ese punto. Surgirán muchas preguntas en torno a él, estoy segura. Sospecho que se trata del error de pensamiento más extendido en vuestro planeta.

—Has mencionado otro elemento de nuestro confuso pensar que nos lleva a conclusiones erróneas —le recordé.

—Sí, es un compendio de los cuatro anteriores. En lugar del pensamiento de *serenidad* y de paz interior, me parece que los terrícolas están obsesionados por su mentalidad adquisitiva. El pensamiento de serenidad interior se enseña apenas en algunos lugares de vuestro planeta, por parte de ciertas religiones del Lejano Oriente, religiones de las que se ríe la mayoría de vuestra gente. Y sin embargo, el pensamiento de serenidad interior es la gran clave que está al alcance de prácticamente todos los habitantes de vuestro planeta. Cuando una persona aprende a pensar en función de su serenidad interior, apenas se ve afectada por enfermedades físicas o mentales. Vuestras personas más satisfechas, las que alcanzan mayor éxito, vuestras mentes más innovadoras en todos los campos, parecen compartir este pensamiento de paz interior; sin embargo, a pocos les interesa conseguirlo. Lo que hacen, en lugar de ello, es perseguir cosas, logros, premios, trofeos, o la aprobación ajena. Si mi regalo a vuestra gente ha de servir de algo, debe ayudarles a transformar ese tipo de pensamiento. Es necesario que paséis del buscar adquisiciones al conseguir la perfección interior. Cuando alcancéis el objetivo de un sereno sentimiento de plenitud, veréis que lo adquirido será más que suficiente para reforzar vuestra serenidad. Debéis dejar de hacer las cosas al revés, dejar de intentar que sean las adquisiciones las que os proporcionen serenidad. Para expresarlo de una forma sencilla, eso último es imposible porque el pensamiento es erróneo. Bueno, nos encontraremos el sábado por la mañana, aquí mismo. Trae tus preguntas y disponte a representar tus diferentes papeles. Pregúntame lo que quieras. Yo hablaré sólo como sé hablar. Es decir, te expondré *La Verdad*, vista por Eykis, la uranita.

Anoté las cinco alternativas referentes al pensamiento:

Pensamiento-calidad o Pensamiento-apariencias.

Pensamiento ético o Pensamiento-normas.

Pensamiento-conocimiento o Pensamiento-logro.

Pensamiento-integridad o Pensamiento-dominio.

Pensamiento-serenidad o Pensamiento adquisitivo.

Después me marché apresuradamente, con mi cartera atiborrada de notas y cintas. Faltaban menos de cuarenta y ocho horas para el sábado. Presentía que iba a participar en el reparto de los mayores regalos que hubiese recibido nunca la humanidad. También me pregunté si llegaríamos alguna vez a desempaquetarlos. Pero, como habría dicho Eykis, el pensamiento-conocimiento nos llevaría automáticamente a los logros. Ahora, al menos, íbamos a tener el conocimiento. Yo sabía que no era posible pedir más.

TERCERA PARTE

LOS REGALOS DE EYKIS

Conversaciones basadas en la realidad

Puse manos a la obra con plena conciencia de lo que quería hacer y del poquísimo tiempo de que disponía. Mi objetivo estaba claro. Tenía que proporcionar a Eykis un auditorio ante el cual ella pudiese ofrecer su especializada sabiduría a todos los habitantes de la Tierra. Yo no podía dejar pasar tan extraordinaria oportunidad sin aprovechar al máximo aquella mente abierta sólo a la realidad. Eykis se daba cuenta de lo que podía ofrecernos, y no se atribuía ningún mérito especial por ello. Era, sencillamente, incapaz de utilizar su cerebro en nada que discrepase de lo real. Ahora estaba en la Tierra, a millones de kilómetros de su hogar, dispuesta a mostrarnos su especialísima personalidad.

Yo deseaba invitar hasta el último de los dirigentes de todos los campos de la actividad humana, para que hablasen con ella. Aquello reportaría a la humanidad beneficios incalculables. En poco más de una semana Eykis había transformado mi manera de pensar. A raíz de nuestro encuentro, me había convertido en una persona mejor, más feliz, y el haber pasado unos días hablando con ella había hecho de mí una persona infinitamente más perspicaz y sensata. Me llenaba de euforia la proximidad de una experiencia muy intensa, la perspectiva de exponer a unas cuantas personas importantes a la influencia de mi distinguida amiga. Pero también conocía bien la realidad que iba a presentarnos. Disponíamos de un solo día para recoger los regalos que iba a ofrecernos. Eykis se había negado en redondo a entrar en discusión alguna o a aceptar fastidiosos obstáculos burocráticos de ninguna especie. No le interesaba en absoluto ser juzgada ni participar en inútiles disputas con escépticos de mente estrecha. Yo había descubierto rápidamente que, cuando Eykis había dejado claro un punto, no alargaba la exposición insistiendo en él una y otra vez. Simplemente, decía lo que quería decir, en un lenguaje sincero y objetivo, y después,

mientras aún me acicataba el deseo de discutir, ella abandonaba el tema, sin contemplaciones. Eykis no se entregaba a la perorata ni al alegato emocional, ni mucho menos al sofisma.

Habíamos discutido las normas básicas para la simulada conferencia de prensa del sábado. El número de participantes sería limitado a representantes del más alto nivel de teóricos y dirigentes de cinco campos distintos de la actividad humana. A cada uno de esos representantes se le concederían treinta minutos para preguntar o discutir lo que le interesara. Eykis respondería a todas las preguntas, sin restricciones ni límites. Cada participante podría elegir entre dialogar con ella o simplemente formularle preguntas, y yo debía preparar ocho horas seguidas de filmación en vídeo para registrar hasta la última palabra de aquellas conversaciones o entrevistas. Al final, Eykis hablaría de varios puntos interesantes dirigiéndose a toda la audiencia. Después, a modo de conclusión, expondría a todos los que ella denominaba Secretos del Universo. Esos llamados secretos constituirían su regalo final para nosotros y, aunque se había referido a ellos varias veces durante nuestras discusiones, yo no sabía aún en qué consistían.

Lo más difícil, para mí, era mi grado de participación. Yo debía desempeñar los papeles de los cinco dirigentes como si estuviese realmente viviendo en la mente y el cuerpo de cada uno de ellos. Sin perder tiempo, dediqué los dos días siguientes preparándome para la conferencia de prensa del sábado. Me sobrecogía la idea de lo que aquella película podía hacer por los habitantes de nuestro planeta. Al mismo tiempo, algo me atemorizaba. El pensamiento de Eykis era profundo, pero ella lo expresaba con gran sencillez, y yo temía que pudiese ser desdeñada por ingenua. Pero decidí no «preocuparme» por eso. Casi todos los grandes pensadores y creadores históricos han pasado ante sus contemporáneos por bobos e ingenuos. Recordaba yo que todos los grandes cerebros de que tenía noticia habían tropezado con la oposición constante de pensadores mediocres. Aun cuando todo el mundo desdeñase por el momento los regalos de Eykis, quizá llegaría el día en que los valorase. El mismo Jesucristo fue objeto de burlas en su tiempo, y los antiguos griegos obligaron a Sócrates a suicidarse porque hablaba demasiado, ¡ellos, que habían inventado la democracia! Ya no había tiempo para pensar cómo sería recibida Eykis. Mi deber era cuidar de que pudiese darnos todo lo que deseaba. Dejaríamos las críticas a los críticos.

Mientras elaboraba mis preguntas, recordé que Eykis no había querido saber qué papel desempeñaría yo en cada momento, ni siquiera cuándo iba a pasar de un papel a

otro. Me había dicho: «No necesito prepararme para ser yo misma». El sábado grabarás las verdades de Eykis. Haz lo que quieras, pregunta lo que desees, utiliza cualquier plan, o ninguno. El caso es hacerlo.

El sábado por la mañana Eykis llegó muy puntual. Parecía maravillosamente animada y ansiosa por comenzar.

—Parece que estás preparado —me dijo—. Si lo tienes todo a punto, empecemos. Procuremos que resulte natural y agradable para ambos.

Su actitud resultaba tranquilizadora. Era evidente que quería hacer por que me sosegase, pues yo estaba hecho un torbellino de actividad.

—Ya está ordenado casi todo —anuncié—. Por cierto que me alegro muchísimo de verte. Te he echado mucho de menos estos dos días, pero estaba tan ocupado pensando y preparándome para esto, que el tiempo me ha pasado volando.

Me dirigió aquella mirada irónica que tan bien había llegado yo a entender. Estaba seguro de que ella no comprendía realmente lo que significaban las palabras «te he echado de menos», pues fue en ese momento cuando pareció desconcertada. Sin embargo, Eykis había aprendido también a no pedirme cuentas por aquella clase de expresiones, pues su breve estancia entre los terrícolas la había acostumbrado a nuestras extrañas maneras. En Urano la gente no decidía echarse de menos unos a otros cuando estaban temporalmente separados. Preferían ocuparse del momento presente, y no valoraban el amor según el baremo irreal del «echarse de menos». Mi amiga ya me había hablado de eso en una ocasión, explicándome con detalle cómo se conseguía en Urano ese contacto con el «ahora». Ella vivía totalmente inmersa en el momento presente.

—En primer lugar, vamos a hablar de religión —le anuncié—. Tengo varias preguntas que hacerle sobre la manera en que practicamos la religión aquí, en la Tierra. Pero, antes de pasar a ese tema, quisiera saber cómo es la religión en Urano y qué lugar ocupa en su propia vida personal —dije, procurando meterme en mi papel de dirigente religioso con todo el fervor que ello requería.

—¿Qué quiere saber sobre mi manera de vivir la religión? —respondió.

—Bien, pues, en primer lugar, ¿es usted una persona religiosa?

—Sí, me considero muy religiosa —contestó Eykis inmediatamente.

—¿Cree en la existencia de un ser supremo, creador del universo?

—La estimo muy posible, aunque sinceramente no puedo decir que lo crea. No lo sé. En Urano nadie lo sabe. Pero sin duda es posible. Yo no me preocupo por si lo creo o no. Valoro mi planeta y el universo, y vivo en ellos con toda la moralidad que

me es posible. No me preocupa cuál fue el principio del universo; lo que me interesa es disfrutarlo y convertirlo en un lugar mejor para todos.

—¿Cómo sabe usted lo que es moral si no cree en la existencia de Dios? — pregunté.

—Cuando digo que no creo, no descarto en absoluto la posibilidad de la existencia de Dios. Es muy posible, incluso muy probable, que exista un Dios, y yo no me cierro a esa probabilidad. Pero es algo que ignoro, sencillamente, y por eso no utilizo la palabra «creer» en el sentido que le da usted. Por otra parte, la moral está bien definida en Urano. No es en absoluto un concepto religioso.

—¿Cómo se definiría la moral de Urano?

—Es muy sencillo: cualquier conducta que no estorbe el derecho de otra persona a vivir como desea, es una conducta moral —respondió.

—Pero, ¿cómo puede decir semejante cosa, cuando ustedes emplean disgustadores, activadores de rebobinado y cosas por el estilo?

—Ésa es nuestra realidad, escapa a nuestro arbitrio y no tiene nada que ver con la moral, de la misma manera que los DC-10 y los Skylabs forman parte de su realidad. Ustedes saben cómo producirlos y los producen, a pesar de que esas realidades ocasionan muertes. No consideran inmorales a las personas que las han inventado, que las fabrican o que las hacen funcionar. Una vez incorporadas a su realidad no pueden eliminarlas de un plumazo. Existen porque existe el conocimiento necesario para crearlas. Pues bien, los disgustadores forman parte de nuestra realidad y no se diga más. En Urano, el estar disgustado no se considera *malo*, porque es una condición de nuestra realidad. Sería como decir que los tiburones son inmorales porque comen peces pequeños. Ésa es la realidad concreta de los tiburones, y no debe ser confundida con la realidad abstracta.

—¿Cómo pueden saber lo que está bien y lo que está mal si carecen de una religión que les oriente? —proseguí.

—La moral no tiene nada que ver con lo que está bien y lo que está mal; la moral es lo que he señalado hace un momento. Además, en la Tierra el bien y el mal no existen independientemente de la disposición del hombre a aplicar esas etiquetas —sentenció Eykis.

—Pero nosotros distinguimos un bien y un mal —protesté, como imaginaba que habría hecho el dirigente religioso al que representaba—, y alguien tiene que mantener esos principios.

—Ustedes cuentan con personas, personas religiosas y otras, que definen lo que es

el bien y el mal, pero eso no significa que éstos existan.

—Pero el matar, por ejemplo, es un crimen.

—Excepto cuando se declaran guerras unos a otros. Entonces, matar es correcto y moral —dijo Eykis sin malicia aparente.

—Pero la guerra es una excepción —repliqué.

—Entonces también lo es decir que el matar es un crimen —afirmó—. Aquí en la Tierra, no existe moral aparte de la definición de la moral que hace el hombre según su conveniencia. Así es en la actualidad, y así ha sido siempre durante toda su historia.

—¿Qué sugeriría usted para ayudar a la gente a ser más moral según su definición? —pregunté.

—Lo único que puede hacer la gente es mirar dentro de sí misma. Se les puede educar para que piensen de una manera ética en lugar de pensar en las normas. La obediencia ciega a normas y leyes, sólo porque el sujeto pertenece a algún grupo religioso, puede conducir, y conduce, a actos tremendamente inmorales.

—¿Tales como?

—Tales como las guerras en nombre de la religión que se han producido en Irlanda, Irán, Irak, Siria y el resto de su mundo. Matar en nombre de la religión no deja de ser matar, aunque se denomine patriotismo o deber religioso. Si se acostumbrasen, y sobre todo si acostumbrasen sus jóvenes, a pensar éticamente, nunca recurrirían a matar por razón alguna. Y de ese modo elevarían sus principios morales ayudando a los individuos a pensar por sí mismos de una manera ética y autónoma. Un ser humano que creyese en la moral nunca aceptaría matar si considera inmoral ese acto. Y, si cada individuo utilizase su inteligencia y su conciencia para adoptar una actitud moral personal sobre el hecho de matar, no habría nadie que ordenase matar ni tampoco nadie que ejecutase esa orden —concluyó Eykis con vehemencia.

—Pero, ¿no es utópico imaginar que, dadas esas condiciones, todo el mundo observaría una conducta moral? —pregunté.

—La moral es una cuestión individual, no una cuestión de *todo el mundo*. Cuando ustedes enseñen y practiquen en todo su mundo el no matar, verán aparecer individuos que decidirán no matar. Sólo entonces tendrán ustedes una moral. A pesar de toda su retórica en el sentido contrario, en su planeta no existe un *bien* y un *mal*. Sólo existen individuos que colocan esas etiquetas. La función de un dirigente religioso y moral debería ser la de estimular a no matar, en lugar de ir a consolar a

quienes luchan en las guerras. Sus iglesias deberían sentirse gravemente ofendidas por las violaciones de la moral, en lugar de participar en crímenes que sólo condenan de palabra.

—¿Le parecería bien que la gente de la Tierra creyese en Dios?

—Son libres de hacerlo, si así lo desean. Lo que sí les diría es que dejen de pedirle a Dios lo que podrían hacer ellos mismos.

—¿Por qué le pide eso a Dios la gente de aquí? —pregunté.

—Porque tienen miedo de *ser* Dios. Quieren que otro les solvete las cosas. Utilizan la oración como medio para comunicarse con Dios, y prácticamente en todas las oraciones se pide a Dios que convierta el mundo en algo diferente de lo que es.

—¿Cómo se le pide eso? —quise saber.

—Fíjese en las oraciones que invocan ustedes. «Señor, te ruego que resuelvas mis problemas». «Señor, te ruego que ayudes a mi familia». «Señor, ayúdanos a ganar ese partido de fútbol». Ésas son las plegarias de quienes pretenden que Dios haga las cosas en su lugar.

—¿Qué forma daría usted a esas plegarias, Eykis?

—Yo buscaría dentro de mí fuerzas que aliviase el sufrimiento del mundo. Me pediría a mí misma un esfuerzo más, un paso más, y procuraría dejar de lamentarme y aceptar el mundo tal como es. Si quisiera atribuir a Dios el mérito de haberme concedido el libre albedrío, pues muy bien, pero yo no olvidaría lo que significa precisamente el libre albedrío. Y éste no tiene nada que ver con pedirle a Dios que haga cosas en mi lugar.

—¿Así que usted cree que nosotros hemos convertido a Dios en un ser exterior a nosotros, a quien atribuimos méritos o culpas?

—No sólo han convertido a Dios en un ser exterior, sino que han convertido la religión en un hecho exterior. Incluso miden la religiosidad de las personas por cosas que poco tienen que ver con la verdadera religiosidad, por ejemplo su asistencia a la iglesia, sus recitaciones memorísticas de textos bíblicos que no comprenden, su actitud ante la regulación de la natalidad, los símbolos que veneran, etcétera. Un día oí a un hombre decirle a un amigo lo bien que le iba asistir a misa los sábados por la tarde, en lugar de los domingos por la mañana, porque así «se quitaba la misa de encima». El quitarse de encima los servicios religiosos no es buena señal cuando se pretende cultivar la integridad y la moral individual. De hecho, es precisamente lo contrario de lo que en un principio se quería conseguir.

—¿Por qué dice usted que es lo contrario? —indagué.

—Lo que han hecho con la religión en su planeta es tergiversar completamente lo que en un principio fue una forma de ayudar a la humanidad a mirar en su interior y, a través de eso, desarrollar los principios personales de conducta que convertirían el mundo en un lugar mejor. La religión se ha convertido en un catecismo de culpabilidad, preocupación, temor y ansiedad. Como usted sabe, yo veo en todo eso el resultado de un pensamiento incorrecto. El hombre ha utilizado la afiliación religiosa para expresar sus propios pensamientos erróneos, autodestructivos, sus ansias de poder, y después ha denominado «religión» a la conducta resultante. Sus colegas religiosos han utilizado casi constantemente el nombre de Dios para fines inmorales. En su planeta no se puede leer un periódico sin ver pruebas de ello. ¡Se producen guerras y ejecuciones en nombre de Dios! ¡Se efectúan asesinatos y robos, secuestros de aviones y actos de terrorismo, todo en nombre de Dios! —exclamó.

—Pero los responsables de todo eso son obcecados, fanáticos —protesté—. No todos los dirigentes religiosos aprueban esas actividades.

—Eso depende de quien coloque las etiquetas —apuntó ella—. En sus guerras tienen ustedes a sacerdotes católicos, pastores protestantes, intérpretes del Islam y rabinos, que rezan, para que Dios ayude a los suyos a matar más enemigos. Los que están de un lado exhortan a sus seguidores a considerar inmorales a todos los demás. Y no hablo únicamente de las guerras. Cuando ustedes les dicen a sus jóvenes: «Esto es lo que Dios quiere que hagáis», o bien «Si no vais a la iglesia, iréis al infierno», o «Complaced a Dios tal como *nosotros* queremos que se le complazca», les están quitando el libre albedrío de que hablábamos. Todo lo que incita a la gente a actuar con obediencia ciega a la autoridad, constituye una invitación a adaptarse y a comportarse como lo ordenan los denominados representantes de Dios. Cuando la conducta externa se convierte en «el bien», la califican ustedes de religiosa y la aplauden, y cuando esa conducta da lugar a guerras, a la obediencia ciega, al robo o a otras cosas, o bien no se preocupan por ello y lo denominan excepción necesaria, o bien lo castigan, según les convenga.

—Pero, ¿no cree usted que habla con demasiada dureza de la religión? No me negará que cumple una función en nuestro mundo —dije.

—No olvide —me recordó Eykis amablemente— que yo sólo puedo hablar de lo que es. No puedo decir lo que a usted le agradaría oír, sólo para complacerle a usted y a sus colegas. Pero, desde luego, la religión puede proporcionar, y en algunos casos proporciona, un magnífico servicio a la humanidad.

—¿Cuáles considera usted que son los beneficios de la religión en la Tierra?

—La religión proporciona a la gente la ocasión de observarse a sí misma. Procura estímulos al alma y ayuda a la gente a analizar sus decisiones vitales. Les enseña cómo mejorar la calidad de la vida en la Tierra. La religión puede ser un medio de expresión del hombre, un estímulo para el desarrollo de la persona y para la apreciación de la belleza de su maravilloso mundo —respondió de una tirada.

—Pero usted no cree que la religión proporcione esto tan a menudo como podría —dije, resumiendo el pensamiento de mi interlocutora.

—Yo lo he visto muy pocas veces. Generalmente, la religión ha sido utilizada como instrumento del egoísmo del hombre, de su ansia de poder. Muchas de las acciones más inhumanas que ha conocido la Tierra se han ejecutado invocando a Dios o la religión como motivo.

—¿Cómo utilizaría usted la religión, tal como la ha visto en la Tierra, de la manera más positiva? —pregunté, mientras pensaba que ya habíamos dedicado mucho espacio a aquel tema y que aún me quedaban varios personajes que representar ante Eykis.

—En lugar de obligar a la gente a practicar una religión que les dice cómo han de pensar, anímenles a pensar por sí mismos. Ésa es la experiencia más religiosamente liberadora que puede darse en la Tierra. En lugar de imponer normas, leyes y dogmas a sus fieles, deberían ustedes pedirles que empezasen a asumir la responsabilidad moral de sus vidas. En lugar de valorar la conducta religiosa en términos de símbolos externos, yo la valoraría por la capacidad que demuestra cada individuo de comprender su potencial moral. Si alguna vez se alcanzase ese objetivo (¿y quién sino ustedes, los dirigentes religiosos, están mejor preparados para asumir esa tarea?), todos los inmorales desastres que ustedes han provocado en su planeta, tales como las guerras, crímenes, hambres y degradaciones, pasarían a la historia.

»Por lo que he podido ver, ustedes disponen de esa posibilidad, de la que carecemos en Urano. Nosotros tenemos una realidad que a menudo nos priva del libre albedrío. Pero ustedes, los terrícolas, están capacitados para pensar como deseen, y todos utilizan mal ese don. Con demasiada frecuencia, en las instituciones religiosas que crean con tanto orgullo, hacen todo lo posible por despojar a la gente de su moral individual, al tiempo que proclaman exactamente lo contrario en su retórica religiosa —concluyó.

—¿De modo que usted trasladaría la religión, en todas sus formas, de lo exterior a lo interior? —le pregunté para asegurarme de haber entendido bien su afirmación.

—Sí, pero no necesita aceptar mi opinión para convencerse de ello. Repase las

enseñanzas de un importante maestro religioso de la Tierra, que lo dijo bien claro.

—¿A quién se refiere? —pregunté, visiblemente intrigado.

—Cuando a Jesucristo le preguntaron sus discípulos, como hacen todos los discípulos de todas las religiones: «¿Dónde hallaremos el Reino de los Cielos? ¿Cómo llegar a él», Él les respondió con unas palabras que resumen cuanto yo he dicho aquí esta mañana: «No lo busquéis fuera de vosotros; *el Reino de los Cielos está en vuestro interior*». Ése es el mensaje. El Cielo no es un lugar al que se llega como recompensa por haber sido igual a los demás, ni por haber obedecido. Es un lugar que está dentro de uno. Eso es precisamente lo que yo quería decir cuando antes afirmé que a la gente le asusta SER Dios. Dios debe residir en cada persona. La gente debería mirar su propia capacidad de grandeza y buscar la fuerza para hacer las cosas por sí misma. El querer SER Dios no constituye, en absoluto, una falta de respeto. Significa tomar sobre los propios hombros la plena responsabilidad de una conducta moral, y utilizar el libre albedrío del que ustedes gozan en la Tierra. Lamento decir que he visto en la Tierra muy pocos indicios de que aun las personas más relacionadas con las religiones comprendan el pequeño y sencillo secreto del universo que Jesucristo reveló hace dos mil años: que el Reino de los Cielos está en nosotros mismos.

Pese a las muchas horas pasadas con Eykis, yo encontraba asombrosa su candorosa buena fe. Aquella mujer exponía sus ideas sin rastro de la cautela que caracteriza casi todas las discusiones entre terrícolas. Afirmaba sólo lo que consideraba cierto. No conocía la doblez, la exageración ni el dorar la píldora. Aun así, yo estaba impaciente por cambiar de tema. Aunque me divertía representar el papel de una autoridad religiosa, me escocían un poco las francas respuestas de Eykis. La religión es uno de esos temas tan emocionales para la mayoría de nosotros, que me resultaba extraño oír hablar a mi amiga con tanta claridad. A ella no le preocupaba en absoluto la impresión que causara. Se mostraba tal como era, sin más, y basaba sus criterios en observaciones personales. Me encantaba aquel método suyo, y mi afecto hacia ella crecía con cada momento que pasaba.

—Como representante del realista mundo de los negocios —dije, pasando a desempeñar mi segundo papel—, quisiera saber qué opina usted sobre cosas tales como los beneficios, el dinero y la producción.

Acometí esa transición sin previo aviso.

—Creo que es posible vivir felizmente en su planeta sin beneficios ni dinero —respondió ella—. Considero que el hecho mismo de trabajar para ganar dinero es auto

destrutivo, pues induce a la gente a pensar que las adquisiciones, los logros y las apariencias son las razones del trabajo. Y estas cosas nunca pueden dar lugar a la total satisfacción de la persona.

—¿Por qué cree usted que esas cosas son malas? —le pregunté.

—Yo no he utilizado la palabra «malas». Ciertamente, para el ser humano hay pocas cosas más satisfactorias que el trabajo. El trabajo es un medio de sentirse útil y realizado. Representa una estimulante forma de renovarse. Pero el trabajar por dinero, o incluso por lo que puede comprar ese dinero, es un callejón sin salida. En la Tierra no se puede alcanzar la satisfacción personal por medios exteriores, pues la felicidad es un proceso interior. Si una persona es feliz, es porque lo experimenta dentro de sí.

—Pero el hecho de tener dinero, ¿no facilita la consecución de la felicidad interior? —pregunté.

—No, de ningún modo. Ésa es una de las ideas falsas que los cerebros orientados hacia el negocio desearían inculcar a todo el mundo. La idea de que el dinero da la felicidad es falsa. Si usted pudiese ver su mundo como lo veo yo, con ojos que perciben *sólo la realidad*, adoptaría un punto de vista diferente. En su planeta viven unos cuatro mil millones de almas. Apenas un uno o dos por ciento de esa gente dispone de dinero en abundancia. El noventa y ocho por ciento restante carece de medios, y sin embargo los más pobres de entre ellos son capaces de ser felices, de disfrutar con una puesta de sol, con una reunión familiar y con infinidad de otras cosas. Por el contrario, los más ricos de entre ustedes presentan los más altos índices de depresión y de suicidio, del sentimiento de vacío interior a pesar de los estómagos satisfechos y de todas las cosas que supuestamente hacen agradable la vida. A usted le convendría que todo el mundo creyese que el dinero hace la felicidad, pero yo debo contradecirle. El dinero no tiene nada que ver con la felicidad verdadera.

—Si el dinero no tiene nada que ver con la felicidad, ¿por qué, pues, la gente lo busca con tanto afán? —repliqué.

—Porque su pensamiento es erróneo. Se han convencido a sí mismos de que el hecho de acumular poder adquisitivo les dará seguridad y felicidad. O creen que deben acumular dinero a fin de ser personas responsables. Por eso se sacrifican, hacen cosas que les desagradan, como mantener indefinidamente un trabajo rutinario o vivir en una ciudad que no les gusta, en nombre de la responsabilidad o de la búsqueda de la felicidad. Pero el dinero no tiene nada que ver con ninguna de ambas cosas.

—Por favor, continúe —le rogué—. No veo cómo pueden los terrícolas ser personas realmente responsables si no se esfuerzan en mejorar su situación

económica y si no trabajan para conseguir el dinero que les proporcionará una mayor calidad de vida.

—Usted se aferra ciegamente a la doctrina de que «el dinero es felicidad y responsabilidad», la misma que impregna tantas culturas de la Tierra. Todo ese miedo a ser irresponsable y a no cumplir con las obligaciones hacia los seres queridos es un mito. Es sólo el resultado de mirar al mundo con el temor de lo que *podría* ocurrir. En realidad, los problemas no son sino invenciones de la mente. Cuando aparece una persona que ha sido siempre responsable, que ha cumplido con todas las obligaciones hacia su familia y hacia sí mismo, no se piensa que ésa es su realidad y que en ella habría que buscar la base del pensamiento de esa persona, sino se tiende a creer que su éxito es consecuencia de su trabajo, del dinero, de la suerte, de que no se haya producido una crisis económica, o de algún otro factor externo. En consecuencia, la gente comienza a pensar incorrectamente y a inventar catástrofes que no están basadas en la realidad. Como los humanos son reacios a aceptar el mérito de sus propios éxitos miran fuera de sí mismos en busca tanto de los méritos como de las culpas.

»Si en la Tierra dispusiesen ustedes de trabajadores que mirasen a su interior y asumiesen la responsabilidad de sí mismos, esos hombres sabrían que pueden ir a cualquier lugar del planeta y tener éxito allí. Su éxito no guardaría relación con los hechos externos, con las circunstancias económicas ni con la suerte: sería un proceso interior que nunca podría serles arrebatado.

Eykis se detuvo un momento, para beber un sorbo de agua, y después continuó:

—Además, sus congéneres no comprenden la ironía que supone el trabajar por dinero.

—¿Y en qué consiste esa ironía? —pregunté.

—Si una persona persigue sus ideales y disfruta con lo que hace porque así es como ha decidido pensar, el éxito le llegará de maneras inesperadas, y en un grado que nunca había soñado —afirmó ella.

—¡Pero usted no creerá que el dinero llega por sí mismo a la gente! —exclamé incrédulo.

—El éxito llegará a la vida de esa persona en cualquier forma en que ella lo necesite. Los genios creativos de la Tierra (músicos, arquitectos, estadistas, escritores, actores, hombres de negocios, gastrónomos, diseñadores, ingenieros) no hacen por dinero lo que hacen, aunque a usted pueda parecerle lo contrario. ¿Imagina usted a un gran artista pensando: «Por este cuadro me pagarán tanto y más cuanto?»

Es imposible. El mismo hecho de hacer lo que se hace, sea esto lo que sea, debería proporcionar satisfacción a la persona, independientemente de cualquier recompensa externa. Ni siquiera los atletas mejor pagados se esfuerzan por el dinero propiamente dicho. ¿Cree usted que un jugador de béisbol a quien se paga menos una temporada se esforzará más el año siguiente, cuando se le retribuya mejor? No, porque el dinero es algo que viene por añadidura. El dinero y las demás recompensas que vienen por añadidura llegan cuando uno deja de centrarse en ellas y orienta su mente hacia el disfrute de la vida y de lo que está haciendo.

—Así pues, usted cree que damos demasiada importancia al acumular bienes y a las apariencias, en lugar de concedérsela a la calidad de las vivencias mismas —dije, intentando resumir y recordando lo que Eykis había expuesto en nuestra anterior entrevista.

—Creo que ustedes piensan que la acumulación de bienes y las apariencias llevan en sí el germen de la felicidad, y eso es un error —dijo ella, corrigiendo mi conclusión.

—Pero, si es un error el acumular dinero para comprar cosas a fin de ser feliz, ¿por qué lo hace tanta gente? —insistí.

—Porque ustedes perpetúan también el mito de la felicidad como proceso externo. No hay nada malo en los conceptos de «beneficio» o «dinero». Yo los juzgo por lo que son, y los apruebo. El mal está en que, según he visto, los terrícolas confunden esos conceptos con la felicidad y la realización personal.

—Pues bien, ¿cuál es la función del beneficio y del dinero en la Tierra, según usted?

—Sirven como medio de intercambio, para facilitar la circulación de bienes y servicios entre personas de todos los países y condiciones, y ésa es una función muy importante, y la verdadera finalidad del dinero y del beneficio.

—¿Incitaría usted a la gente a trabajar para mejorar su calidad de vida aumentando sus ingresos y buscando ascensos? —le pregunté.

—En la Tierra la calidad de vida sólo se relaciona, en la mentalidad de ustedes, pero no es así en la realidad. Repito, no lo es en la realidad. He observado a los habitantes de islas remotas, gente que no poseía una sola moneda y que se hacía el pan en casa. Eran seres contentos y satisfechos que no ambicionaban nada más. Y he observado a directivos en las viviendas más lujosas, hombres que, siendo dueños de ingentes cantidades de monedas, eran desgraciados hasta el punto de sufrir graves depresiones. Sus hijos pensaban en el suicidio porque temían no ser capaces de

conservar toda aquella riqueza. Yo incitaría a la gente a trabajar por la alegría de lo que hacen, a extraer orgullo y satisfacción de sus actos, sean éstos los que sean. Si no consiguen eso, yo les incitaría a buscar otras actividades que les procuren satisfacción. Incitaría a los directivos a pensar con atención en lo que pueden hacer para convertir todo trabajo en motivo de satisfacción para quien lo realiza. La gente de su mundo debe procurar hallar alegría y serenidad dentro de sí misma, y aplicar esa energía a todo lo que haga. Siguiendo ese camino, pronto le llegarán los atributos del éxito, y le llegarán en cantidades suficientes. Quienes sigan persiguiendo los atributos del éxito descubrirán que éstos se les escapan constantemente y, lo que es aún más nefasto, sufrirán la extendida enfermedad del *MÁS*. ¿Me he expresado con bastante claridad? —preguntó Eykis.

—Desde luego —contesté—. Pero, ¿cuál es la enfermedad del *más*?

—En la Tierra, el *más* es la enfermedad que impide a la gente llegar al *ahora*. Ustedes viven un mundo de gente que lucha, cuando podrían vivir un mundo de gente que ha conseguido cosas. Cuando trabajan por dinero y por lo que éste puede proporcionarles en el futuro, ese «lo que puede proporcionar en el futuro» se convierte en la razón del trabajo y de la acumulación de dinero. Eso significa que, por mucho que acopien, nunca llegarán a la meta, pues lo que tienen sólo puede ser visto en función de «lo que proporcionará en el futuro». He visto a hombres de negocios gravemente afectados por esa enfermedad del «más». Han amontonado más de lo que podrán gastar nunca, y a pesar de ello consagran sus facultades a recordarse a sí mismos que deben conseguir todavía más. Persiguen el «más» y el «mejor» hasta el punto de destruirse a sí mismos, y comienzan a adoptar una forma aún más destructiva de pensamiento erróneo. Conciben la falsa idea de que *son lo que hacen*.

—¿Y por qué es eso tan destructivo? —pregunté.

—Porque constituye otro error. Cuando alguien cree que sus valores proceden de lo que hace, debe seguirse de ello que, cuando no puede hacer nada, cuando no puede lograr nada, carece de valor. Por eso se ve en todo su planeta gente que cae en depresiones cuando disminuyen sus beneficios, hasta el punto de necesitar tratamiento por parte de otras personas que sufren del «más». He observado a personas que se sienten inútiles cuando se retiran, porque creen que son lo que hacen. He visto a personas temerosas de fracasar, cuando está claro que en la Tierra no se puede crecer a menos que se esté dispuesto a fracasar, ¡y a fracasar muchas veces! La verdad, tal como yo la veo, es que el valor de una persona como tal persona viene de lo que ella decide creer sobre sí misma, y no de ninguna acumulación o logro. Y,

cuando se confunde esto, se predispone uno para el sufrimiento, al margen de lo bien que se defiende esa creencia. ¿Me comprende?

—Sí, pero, ¿cuáles son las manifestaciones más habituales de ese sufrimiento? Al fin y al cabo, no todas las personas que se dedican a los negocios están al borde del suicidio, ni siquiera están ligeramente deprimidas —repliqué.

—Los síntomas que he observado se encuentran en casi todos los aspectos de la vida para quienes los padecen, y todo nace del pensamiento erróneo a que tantas veces me he referido. Por ejemplo, he oído decir a muchos hombres de negocios que lo más importante de su vida eran las personas a las que amaban, su familia, y la seguridad de que esas personas eran felices. Pero esos hombres no estaban casi nunca con sus seres queridos. Vivían ocupados en acumular el dinero que, por lo visto, consideraban garantía de la felicidad de aquellas personas. Y entretanto fracasaba su matrimonio y se convertían en desconocidos para sus propios hijos. Paradójicamente, no tenían tiempo que dedicar a los seres que consideraban lo más importante de su vida.

»El pensamiento de esos hombres es erróneo. En el fondo, saben que no pueden comprar la felicidad, y a pesar de ello se pasan los días intentando precisamente eso. Además, a menudo padecen la "enfermedad de la prisa". Casi siempre van apresurados, incluso cuando no tienen ninguna razón real para ello. Se obsesionan con la perfección, y aplican a su vida personal el mismo enfoque, *activo frente a pasivo*, que dan a sus negocios. A menudo les he visto pedir a sus familiares cosas imposibles, insistiendo en que se comportasen como las estadísticas de un libro, y después preguntándose por qué los perdían. Además, su propio organismo se veía a menudo afligido por úlceras de estómago e hipertensión, por el alcoholismo y la ansiedad. Ésas son las consecuencias de situar la felicidad fuera de uno mismo y de perseguir los falsos símbolos del éxito, de los cuales el principal son los signos monetarios. Ese ansia de dinero impera en la Tierra casi sin freno, y es algo completamente negativo. La gente piensa incorrectamente, y educa a sus hijos para que hagan lo mismo.

—Pero no todo es malo. ¿No cree usted que la industrialización ha elevado el nivel de vida en todo el mundo? —protesté.

—Yo no he dicho que el trabajo y el dinero fuesen malos. El problema radica en la manera en que el trabajo y el dinero son considerados y utilizados en su mundo. Yo estoy a favor del trabajo, que me parece una buena manera de vivir la vida y de sentir la propia dignidad. Pero su pregunta presupone también una verdad que,

simplemente, no existe en su realidad: que el mundo industrializado es mejor que el no industrializado. Si mira usted las cosas con realismo, verá que por cada una de las mejoras en el nivel de vida de las que ustedes se enorgullecen, han de pagar un alto precio. Si mejoran los transportes, contaminan el aire. Si construyen grandes fábricas, infestan la atmósfera de productos cancerígenos. Si construyen grandes armas, crean la posibilidad de destruir su mundo en una conflagración espantosa.

»En esos lugares “no civilizados”, donde el nivel de vida es tan bajo, la gente no lleva pistolas ni muere de cáncer. Aunque no pueden desplazarse de aquí para allá tan libremente como otros pueblos, no respiran ni beben desechos industriales. Viven en su tierra y no almacenan en ella armas nucleares. Están próximos a sus seres queridos, y no necesitan beber alcohol para pasar los días. En realidad, la elevación del nivel de vida es la justificación que da el hombre de negocios a casi todo lo que hace, y sin embargo, cuando es sincero consigo mismo, afirma: “Éramos más felices en los tiempos en que teníamos muy poco. Nos queríamos, y nuestros objetivos eran sólo sueños. El compartir aquellos sueños nos aproximaba más. Los años de escasez nos ofrecían tan poco en cuanto a cosas externas, que teníamos que mirar a nuestro interior”. Y ésa es la naturaleza de la felicidad. Todo el sufrimiento que soportan ustedes los terrícolas viene de sus ansias y deseos. Cuando se detienen y se dedican, simplemente, a vivir y a disfrutar, el sufrimiento disminuye. No se precipiten a afirmar que esos pueblos “incivilizados”, con sus bajos niveles de vida, tienen el monopolio de la desdicha y carecen de satisfacción personal y de felicidad. Lo cierto es que esos pueblos y ustedes tienen mucho que aprender unos de otros. En lugar de defender su gran sistema de beneficios monetarios, que no necesita defensa, ya que funciona bien, miren lo que están haciendo con él, lo que creen que les reserva en cuanto a felicidad. Si no pueden ser tan felices trabajando en su jardín como lo son en un elegante club nocturno, o mientras preparan un negocio, es que aún no han comprendido esa verdad básica de su realidad terrícola. Me refiero a la verdad que ya he mencionado antes: *no hay un camino hacia la felicidad; la felicidad es el camino.*

Habíamos completado dos intensas discusiones, y Eykis seguía tan sosegada como lo había estado una hora antes. Para ella no representaba esfuerzo alguno ser sincera. Hablando de religión o de economía se sentía tan cómoda como un pez en el agua. Era natural y expresiva, y estaba dispuesta a considerar cualquier cosa que se le plantease. No sentía ninguna necesidad de impresionarme con su vocabulario, ni de citar pruebas estadísticas en apoyo de sus afirmaciones. No necesitaba citar a los expertos para sustentar sus opiniones.

Pasé al tema siguiente, presentándome como un destacado pedagogo. Le pregunté sobre las prácticas educativas en Urano, y sobre lo que ella había observado en nuestras actitudes e instituciones docentes.

—¿Cómo ve usted nuestros sistemas educativos, Eykis? —quise saber.

—Lo que más me alarma de sus métodos de formación es la gran diferencia entre lo que ustedes proclaman hacer y lo que realmente hacen. En casi todas sus declaraciones administrativas sobre educación, declaran que su objetivo es el de fomentar el pensamiento individual, la autorrealización, proporcionar a cada niño la oportunidad de aumentar al máximo su capacidad de pensamiento autónomo. Pero no he visto ninguna actuación que condujese a esos elevados objetivos.

—¿Dónde ve usted las manifestaciones de esa diferencia?

—En casi todas sus escuelas. Cada vez que los jóvenes intentan desplegar cualidades creativas o pensar por su cuenta, eso es interpretado como un peligro e inmediatamente reprimido. Pocos maestros pueden soportar a un niño que pregunta «¿Por qué?». Ustedes conceden sus recompensas a aquellos alumnos que se adaptan mejor, a los que complacen a sus profesores o hacen sus deberes con rapidez y pulcritud. Existen pocas recompensas para el pensamiento independiente, que incluso parece ser castigado en la mayoría de los casos. Un alumno que no muestre necesidad alguna de aprobación, que no dé señales de culpa ni ansiedad por la falta de aprobación social, es considerado un elemento perturbador. Un niño que se niega a ser igual a los demás es señalado con el dedo; se le pide que se sienta culpable y que se arrepienta. Y sin embargo, esas cualidades, la ausencia de culpa, la independencia y el pensamiento libre, son las que ustedes califican de actitudes fructíferas, de actitudes que llevan a la realización personal. Repito que me parece una falta total de realismo el que ustedes señalen algo como finalidad de su sistema educativo y que después hagan exactamente lo contrario.

—Pero los niños necesitan, antes que nada, que se les inculque una disciplina, para que más adelante puedan hacer juicios libres, independientes. Por eso insistimos en la necesidad de hacer bien las cosas, «a la manera del profesor». Además, si cada cual hiciese lo que le viniese en gana, no habría disciplina y sería materialmente imposible impartir enseñanza —declaré en mi mejor argot docente, con gran convicción.

—Pues a mí me resulta imposible imaginar que un niño pueda aprender a pensar libremente si se le educa para lo contrario. Es como entrenar a alguien para que sea un gran corredor obligándole a estar sentado toda la vida. Una clase en la que todos los niños estuviesen activamente ocupados persiguiendo objetivos individuales no

tiene por qué ser necesariamente caótica. Podría ser una clase en la que hubiera animación, interés, en lugar de la apatía que he observado en casi todas las aulas de vuestro planeta. En las aulas, los individuos podrían ayudarse entre sí. Podrían emprender actividades creativas, disponer de un mundo real en miniatura, por así decirlo, para explorar absolutamente cualquier terreno. Y en lugar de eso, se les manda a los alumnos que se sienten cada uno ante su pupitre y que hagan en silencio lo que se les ha ordenado. Eso conduce directamente al pensamiento incorrecto y neurótico de que hemos hablado.

—¿Considera usted que un aula llena de alumnos sentados en silencio no es un ambiente adecuado para aprender?

—Desde luego que no lo es. Usted sabe que cada uno de los habitantes de su mundo es único y exclusivo. ¿Cómo se puede aprovechar esa cualidad si se trata a todos los niños de la misma manera? —me interpeló.

—Pero yo no creo que hagamos eso en nuestras escuelas de la Tierra... —protesté.

—Bueno, voy a exponerle lo que yo he observado. Un lunes, el profesor explica un tema nuevo, la historia de Egipto, pongamos por caso. El profesor da el mismo material a todos los alumnos. Todos reciben la misma explicación y escuchan la misma discusión, todos estudian el mismo libro y hacen los mismos trabajos en casa, y el viernes se les somete a todos al mismo examen. ¿Está usted de acuerdo, hasta aquí?

—Sí, sí, continúe.

—Los alumnos que responden al examen de manera más satisfactoria, reciben una buena nota; los que simplemente «aprueban» reciben una nota inferior; y los demás suspenden. No hay nada previsto para esas diferencias individuales, que son parte integrante de la realidad. ¿Por qué se supone que todos los muchachos asimilarán la misma información con igual rapidez? ¿Por qué se castiga con una nota baja al estudiante que sólo ha contestado bien la mitad de las preguntas porque quizá necesita dos semanas para aprender el tema? ¿Por qué se pide a todos los estudiantes que aprendan exactamente al mismo ritmo? ¿Qué ocurre con los alumnos a quienes basta sólo un día para dominar la historia de Egipto, pero que necesitan una quincena para aprender a dividir con decimales? ¿Por qué se les obliga a sentarse en silencio escuchando unas cosas que ya dominan? Voy a decírselo, si le interesa.

—Sí, hágalo —rogué.

—Pues eso ocurre porque los tratan a todos igual. Enseñan a todos de la misma manera, en el mismo tiempo, y llaman más rápidos y más listos a los que pueden

aprender exactamente de ese modo. En mi realidad, el ser capaz de asimilar algo más aprisa que otra persona sólo significa una cosa: rapidez. La lógica educativa de ustedes conduce a que haya siempre estudiantes medios y estudiantes inferiores a la media. Ustedes se empeñan en que todo el mundo se adapte a unas mismas normas. Enseñan a todos sus jóvenes a pensar y actuar de la misma manera. Pero, ¿qué puede ofrecer un joven al mundo si es exactamente igual a todos los demás? Ustedes aseguran esa igualdad con la absurda lucha por las notas, esas medallas al mérito estudiantil que conceden en listas y boletines. Ésa es la verdadera obsesión de los educadores de la Tierra: no el conocimiento ni el auto descubrimiento, sino la búsqueda de esas recompensas externas llamadas notas. Además, esas notas a las que han dado tantísima importancia, no tienen absolutamente nada que ver con la verdadera educación de una persona —declaró Eykis enfáticamente.

—Pero, ¿qué tiene de malo recompensar con notas a los buenos alumnos?

—Las notas y el conocimiento son dos cosas que se excluyen mutuamente. En realidad, las notas sirven para reducir la motivación para el conocimiento —replicó ella.

—¿Por qué? —pregunté.

—Una nota es una cosa externa. Significa que una persona ha participado en el juego de la educación. El conocimiento es una cosa interna, que se refleja, en primer lugar, en lo que siente la persona respecto a lo que ha aprendido; en segundo lugar, en cómo le ayuda el conocimiento a perseguir sus ideales; y, en tercer lugar, en lo que la persona como tal puede hacer con lo que ha aprendido. El conocimiento fomenta la confianza en uno mismo, y las notas dan lugar al autoengaño. Una nota en un boletín no tiene nada que ver con la realidad. Es un símbolo de adaptación. E incluso aquí, en la Tierra, donde la gente suele percibir tan mal su realidad, las notas guardan muy poca relación con lo real. A nadie le interesa un boletín de notas cuando su titular lleva dos años fuera de la universidad, y ciertamente nadie juzgaría la capacidad de una persona adulta sobre la base de sus calificaciones académicas. Una persona que haya recibido las mejores notas hace sólo un año podría suspender hoy hasta el último de aquellos exámenes. En la Tierra lo que le vale a una persona respeto y progreso personal es su rendimiento presente.

»Con frecuencia los que saben jugar bien el juego académico están en realidad mal preparados para enfrentarse al mundo. Y, por otra parte, muchos jóvenes que en la escuela se niegan a perseguir neuróticamente las buenas notas, resultan estar más orientados hacia la realidad y, por ello, tienen mucho más éxito en casi todo lo que

hacen. En pocas palabras: el mundo educativo de la Tierra parece estar situado en un ámbito "irreal".

—Pero usted ha dicho antes que las notas reducen la motivación de los individuos. ¿Piensa usted verdaderamente que nuestro sistema educativo reduce la motivación humana en la Tierra?

—Exactamente —respondió—. Cuando colocan ustedes a una persona en un sistema educativo en el cual la recompensa —la nota— no guarda relación con la actividad misma del aprender, la motivación disminuye. Por ejemplo, si le dan una buena calificación a una persona que lee cinco libros o consigue cincuenta flexiones gimnásticas, una nota inferior a quien lee cuatro libros y hace cuarenta flexiones, y así sucesivamente, ¿quién cree usted que querrá leer cien libros o hacer mil flexiones? Pues... casi nadie. Su sistema pedagógico pide a los estudiantes esforzarse en obtener una recompensa, y trabajar sólo cuando hay una recompensa. Como la recompensa de una buena nota no tiene nada que ver en realidad con el leer o el hacer flexiones, la motivación cesa cuando se ha conseguido la recompensa.

—¿Y cómo podría cambiarse eso? —quise saber.

—En primer lugar, las recompensas por el estudio deben ir aparejadas a la actividad concreta del estudio. La recompensa de la lectura, por ejemplo, no se encuentra en un boletín de notas, sino en el interior de la persona. Esa recompensa consiste en la satisfacción de comprender la vida a través de los escritores, en la emoción de perderse en una novela o de descubrir y aplicar una idea nueva, en la libertad que da el poder experimentar lo que han pensado otros, en el gozo y la satisfacción interior que implica leer para el desarrollo personal. Ésas son las recompensas de la lectura. De manera similar, la sensación personal de triunfo que se siente al estar en perfecto estado físico, la magnífica sensación que procede del estar en forma, la facultad de subir escaleras sin pararse a tomar aliento, de correr sin agotarse, de digerir y dormir sin dificultad, de enorgullecerse de una salud perfecta, son las recompensas del adiestramiento gimnástico. Cuando ustedes empiecen a emparejar sus recompensas con la misma actividad educativa, entonces y sólo entonces, aumentará la motivación y disminuirá la apatía de los estudiantes —concluyó Eykis enfáticamente.

—¿Y los profesores? ¿Cuál es su función?

—En lo referente a la función del profesor, también están ustedes confundidos. En la Tierra nadie puede enseñar nada a nadie. Es el que aprende quien decide llegar a saber determinadas cosas, y cualquier profesor con experiencia le dirá que, frente a un

estudiante que ha decidido no llegar a saber una cosa, como por ejemplo el álgebra, ningún esfuerzo por «enseñarle» el álgebra servirá de nada. Ésa es la realidad en la Tierra. Y, a la inversa, cuando un estudiante decide aprender el álgebra, la aprenderá, por más que el profesor se oponga. Yo creo que todos los terrícolas tienen la capacidad potencial de aprender algo, ya sea con ayuda de los profesores o sin ella. Los profesores verdaderamente grandes comprenden eso, y se entregan a su función de proporcionar a los individuos un ambiente adecuado para que tomen sus decisiones en cuanto al estudio. Y recalcan la importancia del estudio por la maestría, por encima de la lucha por las notas.

—¿Qué entiende usted por maestría?

—El estudio por la maestría significa que el objetivo de la educación es el de dominar el programa de estudios. El tiempo que tarde el estudiante en conseguir esto, no tiene importancia. Significa que cada individuo se somete a exámenes cuando *él* está preparado para ver lo que ha aprendido, y no en una fecha establecida para toda una clase. Significa que no hay castigos por ser más lento en el dominio de una materia. Significa que, cuando se adquiere un conocimiento, se adquiere con él una satisfacción interior, además de la buena nota, si uno la necesita para que conste en algún documento. Los resultados son la satisfacción personal y el orgullo interior, y uno recibe un título de maestría cuando demuestra su dominio de las materias en cuestión. En un sistema educativo encaminado a la maestría, los estudiantes desean ayudarse unos a otros, en lugar de competir por los pocos trofeos que los educadores ponen a su alcance en forma de calificación, sociedades honoríficas y cosas semejantes. Cada estudiante tiene libertad para desarrollarse en terrenos de interés personal, y para explorar temas difíciles, sin miedo al fracaso. El estilo del estudio es la colaboración y no la competición, y es imposible que los jóvenes copien.

—¿Es imposible que copien? —repetí.

—Sí. ¿Cómo podría copiar nadie si el objetivo de la educación es ayudar a cada individuo a alcanzar sus propios niveles de excelencia? Dígame, ¿cómo se puede copiar cuando las recompensas que se ofrecen son interiores y no exteriores?

—La verdad es que nunca había pensado en eso —dije.

—Imagine a una persona que se somete a un examen para ver hasta qué punto está preparada para pasar al siguiente nivel de aprendizaje. Ese estudiante va a medir sus progresos en una materia determinada. ¿Cómo podría nadie hacer trampa? He tenido ocasión de ver un experimento realizado en la Tierra, en el que ustedes sometían a unos polluelos a una prueba destinada a mostrar cuáles eran «tontos» y cuáles

«listos». Se les colocó un trecho de alambre de espino delante de la comida, y los polluelos que ustedes consideraron tontos se quedaron donde estaban y acabaron por morir de hambre. Los que ustedes calificaron de listos sortearon la barrera y alcanzaron la comida. Cuando unos polluelos rodean una barrera para conseguir sus recompensas externas, ustedes les consideran listos, pero, cuando los estudiantes hacen lo mismo, ustedes dicen que es hacer trampa.

—Pero, ¿cómo podemos permitir, sin castigarles, que los estudiantes copien en los exámenes? ¿Acaso no han de aprender a valerse por sí propios, como usted misma ha dicho antes? —le pregunté.

—Se puede estimular a los jóvenes para que se ayuden unos a otros a lograr sus niveles máximos de conocimiento personal. En un mundo de individuos, el comparar a los muchachos unos con otros es una actividad carente de sentido. Si sus jóvenes estuviesen en un sistema educativo que valorase el conocimiento, pronto aprenderían a colaborar, en lugar de competir. Pero todo el mundo de ustedes se compone de personas que compiten unas con otras. Mientras la competición noble en un terreno de juego es sana y divertida, en la vida real es causa de antagonismos, odios, nacionalismos y teorías de superioridad racial. Las escuelas son el único lugar en que ustedes pueden empezar a fomentar un sentido de la colaboración. ¿Qué ganaría un muchacho copiando en un examen en un sistema de maestría? ¡Absolutamente nada! El propósito de ese examen no es el de recompensar o castigar, sino el de ayudar a los jóvenes a medir su progreso personal. No deberían existir los embrutecedores exámenes colectivos ni las comparaciones de resultados. Todo eso debería ser sustituido por un sano ambiente de cooperación y ayuda. Y si esa misma cualidad fuese transferida a sus gobiernos, acabarían ustedes con la mayoría de las pequeñas disputas y juegos de poder que dan lugar a guerras y a amargos odios. Los profesores pueden hacer mucho para que la educación llegue a basarse un día en el conocimiento y no en la mentalidad competitiva y adquisitiva que hoy existe en esta sociedad en que están inmersos.

—¿Cómo? —le pregunté, deseoso de conocer los detalles.

—Pueden eliminar de la educación la idea de las recompensas externas, de la orientación hacia el dinero. Los estudiantes que se enfrentan a un profesor rígido y despótico sólo trabajarán cuando esté presente esa figura autoritaria. De manera similar a lo que ocurre en los negocios, cuando el profesor autoritario sale del aula, los estudiantes abandonan su comedia. Si esos profesores dominantes que tanto se enorgullecen de sus clases bien disciplinadas pudiesen verlas sólo por un momento en

su ausencia, comprobarían pronto los resultados de su severidad. Y una vez terminada la educación formal, los profesores subsisten perpetuamente, fuera del aula. Muchos estudiantes que se han visto sometidos a esos profesores durante largos períodos no hacen nada bueno durante el resto de su vida. Llegan a despreciar todas las actividades de estudio porque las asocian con el pensamiento rígido y autoritario. En cambio, los profesores de un sistema realista de educación para la maestría, educan a los jóvenes a fin de que éstos lleguen a ser sus propios profesores. La presencia de una figura autoritaria en el aula no tiene nada que ver con la búsqueda individual del conocimiento y la maestría. He observado aquí, en la Tierra, que en las universidades e institutos de formación superior los estudiantes llegan a comprar notas con dinero. Los que persisten en eso y compran más notas reciben las mayores recompensas educativas externas. El mundo de ustedes está lleno de licenciados en filosofía y de titulados en muchas otras materias que han comprado buena parte de sus calificaciones, y que son incapaces de redactar una idea con claridad, y mucho menos de conseguir un trabajo. Y los únicos trabajos a los que aspiran son aquellos que les proporcionan crédito institucional para ayudar a otros estudiantes a comprar más notas.

—¿Tiene usted, para terminar, alguna idea sobre cómo podemos hacer más eficaces nuestros sistemas educativos? —le pregunté, dándole a entender que nos acercábamos al final de aquel tema.

—Es cuestión, simplemente, de que se basen ustedes en la realidad. El conocimiento es algo interno, y las adquisiciones son externas. Usted dice que les interesa el conocimiento y la persona interna, pero lo cierto es que canalizan toda la energía de los jóvenes hacia cosas externas, tales como calificaciones, exámenes, diplomas y títulos. La educación para el conocimiento, que su realidad terrestre permitiría tan bien, no existe, porque sus educadores piensan equivocadamente en los *finés* por oposición a los *medios*. Ese pensar en los medios es lo que correspondería a su mundo de individuos únicos, todos los cuales merecen una educación especializada. Sus hijos podrían salir de sus experiencias educativas ilusionados por la perspectiva de adquirir conocimientos por la alegría que ello entraña, unida a las innumerables oportunidades que se abren ante una persona culta. Pero con harta frecuencia los jóvenes salen del laberinto de la educación convertidos en otros tantos miembros del rebaño, pensando y balando exactamente como los demás.

Yo no me cansaba de hablar con Eykis. Deliberadamente, mi amiga había reducido al mínimo las referencias a Urano durante nuestras tres conversaciones, porque los

regalos que nos entregaba no consistían en una comparación entre nuestros dos mundos, sino en un legado para todos los terrícolas de alguien que nos veía con una óptica especial. Eykis me había explicado cómo era Urano. Se sorprendió ante el pensamiento «irreal» o, como ella lo denominaba «equivocado», que había descubierto en sus observaciones entre nosotros. Después, como buena realista, había asimilado lo visto y nos había aceptado tal como éramos. Pero ella sabía discernir, detrás del «cómo éramos», el «cómo podríamos llegar a ser», como me había dicho varias veces, «Nosotros, los de Urano, estamos atrapados por nuestra realidad; pero aquí, en la Tierra, vuestras posibilidades de esplendor como planeta de pensadores libres es casi inimaginable». En ese contexto nos ofrecía sus regalos. No quería dejarnos un documento altisonante; nos daba unas instrucciones maravillosamente sensatas y sinceras.

Me dispuse a encarnar otro personaje, para que Eykis dialogase conmigo en su incomparable estilo.

—Represento a la práctica de la medicina —declaré—. ¿Qué ha observado usted sobre mi profesión en su visita aquí?

—Estoy muy sorprendida ante el concepto de salud que impera en su planeta. Tanto entre el público en general como entre la clase médica, parece existir una mentalidad de enfermedad y no de salud —respondió.

—¿Qué entiende usted por mentalidad de enfermedad? —le pregunté.

—Yo estoy acostumbrada a un enfoque de la medicina muy diferente. En Urano el paciente paga a su médico una prima mensual para que le mantenga sano. Si cae enfermo, deja de pagar hasta que el médico le cura. En la Tierra la gente cuenta de antemano con enfermar. Se programan a sí misma para esperar el empeoramiento. Quienes piensan así, llegan a creer que no pueden recobrar la salud sin tratamiento facultativo y sin medicamentos. Eso es otra forma de pensamiento erróneo, y se manifiesta especialmente en la forma en que consideran ustedes su organismo y en sus expectativas sobre su salud futura.

»Su salud está directamente relacionada con el uso que hacen de su mente. Aquellos de ustedes que piensan positivamente en sí mismos tienen expectativas optimistas durante toda la vida. Eso incluye sus expectativas de salud. Pero he observado que mucha gente dice cosas como: "Noto que me estoy resfriando. Mañana, seguramente, me pondré peor y tendré tos. Tendré fiebre y habré de estar unos días de baja". Y, naturalmente, lo que esas personas aseguran de antemano, se

cumple. He advertido que, cuando la gente espera empeorar, casi nunca se decepciona a sí misma.

—¿Usted cree, pues, que, si se enseñase a la gente a pensar de otra manera, es decir, *correctamente*, como usted lo define, no se verían afectados por resfriados y otras dolencias menores? —le pregunté.

—Exactamente. También he visto en la Tierra manifestaciones de pensamiento positivo. Esas personas que no se centran en sus dolencias, que esperan de verdad que un pequeño resfriado o síntoma gripal se alivie en lugar de empeorar, que no se quejan a los demás, son mucho menos vulnerables a esas enfermedades. Ustedes los terrícolas, son afortunados. La salud es, en la mayoría de los casos, cuestión de elección. Pueden elegir estar sanos, aunque pocos lo hacen.

—Pero, ¿qué quiere decir con eso de la *elección*? —le pregunté—. No pensará usted que las personas eligen todas sus enfermedades...

—Sí que lo pienso. Con la única excepción de las afecciones hereditarias. E incluso el grado en que esas «afecciones no elegidas» entorpecen la vida de una persona está en relación directa con sus actitudes y preferencias. Mire, permítame que invierta un momento los papeles y le haga una pregunta, doctor. ¿Cambiaría usted su buena salud por algo?

—No. Sin buena salud, uno acaba por morir.

—¿O sea que la salud es el aspecto más importante de su vida personal? —preguntó Eykis.

—Desde luego. La salud es de importancia capital para el individuo. Creo que todos los presentes estarán de acuerdo en eso, ya que, en último término, la ausencia de salud representa el final de la vida.

—Así pues, ¿quiere usted explicarme por qué tan pocos de entre ustedes piensan y actúan en función de la salud, si ésta ocupa el primer lugar en su lista de prioridades personales? El pensamiento insano que he observado en la Tierra constituye para mí un misterio.

—No acabo de entender lo que quiere decir con «pensamiento insano» —objeté.

—Me refiero a sus actitudes ante la enfermedad y la salud —explicó Eykis—. Ustedes consumen cosas que cualquiera puede ver que son tóxicas, y lo hacen en grandes cantidades. Tabaco, alcohol, comidas grasas, conservantes, fármacos... Tratan sus cuerpos como si ignorasen que esas actitudes autodestructivas, que a su vez llevan a conductas autodestructivas, son perjudiciales. Sin embargo, saben que lo

son. Ustedes imprimen advertencias en los paquetes, pero siguen consumiendo esos venenos. Todo eso constituye una elección.

—¿Cree usted que ésta es otra manifestación de nuestro pensamiento erróneo? —le pregunté.

—Claro que lo es. Ustedes se han habituado a pensar en la enfermedad, y también se han habituado a practicar ese pensamiento en su manera de vivir. Pero la cosa va mucho más lejos que los malos hábitos corporales y la mentalidad de enfermedad. Tiene que ver con el enfoque que ustedes dan al pensamiento-salud frente al pensamiento-enfermedad. Entre ustedes, la profesión médica está orientada hacia la enfermedad y no hacia el bienestar. Sus doctores atienden a los pacientes cuando éstos no se encuentran bien, o cuando está muy claro que algo va mal. La función del médico es arreglar lo que va mal o, más exactamente, lo que se ha permitido que vaya mal. Los terrícolas acuden a los médicos para que les curen y les devuelvan a la normalidad. Nadie parece pensar en vivir mejor de lo normal, sobre todo los médicos y los profesionales de la sanidad.

—Nosotros, los médicos, hemos de actuar así. Hemos de ocuparnos de quienes lo necesitan con urgencia —expliqué, aún en mi papel de destacado facultativo.

—¿Por qué la profesión médica no ayuda a la gente a superar su pensamiento-enfermedad, y no utiliza a los doctores principalmente como personas que ayudan a los demás a estar tan sanos como sea posible, y sólo en segundo lugar como sanadores de enfermos? —preguntó Eykis.

—Ya intentamos enseñar medicina preventiva e inculcar el pensamiento-salud, como usted lo llama. Lo que ocurre es, sencillamente, que tenemos demasiado trabajo, que hemos de atender a tantos enfermos, que esa ocupación nos impide cambiar hacia lo que usted propone —expliqué.

—Eso también es pensar equivocadamente. La clase médica alienta asimismo el pensamiento-enfermedad, y lo refuerza en los demás casi en todas sus prácticas. Son los médicos quienes recetan esas inmensas cantidades de tranquilizantes para inexistentes ataques de ansiedad. Ellos son quienes realizan las innecesarias operaciones quirúrgicas que se han convertido en habituales entre ustedes. Los médicos se apresuran a extender recetas para cualquier dolencia, sobre todo porque son víctimas también del pensamiento equivocado.

—¿De qué manera somos víctimas de ese pensamiento? —pregunté un tanto irritado.

—Se imaginan que son ustedes los que curan, que las medicinas que administran

realizan la curación en el organismo del enfermo. Y eso es falso —declaró ella con firmeza.

—Pero, ¿cómo puede usted decir semejante cosa? Piense en lo que ha hecho la medicina en nuestro planeta. Se ha incrementado la esperanza de vida, se han eliminado algunas enfermedades virulentas, y la medicina mejora a diario la vida humana —le recordé.

—Es cierto que han sido eliminadas muchas enfermedades y que la esperanza de vida ha mejorado, pero debemos atribuir el mérito a quien realmente lo tiene. ¡El héroe es el organismo humano, y no ustedes! Sus cuerpos son creaciones perfectas. Ningún médico puede arreglar un cuerpo que funcione mal. Sólo un cuerpo que funcione correctamente puede arreglarse a sí mismo. Ningún médico puede eliminar la poliomielitis; sólo el organismo humano puede hacerlo creando defensas. El que ustedes administren una vacuna y escriban la receta no significa que sean los que curan. Así como los educadores deben educar a sus alumnos para que sean sus propios maestros, y así como los padres deben ayudar a sus hijos a convertirse en padres para sí mismos, también los médicos deben enseñar a sus pacientes a convertirse en médicos de sí mismos. Habría que enseñar a cada persona a utilizar las facultades curativas inherentes a su cuerpo. Pero la mayoría de los médicos no lo hacen, porque no creen en las potencias del cuerpo. Prefieren creer que son ellos los que curan. Y así perpetúan el pensamiento incorrecto que da lugar a tanta enfermedad innecesaria en su mundo.

—Parece que tiene usted en muy poca estima nuestra profesión médica —comenté.

—Todo lo contrario —replicó Eykis vivamente.

La profesión médica es quizá la más avanzada de todas sus instituciones. Los métodos para eliminar la incompetencia son soberbios. Los médicos, como personas, obedecen a motivos muy nobles y son competentes en extremo. Lo que necesita corrección son las ideas equivocadas sobre lo que son los servicios sanitarios y en cuanto a quien realiza la curación.

—Y, ¿cómo sugiere usted corregir esto? —pregunté.

—En primer lugar, yo animaría a la profesión médica a considerar las ventajas del pensamiento-salud. Pienso en gente que acudiera a sus médicos no porque estuviese enferma, sino porque deseara llegar a estar aún más sana. Los médicos podrían servir fundamentalmente para ayudar a la gente a adquirir actitudes mentales que redujeran las enfermedades psicosomáticas. Podrían vigilar la nutrición de sus pacientes, el ejercicio que hacen, el funcionamiento de su corazón, su capacidad pulmonar, su

recuento sanguíneo y su resistencia. La gente empezaría a ver en los médicos no rectificadores para conseguir la normalidad, sino personas que les ayudan a superar la salud normal para alcanzar una salud extraordinaria. La gente se orientaría hacia la salud y el bienestar, en lugar de pensar siempre en la enfermedad. Los médicos facilitarían esa actitud desde el nacimiento de cada paciente, en lugar de combatirla. Y dejarían de actuar como si cualquiera que recomienda algo que no sea medicamentos o cirugía fuese un charlatán. Los médicos parecen temer las innovaciones, a pesar de su interés por la investigación, sobre todo en lo referente a la salud humana. En las culturas occidentales, suelen ser ellos los primeros en rechazar cualquier enfoque no médico o no medicamentoso de la salud humana. Prácticas tales como la meditación, la realimentación biológica (*biofeedback*), la hipnosis, el yoga, la terapia alimentaria, la acupuntura, o cualquier otra cosa de la que ellos sepan poco, son inmediatamente denunciadas como fraudulentas por la profesión médica, y a menudo transcurren muchos años antes de que algunos especialistas las acepten a regañadientes. Ustedes protegen exageradamente su visión unidimensional de la salud, y son demasiado reacios a admitir la posible existencia de otros enfoques susceptibles de combinarse con la medicina tradicional para crear todo un plantel de médicos orientados hacia la salud.

—¿Y qué más? —pregunté para animarla a continuar.

—También deberían replantearse su tendencia a depender de los medicamentos como factores de curación. Deberían pensar en el gran potencial reparador de la mente humana. Yo educaría a la gente para que dejase de buscar curas milagrosas fuera de sí misma y empezase a mirar hacia dentro, a examinar la ilimitada capacidad de su mente y su cuerpo para la convalecencia y la curación. Buena parte de las enfermedades que sufren ustedes, los terrícolas, radican en la mente. Eso se debe a que durante toda su vida han aceptado la idea de que padecer alguna enfermedad es una cosa normal, y de que, cuando la enfermedad se presenta, debe ser tratada con elixires externos y no internos. Es más, deberían reconsiderar los principios mismos de su profesión, como por ejemplo el uso rutinario de la cirugía para extirpar del cuerpo órganos sanos, y la inmovilización para casi todas las enfermedades, cuando, posiblemente, un ejercicio enérgico que favoreciese la circulación sería más curativo. Buena parte de sus ideas teóricas parecen basarse en la idea de que el ser humano es débil y vulnerable, y de que una enfermedad siempre requiere descanso. Sin embargo, se sabe que las personas activas tardan mucho menos tiempo en curarse de sus

afecciones. La actividad es casi siempre censurada, sobre todo porque muchos doctores son gente más sedentaria de lo que yo hubiese imaginado.

»He reparado en médicos que fumaban y bebían, y que pesaban más de la cuenta, o adictos a algún medicamento, mientras daban consejos a sus pacientes. Debo confesar que eso escapa a mi mente lógica. Yo veo en la tendencia exagerada al uso de medicamentos una negligencia profesional. Medicamentos para las jaquecas, para los dolores de vientre, para la tensión nerviosa e incluso para la ansiedad. Ese recurso excesivo a los fármacos procede de su concepto de que la enfermedad es algo exterior a la persona. Ustedes creen que la enfermedad la provoca un bacilo transeúnte, el frío del invierno, el virus de la gripe, la vejez, una corriente de aire... Y, en consecuencia, buscan también en el exterior algo que les cure. Esa actitud explica su afición a las medicinas y su obsesión con las píldoras como panacea universal. Pero el proceso de curación, como todo lo demás, se encuentra en el interior de los pacientes a los que tratan. Las actitudes positivas hacia la salud como medio de eliminar la enfermedad, y ante la mente como factor de curación, son tratadas a menudo de herejías por la profesión médica, que no alcanza a ver la verdad porque está cegada por su propia educación rígida.

—¿Y en qué consiste esa verdad?

—Esa verdad consiste en que ningún médico de su planeta ha curado nunca a nadie. La curación la realizan la mente y el cuerpo del enfermo, y los tratamientos del médico no hacen más que facilitar ese proceso. Hasta que los médicos se eduquen a sí mismos y eduquen a sus pacientes sobre la gran capacidad curativa de su organismo perfecto, seguirán ustedes en un mundo que cada día se vuelve más dependiente de los medicamentos, sin necesidad —afirmó Eykis.

—¿De veras puede la gente alterar por el pensamiento su propensión a enfermedades graves? —indagué.

—Desde luego. La gente es el capitán del barco que llamamos cuerpo. Todo cuanto sucede en el cuerpo es arbitrado por ese capitán, que puede curarlo de una enfermedad utilizando sólo una pequeña parte de su potencial. Todos los médicos de su planeta conocen qué es la *voluntad de vivir*. Aunque no pueden palparla, saben que los pacientes dueños de una firme voluntad de vivir tienen muchas más probabilidades de sobrevivir a cualquier enfermedad grave u operación quirúrgica seria. Esa *voluntad* debería ser cultivada en todos, y ello redundaría en una sana actitud ante la vida.

»Son pocos los médicos que ignoran la capacidad destructiva de la mente. Saben

que una mente en estado de tensión puede dar lugar a una úlcera o a la hipertensión sanguínea. Sin embargo, y extrañamente, les cuesta creer que esa misma mente sea capaz de curar la úlcera, o de moderar la tensión arterial. En lugar de eso, recurren a los medicamentos. Saben que la mente puede alterar la química del cuerpo y provocar enfermedades, y sin embargo desdeñan a aquellos que educan a la misma mente para que invierta ese proceso. La profesión médica se empeña en recurrir a los fármacos y los tratamientos como medio de recuperar la salud, sobre todo porque los médicos piensan erróneamente. Cuando despierten ustedes a ver el ilimitado potencial del cuerpo humano para curarse a sí mismo, habrán dado un gran paso adelante. Entonces podrán recetar sus medicinas como apoyo al proceso curativo y situar el protagonismo de la curación allí donde debe estar: en el interior del paciente. Como siempre, el interior de la persona es ignorado por los profesionales de todas las especialidades, y la clase médica no es ninguna excepción. Ustedes tienen una ventaja sobre nosotros, los uranitas, pues su *interior* es regido por el libre albedrío, pero casi nunca se aprovechan de ello.

Eykis habría podido seguir hablándome de nuestras prácticas médicas, pero nos quedaba mucho que discutir y el día iba pasando con demasiada rapidez.

—Me gustaría mucho conocer su opinión acerca de nuestros gobiernos y de cómo sirven a la especie humana —dije, pasando a mi quinto y último papel de aquella mañana.

—Sus gobiernos no sirven a la gente. No es ésa su finalidad —respondió mi amiga sin rodeos.

—¿Cuál es, pues, su finalidad, según usted, Eykis?

—Han sido creados para servir a los fines de quienes trabajan en ellos, aunque todos los gobiernos afirmen haber sido creados para servir a la voluntad del pueblo.

—¿Cree usted que todos los gobiernos hacen caso omiso de la voluntad popular? —le pregunté.

—Sí, aunque algunos lo hacen en mucho mayor grado que otros. Los gobiernos de la Tierra se interesan básicamente por el poder. Cuando alguna persona ajena a esos gobiernos pretende tomar las riendas del poder, asegura que la voluntad del pueblo es la subversión. Y después, cuando ha conseguido llegar al gobierno, empieza a seguir la actuación de los gobernantes anteriores. En la Tierra es el poder en sí mismo el que parece corromper a las personas, y quienes están en el poder muestran mucho mayor interés en ampliar sus esferas de influencia que en atender a las necesidades y deseos del pueblo.

—En mi calidad de representante de los gobiernos quisiera que me explicase cómo ocurre eso —le pedí con cierta severidad, como correspondía a una relevante personalidad gubernamental.

—Sí, con mucho gusto —respondió ella—. Si se hiciera una encuesta entre todos los pueblos de la Tierra, se vería que, a excepción de un pequeño grupo de generales y de un puñado de soldados, todos los habitantes de su planeta desean la paz, y no la guerra. Y a pesar de eso, ustedes están constantemente en guerra unos con otros. Es más, todo su planeta se encuentra en gran peligro, al borde mismo de la destrucción total, debido a la acumulación inútil de armas nucleares. La gente desea vivir en armonía. De eso estoy segura, porque he investigado esa cuestión durante mi viaje. No obstante, sus gobiernos siguen actuando en forma que contradice los deseos de los pueblos. Todas sus guerras han sido provocadas por gobernantes que deciden enviar a la muerte a hombres jóvenes. Estos jóvenes obedecen unas órdenes, tales como la de matar a otros seres humanos, que están en profundo conflicto con sus sentimientos. Y sin embargo las obedecen. Todos ustedes quieren la paz, pero sus gobiernos mantienen a la totalidad del planeta en guerra o al borde de ella.

—Pero la guerra y la preparación para la guerra son medidas necesarias que los países deben seguir para evitar ser conquistados por sus enemigos. Y nos agrade o no, ésa es nuestra realidad —declaré.

—Si ustedes dedicasen la misma energía y el mismo dinero a la paz, y a ayudar a la gente a usar su individualidad, eliminarían las guerras. Ustedes no ven que el matarse unos a otros es la mayor degradación a que pueden llegar los seres humanos. Pero los gobernantes hacen todo lo posible por mantener la sociedad en un nivel en el cual siempre se echa la culpa al *enemigo*, debido a un bajísimo nivel de pensamiento, que en realidad es el de los gobernantes.

—Pero el fomentar la individualidad no serviría para otra cosa que para crear anarquía y para aumentar el riesgo de guerra... —argüí.

—Deben empezar a utilizar el gran poder de que disponen, para educar a los individuos en el pensamiento ético. En un mundo de personas que piensen éticamente, no aparecerían guerreros. Los seres de mentalidad ética, se negarían a inventar algo tan horrible como el napalm. Ningún agente sería capaz de venderlo, y no lo fabricaría el personal de ninguna fábrica. Ningún conductor se prestaría a transportarlo, y ningún general soñaría siquiera en ordenar que se utilizase contra otros seres humanos. Y ningún soldado abrasaría jamás con él el cuerpo de otros hombres. La cadena de seres humanos que crea algo tan tremendamente estúpido y

maligno como la guerra se rompe cuando existen individuos que piensan éticamente y no como rebaño. Un solo individuo que decide escuchar la voz de su corazón, puede romper una cadena que depende de la obediencia ciega para seguir existiendo. Una vez empiecen ustedes a usar sus gobiernos a esos fines, eliminarán para siempre el horror de la guerra. Y sin duda alguna, los gobiernos del mundo tienen el poder necesario para conseguir eso.

—Pero una excesiva cantidad de personas éticas, de voluntad libre, ¿no comprometería nuestra supervivencia?

—Su supervivencia depende exclusivamente de los individuos que piensan por sí mismos. Fíjese en los gobiernos más represivos de su planeta. Los regímenes totalitarios y dictatoriales se imponen mejor allí donde la gente piensa como rebaño, y no como individuos. Esa gente es educada en el conformismo y el nacionalismo, en el orgullo racial y las rivalidades históricas. Todos los ciudadanos piensan uniformemente. Obedecen porque se les dice que deben hacerlo. Y, a la inversa, las sociedades más libres de su planeta se han creado sobre la base del individualismo. Fueron fundadas por personas que huían de los gobiernos represivos, del fascismo religioso y del derecho divino de los reyes. En ningún momento de la historia humana ha podido el autoritarismo implantarse allí donde los individuos eran incitados a pensar por sí mismos y a cuestionar la autoridad absoluta. Las grandes sociedades se componen de grandes individuos opuestos a que se les dicte lo que deben pensar y cómo han de actuar personalmente. El totalitarismo y las dictaduras se imponen sólo cuando grandes cantidades de personas renuncian a su individualidad en provecho del Estado. La prueba del gran potencial de individualismo que tienen ustedes, los terrícolas, puede verse en aquellos que arriesgan la vida por levantar la voz en los países dictatoriales. La libertad de conciencia es una llama difícil de apagar.

—Pero usted ha dicho antes que *ninguno* de nuestros gobiernos sirve a la voluntad popular —le recordé.

—Cierto, y lo he dicho porque es así. El grado en que esa voluntad popular es aplastada es mayor en los países donde no se permite a los individuos expresar su pensamiento cuando éste difiere de las opiniones oficiales, pero la voluntad del pueblo casi nunca constituye la consideración principal de ningún gobierno. Los individuos que forman un gobierno se preocupan más de sí mismos que de aquellos a quienes han jurado servir. Por ejemplo, el gobierno de su país promulga leyes que imponen el retiro obligatorio a ciertas edades en varias ocupaciones, y después exime a los miembros del gobierno del *beneficio* de esas leyes. Deciden permitirse a sí

mismos un trato especial a la hora de declarar sus gastos, y niegan ese privilegio al resto del país. Fijan unos impuestos para la seguridad social que son casi confiscatorios, y se eximen a sí mismos de pagarlos. Promulgan leyes sobre los derechos civiles y se dispensan a sí mismos de cumplirlas. Le dicen a la gente que se sacrifique, y esa misma gente ha de costear los chóferes y los lujosos automóviles de los representantes del gobierno que utilizan el dinero del pueblo para pagarse sus prebendas. Se niegan a legislar mejoras sanitarias para el pueblo, y después utilizan el dinero de éste para crear su propio seguro médico, el cual, por cierto, consiste en la asistencia sanitaria más amplia que se puede conseguir en el país, y gratuita. La realidad es que los representantes de los gobiernos de la Tierra, ya sean elegidos o autodesignados, se sirven a sí mismos utilizando los bienes de la comunidad — concluyó Eykis.

—Pero, ¿no es necesaria la existencia de un gobierno, aunque corrompa a sus representantes? —le pregunté.

—No se equivoque en eso. Los gobiernos NO corrompen a sus representantes; son los representantes quienes corrompen a los gobiernos —declaró ella—. Desde luego que el gobierno es necesario, pero hay que mirar con cuidado lo que uno espera de las personas que forman su gobierno. Si uno quiere que los gobernantes piensen y actúen en lugar de uno, los resultados serán los gobiernos irresponsables que ustedes han creado. Ustedes parecen olvidar que el poder sólo está en manos del gobierno porque las colectividades de la Tierra lo permiten. En un mundo en el que tanta gente piensa incorrectamente, orientada hacia lo externo, no es de extrañar que los gobiernos hagan lo mismo. Ustedes quieren que sus gobiernos lo hagan todo en su lugar, y después se quejan porque les quitan la libertad. Pero no se puede tener todo.

—Así, pues, ¿qué podemos hacer para llevar al ánimo de los gobiernos la voluntad del pueblo?

—Asumir sus responsabilidades personales, en lugar de pedir al gobierno que lo haga —declaró Eykis—. La verdadera función del gobierno no es la de fiscalizar a la gente, sino la de ser un medio "para crear una sociedad operante. Pero sus gobiernos parecen muy ocupados arbitrando, inspeccionando, regulando y metiendo la nariz en la vida cotidiana de cada cual. Ustedes fiscalizan literalmente todos los aspectos de la actividad humana. Tienen normas, formularios, burocracia y procedimientos reguladores para todo, desde los transportes hasta la conducta sexual. Crean normas sobre todas las cuestiones que afectan a cada uno de ustedes, y cargan al gobierno la responsabilidad de hacer funcionar sus sociedades. Por ejemplo, sus gobiernos

debaten interminablemente el tema del aborto y promulgan leyes sobre él, sin comprender en absoluto que esas mismas leyes crean situaciones horribles. Una mujer que está decidida a abortar, por la razón que sea, no se dejará disuadir porque el aborto sea ilegal. La legalidad no tiene nada que ver con su decisión. Si ha resuelto hacerlo, abortará; pero, si existe una ley contra ello, la existencia misma de dicha ley aumentará las probabilidades de que esa mujer tenga una asistencia médica deficiente, e incluso de que llegue a morir. Los representantes del gobierno aprueban constantemente leyes que no son éticas, pero estas leyes no son, en absoluto, lo que determina las acciones de la gente.

—Sin embargo, básicamente, la gente respeta las leyes —dije.

—Respetan las leyes cuando éstas tienen sentido. Y cuando no lo tienen, la gente que piensa no les hace caso. Ustedes tienen, por ejemplo, unas leyes contra la marihuana y contra el juego, leyes que, por su misma existencia en los códigos, crean toda una red de contrabandistas, traficantes, delincuencia organizada, etcétera. En realidad, unos doscientos cincuenta millones de terrícolas fuman marihuana regularmente, y casi todos los habitantes del planeta juegan cuando les apetece hacerlo. La existencia de leyes contrarias a estas actividades aumenta la posibilidad de actos ilegales o inmorales, en todas sus sociedades.

—Pero, la legalización del juego y de la marihuana, ¿no significaría aprobar unas actividades que no son consideradas correctas por la mayoría? —le pregunté.

—¿Usted quiere hablar de realidad o de fantasías? —me espetó Eykis—. Cuando protejan a los incautos de charlatanes y aprovechados, las leyes sobre la droga pueden ser útiles. Pero la legislación debería ser sustituida por información sobre los efectos de las drogas. Si la realidad es que una tercera parte de la población practica algo, sin hacer caso de las leyes que existen contra ello, ninguna represión podrá cambiar esa realidad. Si ése es el caso, dejen de pensar equivocadamente. Atiendan a los deseos de la población. Despenalicen la marihuana. Utilícenla como fuente de impuestos. No la dejen llegar a manos de los niños. Y dejen de fingir que promulgando una ley contra algo y demostrar después su incapacidad de imponerla, ya han cumplido con su obligación. Lo cierto es que al actuar así ya perjudican a la gente, por el simple expediente de promulgar esa ley. El hecho de que una actividad esté extendida en su cultura significa que es una actividad aprobada. El hecho de que ustedes promulguen o no leyes contra ella no tiene nada que ver con la realidad. La gente seguirá actuando como crea conveniente, y lo que conseguirán sus gobiernos con el intento infructuoso

de legislar sobre la moral y la vida cotidiana es simplemente fomentar las actividades de personas indeseables.

—¿Cómo podemos llevar al gobierno a personas que atiendan a los deseos del pueblo? —le pregunté.

—Cambiando su manera de pensar, así como la manera en que enseñan a la gente a pensar. Como en todas las demás cosas que me ha preguntado, la solución de ésta se encuentra en su pensamiento. Las personas que forman el gobierno salen de la misma población que piensa *incorrectamente*. En esa población hay muy pocas personas dispuestas a correr riesgos, muy pocas personas honradas, prácticas, orientadas hacia la realidad. Y estas personas suelen ser condenadas al ostracismo y tachadas de extravagantes. Sus gobernantes proceden de esa población, e imponen a los demás el mismo pensamiento equivocado en su tarea de legisladores. Ustedes necesitan en sus gobiernos gente que no tema perder su empleo, gente que no cifre su valor personal en su trabajo, sino en su propio interior. Cuando alguien posee un fuerte sentimiento de la propia valía, no es posible manipularlo por el temor a perder un empleo, pues esa persona sabe que siempre podrá salir adelante haciendo prácticamente cualquier cosa. Ustedes necesitan gente que se considere a sí misma parte del pueblo y que, en consecuencia, no busque promulgar leyes para asegurarse privilegios. Una vez inicien la reforma de su pensamiento, y éste sea ético y orientado hacia la calidad, elegirán a personas éticas para que laboren por ustedes en sus gobiernos.

Estaba claro que Eykis comprendía las consecuencias del exceso de gobierno y de la falta de gobernantes capaces de pensar por su cuenta. No supe si conceptuarla de liberal o de conservadora.

Cuando le pregunté sobre estas etiquetas, ella se echó a reír y comentó:

—Ésos son membretes que necesitan los críticos para clasificar a sus representantes. Yo soy una realista. Ignoro el significado de sus etiquetas. No me gusta el tipo de seguridad social que existe en su país, en virtud de la cual el gobierno actúa como si el dinero que distribuye fuese suyo. En la realidad terrícola no existe lo que se denomina fondos de la seguridad social ni fondos del gobierno. Sólo existen unas personas que trabajan, que entregan dinero al Estado y que de ese modo lo reparten entre las personas que no trabajan. Si una persona no trabaja, siendo capaz de hacerlo, se le debería exigir que devolviese cualquier cantidad de dinero recibida mientras está temporalmente en paro. Con eso, no quiero decir, ni mucho menos, que no deben recibir nada los verdaderamente necesitados, pero los terrícolas no se oponen a que esos necesitados reciban dinero de quienes trabajan. Sólo se oponen al

hecho de que generaciones enteras hayan decidido no trabajar y ser mantenidas. De manera similar, considero que el concepto de desempleo es algo que los gobiernos han creado a fin de tener un índice. ¿Cómo puede existir algo llamado «desempleo» cuando existen empleos que nadie quiere? Un ingeniero sin trabajo que se niega a trabajar como dependiente, siendo capaz de hacerlo, no está desempleado, sino que sencillamente se niega a trabajar. El pensar que se debe algo a toda persona incapaz de asumir un riesgo, o el pensar que hay empleos superiores e inferiores, son ideas erróneas. Sus gobiernos están compuestos por personas que quieren seguir en el poder. Esas personas hacen cuanto está en su mano por mantener las cosas como están, y ustedes seguirán creando gobiernos irresponsables mientras sigan educando a personas que, para demostrar su valía, han de recurrir a su poder sobre los demás y no a su poder sobre sí mismos.

—¿Por qué se presta la gente a soportar ese trato por parte de los legisladores? — pregunté.

—No lo hacen, excepto durante cortos períodos de tiempo. En algunos lugares de su planeta existe gente que carece casi de todo viviendo y trabajando al lado mismo de quienes les maltratan y explotan su fuerza de trabajo con fines egoístas. Pero eso no durará, como ha demostrado muchas veces la historia de la Tierra. En un momento dado la gente acaba por rebelarse y se produce una revolución. En la Tierra va aumentando la desproporción entre los acaudalados y los menesterosos. En su planeta el hambre es una decisión estatal. Es un hecho político y no una necesidad, como quisieran hacer creer a todos los gobernantes de varias zonas del planeta.

»La población terrestre se muere de hambre porque este hecho se acepta como normal, a pesar de que existe abundancia de alimentos y la tecnología necesaria para nutrir a todo el mundo. Los gobiernos lo permiten porque están absorbidos por las necesidades del poder. El hambre no es ni más ni menos que un instrumento que utilizan esos gobiernos para satisfacer esas necesidades. Yo he visto en vuestro planeta toneladas y toneladas de comida pudriéndose en los muelles, mientras a pocos kilómetros la gente moría de inanición. La razón de eso, según he descubierto observando a gobernantes de todo el globo, tiene que ver con requisitos de aceptabilidad, normas de inspección, trámites que impedían la distribución de aquellos alimentos. El hambre es, pues, una decisión estatal. Pero, cuando la desproporción aumente, los que no tienen nada dejarán de aceptarla. Iniciarán revoluciones que obligarán a los gobiernos a hacerse responsables ante todo el mundo. Ahora, los desvalidos aceptan la situación porque carecen de líderes que

dirijan la lucha. Pero, cuando aparezcan esos líderes, verán ustedes espectaculares cambios de poder logrados mediante la fuerza, a menos que empiecen a elegir, pacíficamente pero con decisión, gobernantes que piensen de manera realista y *correcta*.

—Así pues, usted cree que nuestros políticos y legisladores, y nuestros gobiernos, adolecen por igual de ese mismo tipo de «incorrección» en su pensamiento. Que no ven la realidad tal como es —dije, intentando resumir.

—Sí, y además aquí, en la Tierra, parece operar el *factor corruptor del poder*. Sus gobiernos crean ingentes organizaciones militares que no permiten absolutamente ningún tipo de pensamiento individual. De hecho, lo que hacen es castigar este pensamiento como violación de la disciplina. Esas unidades militares, que poseen una tremenda capacidad de destrucción, son montadas y dirigidas por personas amantes de la obediencia, que no admiten las dudas ajenas. Y después se ven ustedes librando guerras contra sus congéneres, guerras que nadie desea. Las funciones no militares de sus gobiernos son desempeñadas con la misma fría lógica. Tienen ustedes individuos que hablan de la necesidad de ahorrar, para después aumentar ciertos presupuestos en cuanto entran en funciones. Esas personas saben lo que debería hacerse, pero su deseo de permanecer indefinidamente en el poder corrompe su pensamiento. El pensamiento ilusorio de los políticos sigue haciendo estragos, y los gobiernos siguen tratando a los individuos como un gran conglomerado de seres sin mente ni voluntad propias. Hasta que sus gobiernos no empiecen a ver en esas masas anónimas un conjunto de individuos que piensan por sí mismos y que se negarán, primero como individuos y después como masa, a seguir sacrificándose para mantener en el poder a quienes lo ocupan cómodamente, estarán condenados al fracaso. Los ciudadanos lo tolerarán, pero sólo hasta cierto momento.

»Primero verán ustedes que sus ciudadanos se rebajan ellos mismos los impuestos negándose rotundamente a pagarlos, eludiendo subrepticamente la ley. Después se hallarán con que la gente hace caso omiso de las normas y prescinde del papeleo gubernamental. Poco más tarde observarán un desprecio hacia todas las leyes, desprecio que en un principio se dirigía sólo a unas pocas. Así es como acabará la cosa. Sólo unos individuos con integridad, que vean el mundo tal como *es* y no tal como a ellos les gustaría que fuese para su beneficio personal, pueden llevar al ánimo de sus gobiernos las necesidades de los individuos a los que han jurado servir. Pero no he visto en su planeta ningún gobierno de esa naturaleza, y he buscado bien.

—¿Existe algún indicador que podamos usar para ver si vamos en la dirección que

usted nos recomienda? —le pregunté a Eykis.

—Cuando en su planeta no haya niños que mueran de hambre, cuando existan suficientes guarderías, cuando haya vacunas para toda la población infantil, vacunas asequibles y gratuitas, cuando sus gobiernos tengan que organizar tómbolas para conseguir dinero para sus acorazados y sus misiles, entonces y sólo entonces estarán ustedes en el camino al que me refiero. Y ahora vayamos a almorzar —concluyó, indicándome que daba por terminada aquella parte de sus regalos.

Algunas reacciones realistas

Aquella iba a ser la última tarde que pasábamos juntos. Eykis se marchaba a la mañana siguiente. Yo sabía que no cambiaría de opinión, pues era una mujer de palabra. Eso estuvo siempre muy claro. Me vi obligado a reservarme mis sentimientos hacia ella y a seguir recogiendo los regalos que nos dejaba. De vuelta al estudio de grabación, comencé una nueva cinta.

—Eykis, me has hablado de religión, del mundo de los negocios, de pedagogía, de medicina y de política. Me has contado lo que has visto y lo que crees que podría hacerse para conseguir un nuevo y beneficioso ajuste con la realidad de esas cinco actividades nuestras. Entre tus observaciones parece destacar un tema principal. Nosotros, los terrícolas, tendemos a pensar incorrectamente, como tú lo expresas, y a centrarnos demasiado en lo exterior, en detrimento de lo interno. ¿He resumido bien? —le pregunté.

—Perfectamente —respondió ella sin vacilar. Luego continuó—: Os habéis convertido en una colectividad obsesionada en pensar los unos por los otros, lo cual es una manera amable de decir manipularse unos a otros. Vuestros gobiernos quieren pensar por sus votantes, quieren regular la vida de éstos, como si ellos no pudiesen tomar decisiones sanas por cuenta propia. Vuestros médicos insisten en que ellos son los únicos expertos, y califican de entrometido e ignorante a quien afirme tener una mentalidad de salud. Vuestros hombres de negocios creen que el dinero trae la felicidad, y consideran la felicidad interior territorio de hippies y de los intelectuales poco realistas. Vuestros educadores insisten en que ellos saben lo que otros necesitan, y buscan las adquisiciones exteriores antes que el conocimiento. Vuestras jerarquías religiosas imponen a los demás la «voluntad de Dios», dando siempre por sentado que Dios es un ser exterior que ha de ser alcanzado, y no el resultado de una

experiencia interior. Tus representantes de esas cinco esferas creen saber lo que conviene a los demás, y gastan sus energías intentando imponer lo que saben a las personas a quienes sirven. Pero vuestra realidad les impide hacer lo que creen hacer. Por eso viven una ilusión, y esa ilusión les exige inventar un pensamiento adaptado a ella.

—Bueno —intervine—, esta tarde, en lugar de representar a más personalidades de nuestro mundo, me gustaría plantearte algunas cosas para que las comentes, sencillamente, y para que después concluyas con las ideas que, según tú, más necesitamos. ¿Te parece bien?

—Seré fiel a mí misma en cualquier contexto que te acomode —respondió lacónicamente.

—Muy bien, pues volvamos a lo que has señalado sobre las ilusiones que se dan en las cinco esferas. ¿En qué consiste exactamente la ilusión?

—La ilusión consiste en pensar que la gente no goza de libre albedrío y que, por tanto, sólo pueden creer lo que se les dice mediante la enseñanza, el proselitismo, el gobierno, la curación o los impulsos que les llegan de otros. Los habitantes de tu planeta son seres capaces de elegir, pero vuestros dirigentes se creen en situación de elegir por la gente, y no es así. En eso estriba la ilusión. El camino del conocimiento es un camino interior, como lo es el que lleva al conocimiento de sí mismo. Los dirigentes sólo pueden proporcionar al terrícola un ambiente sano en que alcanzar sus propias verdades —dijo Eykis.

—Así pues, ¿cuál se exactamente el proceso mental que han inventado esos «dirigentes» para sustentar sus ilusiones? —le pregunté.

—El proceso mental incorrecto o ilusorio se desarrolla de la manera siguiente: «Como yo soy un experto, tengo que saber lo que es mejor para todo el mundo. Por lo tanto, les impondré lo que sé, con lo cual les haré un bien».

—¿Y cómo sería el pensamiento no ilusorio de los expertos de cada una de esas esferas? —le pregunté para hacerla llegar a una conclusión.

—En la Tierra cada persona tiene una mente única. Como cada persona es diferente, es imposible crear leyes, normas o reglamentos de aplicación para todos. El «todos», sencillamente, no existe. Y, en tu planeta, sus mentes capaces de elegir les permiten elegir entre aprender y no aprender, saber o no saber, obedecer o desobedecer, en cualquier momento. En un tema determinado, podéis cambiar vuestras decisiones en cualquier instante y un número ilimitado de veces. Sois personas cambiantes, dotadas de libre albedrío. El pensamiento correcto reconocería

ese hecho y diría: Cada persona debe decidir por sí misma lo que quiere diariamente. Como dirigente, yo os mostraré las varias opciones y las consecuencias probables de dichas opciones. Incluso os daré mi opinión si me la pedís, pero nunca confundiré esa opinión con la opinión *acertada*, la cual no existe. Dado que el camino del conocimiento es un camino interior, no pretenderé que los individuos me paguen un tributo por seguir su propio camino. Se trata de su camino, y yo les ayudaré a recorrerlo como ellos decidan, siempre y cuando no pretendan exigir tributos a otros que desean seguir los suyos. Así sería el pensamiento «correcto» o no ilusorio, y eso es lo que quería decirles a los cinco personajes que has representado esta mañana —concluyó.

Decidí cambiar de plan. Ahora veía claramente que aquella dualidad, pensamiento interior frente a pensamiento exterior, presidía prácticamente todas las actividades de los terrícolas. Si yo me presentaba a Eykis como un general, un abogado, un oficinista o un mecánico, la lógica sería la misma. Su pensamiento estrictamente realista detectaba siempre la ilusión que acababa de describir.

—Quisiera que me hablaras brevemente sobre varios temas que interesan a todos los seres humanos —comencé—. ¿Qué piensas de la paternidad tal como se practica aquí?

—He observado aquí en la Tierra un marcado deseo por parte de los padres de creer que son dueños de sus hijos. El carácter ilusorio de esa idea es evidente. Si todo el mundo posee libre albedrío, nadie puede ser dueño de nadie. Hay que recordar que los niños poseen una mente propia. Sin que se sepa por qué, los padres han llegado a creer que sus hijos les deben algo por el solo hecho de ser hijos suyos. Se ven niños a los que se coacciona para que profesen la misma religión que sus padres, las mismas ideas y prejuicios raciales, los mismos objetivos en la educación, etcétera. Por alguna razón inexplicable, los padres piensan que el formar parte de una familia impide el pensamiento individual, y se sorprenden cuando los jóvenes quieren ser diferentes. A menudo se disgustan cuando sus hijos intentan casarse fuera de su grupo social, sea éste el que fuere. Se empeñan en regular, moldear y condicionar el pensamiento de sus hijos, sin resultado. Saben que es un esfuerzo vano, pero persisten en él, y viven constantemente disgustados y contrariados. A mí me parece que la paternidad debería consistir en enseñar a los jóvenes a ser unos padres para sí mismos. Debería olvidarse todo eso de las obligaciones familiares. La paternidad significa educar a los hijos para que piensen por cuenta propia, dándoles ejemplos que valga la pena emular. Yo pediría a todos los padres que mirasen atrás y recordasen lo mucho que se resistieron,

y lo mucho que se resisten aún ahora, a ser propiedad de sus mayores. También les aconsejaría que centrasen su interés paternal en valores tales como la calidad, la ética, la integridad, el conocimiento y la serenidad, y no en los opuestos, de los que ya he hablado.

—Y, ¿cuál crees que es el papel que corresponde a la disciplina? —aventuré.

—La única disciplina válida es la autodisciplina, la capacidad de disciplinarse a sí mismo para llegar al pleno conocimiento del propio ser y a expresarse plenamente. En los primeros tiempos de su vida, un niño necesita que un modelo claro le proporcione un ambiente en el cual aprender a interiorizar su conducta, lo cual le llevará a una sana independencia. El niño necesita experimentar lo que le será tolerado y lo que no. Toda la disciplina que se aplica a los niños debería tener por fin enseñarles la autodisciplina. Si los niños aprenden sólo porque se les dice que hagan algo, no tardarán en convertirse en personas que hacen lo que se les dice, y de mayores pensarán incorrectamente y no llegarán a realizarse. En otras palabras, los padres deben ser modelos para sus hijos y estimularles a que se disciplinen a sí mismos, para que en el futuro no necesiten apoyarse en otras personas para su autodomínio.

—¿Qué has observado del matrimonio tal como funciona aquí? —pregunté a Eykis.

—Con el matrimonio parece ocurrir exactamente lo mismo que con la paternidad. Está impregnado del mismo pensamiento erróneo. Ésa es la razón de que se deshagan tantas uniones. Los terrícolas parecéis tan empeñados en vuestra lucha por la propiedad de otras personas, que la extendéis incluso a la propiedad de su cónyuge. Los casados se dedican a pensar por sus consortes. Se imponen mutuamente sus expectativas, cosa intolerable para ambos, pues los terrícolas poseen el repetido e inestimable don del libre albedrío. En este planeta la servidumbre emocional o mental de una persona respecto de otra es algo que sólo puede ser aceptado durante un período de tiempo breve. Transcurrido ese tiempo, la persona que se siente asfixiada por el «pensamiento para dos» de su compañero se niega a continuar, y la relación se rompe. En los matrimonios que funcionan bien no hay pensamiento erróneo; ninguno de ambos cónyuges alienta la falsa idea de que una persona tiene derecho a pensar en lugar de otra. Como sabes, en Urano tenemos una razón para esa conducta, pues existen los diodos de dependencia y todas esas cosas. Es nuestra realidad. Pero vosotros carecéis aquí de razones reales para semejante comportamiento, y cuando aparece el pensamiento de dependencia, aunque sea poco, da lugar a la disolución de

vuestros matrimonios. Y te recuerdo que un matrimonio puede romperse con divorcio o sin él. Libraos del pensamiento incorrecto y preservaréis vuestra institución matrimonial. Si mantenéis ese pensamiento, el matrimonio acabará por desaparecer de la Tierra.

—¿Tú crees que existe la *verdad* aquí en nuestro planeta? —le pregunté.

—En vuestro planeta existe un número ilimitado de verdades, y todas están en la mente de los individuos. Si se pregunta a treinta personas en una playa si creen que hace un día hermoso o que hace demasiado calor, se obtendrán treinta respuestas *verdaderas*, pero diferentes. Uno dirá que el día es magnífico porque el sol calienta mucho, y otro afirmará, por la misma razón, que hace un día desagradable. Ambas respuestas son verdaderas. En la Tierra la verdad es una experiencia interior, pero muchos intentan imponer su verdad a los demás, sin pararse siquiera a pensar que existen verdades distintas. Cada persona tiene derecho a ver su mundo como prefiera. Lo que es verdad para unos no lo es para otros. Cuando se tiene en cuenta la existencia de verdades distintas, ya no es necesario llegar a acuerdos sobre lo que es verdadero. Sin embargo, muy pocos de los terrícolas que yo he observado están dispuestos a aceptar como válidas las verdades de otros cuando esas verdades están en conflicto con las suyas propias.

—Tú dices que debemos cambiar nuestro pensamiento, como si eso fuese fácil. ¿Cómo cambia una persona su pensamiento? —quise saber.

—Pues cambiándolo, sin más. Por ejemplo, si yo te digo que cierres los ojos y pienses en un cachorro de cócker de color castaño sentado en una silla azul, tú puedes hacerlo. Después, si te digo que abandones ese pensamiento y lo sustituyas por la imagen de un jarrón verde con doce rosas de tallo largo, también lo consigues. ¿Puedes decirme cómo lo has logrado? Por supuesto, nadie puede explicar cómo se hace, pero todos sabéis cómo cambiar vuestros pensamientos. Pues bien, olvidaos del cómo y hacedlo. Esforzaos en rechazar todo pensamiento indeseable o incorrecto. Eso es lo magnífico de vuestra realidad, que podéis pensar a vuestro antojo.

—¿Qué opinas de la psiquiatría y la psicología tal como se practican aquí?

—En general, las practican personas que son víctimas del mismo pensamiento incorrecto que aflige a sus pacientes. La mayor parte de vuestros terapeutas se conforman con proporcionar a sus clientes excusas para los trastornos que se han causado a sí mismos. Vuestra realidad terrestre os permite el libre albedrío durante toda la vida, y sin embargo vuestros profesionales convencen a sus clientes, y se convencen entre sí, de una diversidad de teorías que atribuyen las culpas a cualquier

cosa, desde el inconsciente a los conflictos entre hermanos, pasando por los traumas de la infancia y los errores de los padres; todo les sirve. La terapia parece ser un intento por parte de algunas personas de «comprar amistad», y un esfuerzo por ganar comprensión de sí mismo mediante el análisis del pasado. Una persona que practique esa forma de pensamiento incorrecto, consistente en echar a otros la culpa de sus problemas, no hace otra cosa que traspasar esa culpa cuando acude a un terapeuta en busca de respuestas. Los terapeutas realmente capaces que he observado daban al paciente la posibilidad de descubrirse a sí mismo, Ayudaban a sus clientes a asumir la responsabilidad de todo, y a aceptar el hecho de que sólo ellos eran responsables de cuanto les ocurría. Esos terapeutas son muy pocos, sobre todo porque, para ayudar a los demás a conseguir eso, uno mismo debe creer en ello y aplicárselo cotidianamente a sí mismo. Sólo una persona que se conozca a sí misma puede ayudar a otra a conocerse. Y en la psicología, como en todas las demás profesiones, hay muy poca gente que se conozca a sí misma, pues los psicólogos y psiquiatras salen de la misma colectividad que los miembros de las demás profesiones, y por tanto su pensamiento está orientado hacia lo externo.

Me quedaban muchas cosas que preguntar a Eykis, pero sabía que, aunque pasásemos juntos cien años, siempre me quedarían cosas que preguntarle. Ella respondía a cualquier cuestión, hablaba de cualquier tema, y siempre revelaba la profundidad de su pensamiento realista. Deseaba interrogarla sobre sus sentimientos acerca de mí persona, aunque casi me atemorizaba la idea de oír hablar de mí a una persona que era absolutamente sincera. Quería saber lo que pensaba ella del amor y la sexualidad en la Tierra, pero también respecto a esto decidí esperar. Intenté pensar tan «correctamente» como pude, y llegué a la certeza de que la quería. Pero dudaba. ¿Cómo se quiere a una persona que sólo puede decir y sentir lo que es? ¿Cómo prescindir de las pequeñas mentiras inocentes, de las exageraciones ocasionales que salvaban tantas situaciones?

Empecé a verme a mí mismo bajo una nueva luz. ¿Temía a Eykis? ¿O me temía a mí mismo? Desde nuestro primer encuentro había aprendido mucho sobre el miedo. Cuando se decide eludir una cosa debido al temor, se elude la vida misma. El miedo es un proceso mental, y se basa en la creencia de que las cosas son temibles. Pero en realidad, en la singular realidad de Eykis, las cosas de la Tierra existen, sin más. Aquí no se dan bacterias del miedo, como en Urano. Aún me asustaba ser rechazado por Eykis, pero estaba avanzando hacia aquel camino interior que ella había definido por la mañana.

Decidí pedirle a Eykis que me expusiera los secretos del universo, sin interrupciones mías. Después, quizá, le preguntaría lo que sentía por mí. Si nos quedaba tiempo.

Los secretos del Universo

—Eykis, en nuestras conversaciones anteriores hablaste de unos secretos. ¿Quieres que esos secretos permanezcan ocultos, o bien estás dispuesta a compartirlos con nosotros revelándolos ahora? —le pregunté.

—Os revelaré gustosa mis observaciones. Pero antes quisiera señalar que la única razón de que califique de «secretos» lo que voy a mencionar es que casi nadie parece haberlos captado en la Tierra. En un principio los llamé secretos porque creí que nadie los conocía. Pero después descubrí que todos esos supuestos secretos están al alcance de los terrícolas, y lo han estado siempre, desde que tenéis historia escrita. Sin embargo, seguiré refiriéndome a ellos como secretos, pues son verdades que casi nunca aplicáis.

—Muy bien. Si no tienes inconveniente, yo guardaré silencio y dejaré que nos digas, sin que yo te interrumpa, en qué consisten esos secretos universales —propuse, sabiendo que Eykis estaría de acuerdo, pues participaba gustosamente en aquel encuentro que ya estaba llegando a su fin.

Y Eykis empezó a hablar...

—Ante todo, tenéis que *aprender a cultivar vuestro jardín*. He observado que la mayor parte de vuestros problemas, de vuestras dificultades, de vuestros sufrimientos y actitudes autodestructivas nacen de que ignoráis esa necesidad. Cultivar vuestro jardín significa que, como individuos que sois, debéis centraros primeramente en el único terreno sobre el cual disfrutáis de absoluto dominio, es decir, vosotros mismos. Después, cuando hayáis puesto en orden vuestra vida, podréis ayudar a quienes necesiten y pidan vuestro auxilio. Vuestra realidad os impide ser distintos de lo que sois; sin embargo, parecéis mirar críticamente los jardines ajenos. Ya que todos gozáis de libre albedrío y podéis cultivar lo que os acomode, no tiene sentido que os

preocupéis por lo que cultivan otros, a no ser que estorben el derecho del prójimo a la autodeterminación. Si vuestros vecinos prefieren las judías verdes a vuestras calabazas, aceptadlo así. Si vuestros hijos deciden abonar y vosotros preferís la rotación de cultivos, dejadles que lo hagan así. Si vuestro cónyuge desea plantar flores y dejar vivir las malas hierbas, y vosotros preferís unas pulcras hileras de hortalizas de colores diferentes, así es como debéis disponer vuestros respectivos jardines. Si arregláis bien vuestro propio jardín, cultivando lo que preferáis, con métodos que os interesen, estaréis tan ocupados viviendo y actuando que no os quedará tiempo para criticar los jardines del vecino. Tendréis tiempo de admirar y aceptar lo que otros han creado, y de ayudar a quienes os lo pidan, o de ayudar en la tarea de que nadie cultive cosas que perjudiquen de algún modo el derecho de los demás a cultivar sus propios jardines. El atender al propio jardín significa aceptar a los demás como perfectos, no desear cambiar ni corregir a quienes se ama, y dedicar la propia energía vital a ser una persona tan feliz, realizada y moral como sea posible. Dado que vuestra realidad os prohíbe entrar en los jardines ajenos, ¿por qué no adaptar vuestro pensamiento a tal realidad, olvidar cuánto os disgusta lo que hacen algunos con sus jardines? El que a uno le agraden o no las actividades y formas de vida del prójimo es algo que sólo le acarreará disgustos y le creará problemas en sus relaciones— Además, debéis poner en orden vuestra propia vida antes de poder ayudar a otros o de aplicaros a mejorar vuestro mundo. Si todos los terrícolas recordasen este pequeño secreto, pronto quedaría eliminada la infelicidad en casi todas sus formas.

»*El reino de los cielos está en vuestro interior.* Ese secreto, del que ya he hablado, es fundamental para vuestra supervivencia, y sin embargo la mayor parte de tus semejantes lo ignora. Aunque esa expresión tiene carácter religioso, la idea puede aplicarse a todos los seres humanos y a su conducta. Los terrícolas casi siempre os resistís a interiorizar. Os habéis acostumbrado a mirar lo exterior en casi todas vuestras actividades. Recurrís constantemente a píldoras para eliminar el dolor, a drogas que os estimulen, a la aprobación ajena para sentirnos amados, al dinero para lograr la felicidad, a los psiquiatras para enfrentarnos a la vida; consumís la existencia en ese tiovivo de cosas exteriores. Pero vuestra realidad os concede el maravilloso privilegio de obtener cuanto podáis desear o necesitar sólo con buscar dentro de vosotros mismos. Enseñáis a vuestros hijos el pensamiento externo en todos los aspectos de la vida. Miráis casi como si se tratase de una enfermedad la confianza que la gente tiene en sí misma y en sus voces interiores. Reprobáis y castigáis a quienes

piensan por cuenta propia y se niegan a adaptarse. Pedís a todo el mundo que piense como rebaño, y encarceláis a quienes rehúsan hacerlo.

»Por lo que he observado en vuestro planeta, la felicidad, la propia realización y el sentido de la vida son hechos interiores. Si no tenéis paz y serenidad interior, no tenéis nada, y a pesar de ello desdeñáis a quienes os piden mirar hacia dentro y proscibís a quienes lo hacen sistemáticamente. Ese sencillo secreto es ignorado en la Tierra, en todos los aspectos de la vida. Deberíais replantearos vuestra resistencia a este hecho de vuestra realidad. El reino de los cielos es un símbolo de la perfección máxima. No es un lugar al que haya que ir, ni una recompensa para el conformismo. La posibilidad de alcanzar sin esfuerzo esa maravillosa perfección está dentro de vosotros. Sólo tenéis que quererlo. El interiorizar os traerá la serenidad en todas sus exquisitas formas.

»Todas las cosas del universo son exactamente como deben ser. He observado que la mayoría de los terrícolas os negáis tozudamente a aceptar lo que existe, y en lugar de ello optáis por utilizar la preciosa moneda de vuestra vida, vuestros momentos presentes, en juzgar lo que existe y en disgustaros voluntariamente ante lo que os desagrada. Necesitáis aprender a mirar el universo y a deciros a vosotros mismos: “Esto es lo que tengo. Lo tomaré y disfrutaré tal como es. Lucharé por cambiar lo que no me agrada, y aceptaré el resultado. Me niego a dejarme inmovilizar por nada de lo que pueda salirme al paso”

»Olvidáis a menudo que en vuestro planeta todos los seres y todas las cosas son como son, independientemente de vuestras opiniones. Si queréis ser felices, debéis aprender a trascender las actitudes de juicio. He observado que entre vosotros los ancianos juzgan a los jóvenes, que a su vez les juzgan a ellos. Los blancos juzgan a los negros, y viceversa. Los hombres juzgan a las mujeres, y ellas juzgan a los hombres. Ésa es una grave enfermedad de vuestro pensamiento, ya que los juicios nacen en vuestra mente. En lugar de ir por la vida enfadados por lo que existe y por lo que la gente decide ser, podríais considerar la alternativa de la aceptación. En lugar de desear que vuestra realidad sea diferente, podríais intentar mirarla como un milagro. El libraros de los juicios os permitiría utilizar los momentos que antes pasabais juzgando en disfrutar y ser felices, y en esforzaros en mejorar lo que no os gusta. La verdadera seguridad interior escapará siempre a los que juzgan, pues éstos gastan su energía vital en encolerizarse ante lo que existe. Antes de intentar ningún cambio positivo, debéis aceptar a la gente y a las cosas exactamente tal como son.

»Por desgracia, la mayoría de los humanos ven el mundo con arreglo a su propia

imagen, y por tanto se sienten decepcionados cuando descubren que el mundo no responde a lo que ellos quisieran. Los terrícolas que mejor funcionan comprenden ese secreto. Utilizan su sentido común para aceptar lo que no pueden cambiar, emplean su fuerza en cambiar lo que pueden cambiar, y su sabiduría en discernir la diferencia. Pero lo primero y principal es que aprenden a aceptar que todos los seres y las cosas del universo son exactamente tal y como deben ser.

»Lo que se oye se olvida; lo que se ve se recuerda; lo que se hace se comprende. Creo que la mayoría de los terrícolas desconocéis ese sencillo secreto. Vuestra especial realidad os impide comprender las cosas sin interiorizarlas y experimentarlas. En vuestro planeta nadie puede comprender el nadar, o ir en bicicleta, bailar, hacer el amor, ni ninguna otra cosa, sin experimentarla. Sin embargo, gastáis mucha energía dando conferencias a los demás, explicándoles interminablemente cómo se hacen las cosas, mostrándoles imágenes e incluso comentando unos con otros lo fácil que me resultó A Mí aprender. Vuestros educadores proporcionan muchas más ocasiones de “escuchar” y “ver” que de “hacer”, y después se extrañan de que sus alumnos entiendan tan pocas cosas. Los padres critican constantemente a sus hijos. Les explican cómo hay que pensar, sentir y actuar, y después se extrañan de que los jóvenes no les comprendan. Los viejos quieren que los jóvenes se beneficien de su experiencia y les echan sermones, sin comprender ese secreto básico. Para comprender, los individuos deben experimentar su realidad a su manera. Nadie, por más que lo desee, puede poner comprensión en la mente de otro ser humano. La comprensión sólo puede venir de la acción, y en la Tierra, a diferencia de Urano, nadie puede hacer comprender a otros.

»Si uno avanza confiadamente en la dirección de sus sueños, y se propone vivir la vida que ha imaginado, se encontrará con éxitos que no esperaba. Ésta es una cita textual de Henry David Thoreau, uno de vuestros ilustres filósofos. La incluyo entre estos secretos porque es algo que nadie parece entender. El buscar el éxito es como el intento de agarrar un puñado de agua: cuanto más se le aprieta, menos agua se tiene. Cuando se busca el éxito, la vida se convierte en esa búsqueda, y nunca se llega al lugar que llamamos éxito. Os convertís en víctimas del desear más. He observado que, cuando lleváis vuestras vidas de tal manera que os sentís personalmente realizados, cuando hacéis lo que para vosotros tiene sentido y os satisface, es el éxito el que os busca a vosotros.

»Una de las grandes ironías de la vida en la Tierra es que aquellos a quienes no obsesiona la búsqueda de nada, ni del amor ni del dinero ni de las posesiones ni de la

aprobación ajena, son los únicos que consiguen esas cosas en grado suficiente para satisfacer sus necesidades. Los que no se preocupan de si obtienen o no la aprobación de otros son quienes más aprobación reciben. Los que se niegan a perseguir el amor lo encuentran en cantidad. Los que corren tras el dinero lo consiguen a veces en cantidad suficiente, pero a ellos no se lo parece así, de modo que interiormente siguen siendo pobres. Podéis alcanzar el éxito si lo convertís en un proceso interior y no externo, y si empezáis a encauzar vuestras energías en la dirección de una vida plena.

»*La vida misma es un milagro, por lo cual no necesitáis buscar milagros.* En vuestra vida todo es un milagro admirable: un grano de arena, una abeja en una flor, un velero, una taza de café, un pañal mojado, un gusano, son otros tantos milagros. Quienes ven la vida como un milagro no tienen tiempo para la desesperanza o la autocompasión. Cuando se aprende a ver como un milagro la vida y todo lo que ésta contiene, pronto se descubre que el quejarse equivale a desperdiciar el milagro que es uno mismo. Los que se quejan, casi nunca se detienen a considerar la alternativa a sus problemas, que es *no tener vida alguna*. La vida se presenta a uno y no le pide nada. Uno es libre de aceptarla y deslizarse alegremente por ella o de oponérsela. Pero cuando se decide emplear el tiempo en luchar con ella, no se puede emplear ese mismo tiempo en disfrutarla. En la Tierra son demasiados los que no valoran el don que representa la vida. Os lamentáis de vuestro destino, en lugar de percataros del milagro que constituye el simple hecho de estar aquí. Os pasáis el tiempo buscando milagros en todas partes, de cualquier origen, en lugar de ver a todos y a todas las cosas como otros tantos milagros en sí mismos. Cuando aprendáis a valorar el simple hecho de estar vivos, no tendréis tiempo de encolerizaros por esta o aquella injusticia. Amaréis la vida en lugar de contender con ella.

»*Nunca es demasiado tarde para vivir una infancia feliz.* Muchos de vosotros pasáis horas y más horas quejándoos de vuestra infancia y echándole la culpa del vacío de vuestra vida adulta. Puesto que vosotros no podéis rebobinar y volver a vivir las cosas, como nosotros los uranitas, esa actitud es una pérdida de vuestros preciosos momentos presentes.

»Esto figura también en mi lista de “secretos” porque los terrícolas no parecen darse cuenta de que pueden conseguir cualquier cosa que les faltara en su infancia decidiendo simplemente tenerla ahora. Si uno se sintió desatendido de niño, puede buscar atención ahora. Si no se le permitió montar en bicicleta o ir al parque de atracciones o bailar, ¿por qué no disfrutar ahora de esas cosas y olvidar las lamentaciones y las acusaciones? Me he quedado perpleja al ver la cantidad de

autocompasión que existe aquí, en la Tierra, motivada por la infancia, teniendo en cuenta lo clara que está la solución del problema. Ya que vosotros no podéis volver atrás, el quejaros del pasado sólo servirá para hacer más desgraciado el presente. ¿Y por qué elegir la desdicha cuando podéis tener AHORA cualquier cosa que os faltó entonces?

»*Las relaciones deben funcionar sin esfuerzo.* Todos consumís muchos de vuestros preciosos momentos analizando exhaustivamente vuestras relaciones, y eso es destructivo para dichas relaciones. Os empeñáis en hablar de por qué sois felices o desgraciados, de lo que os gusta y disgusta, de a dónde van vuestras relaciones, etcétera. El hablar de una relación parece ser vuestra manera de encubrir que esa relación no funciona. Pero sólo existe una manera segura de hacer funcionar vuestras relaciones: reconoceros mutuamente el derecho a ser seres humanos distintos, únicos, sin expectativas de ejercer «propiedad» sobre otros. He observado que las relaciones en que ambos partícipes respetaban este sencillo principio marchaban perfectamente. En las relaciones que no lo tenían en cuenta, advertí inacabables y aburridas discusiones, polémicas constantes y, finalmente, la ruptura. Las relaciones no necesitan esfuerzo; lo que necesitan es mutuo respeto.

»*Esta es mi manera de hacer las cosas. ¿Cuál es la tuya? No existe una manera válida para todos.* Otro de vuestros famosos filósofos os dio ese secreto, que es ignorado de forma casi universal. Prácticamente todas las personas que ocupan una posición de autoridad olvidan esa sencilla fórmula. Si renunciarais a imponer a los demás vuestra manera de hacer las cosas y empezaseis a escuchar lo que ellos pueden ofrecer como alternativa, eliminaríais todas vuestras luchas, desde las peleas familiares a las guerras mundiales. Escuchar más y exigir menos eliminaría la necesidad de tener razón. Vuestra creencia individual de que existe sólo un proceder correcto es, naturalmente, un error, puesto que no existe un proceder “correcto”. Una vez dejéis de empeñaros en demostrar que tenéis razón, eliminaréis las reacciones que engendra vuestro pensamiento equivocado.

»Complemento de ese secreto es que *a nadie le gusta que le digan lo que ha de hacer.* Cuando se le dice a un niño, a un colaborador, a un cónyuge o a un desconocido lo que ha de hacer, esa persona casi siempre se rebelará y hará algo en sentido contrario. El que le digan a uno lo que debe hacer viola su libertad. Es una ofensa para el pensamiento libre, que constituye una parte tan importante de vuestra realidad. Dejad de empeñaros en mostrar a otros el proceder correcto y empezad a

preguntarles cómo prefieren proceder. Es posible que aprendáis algo, y además contribuiréis a eliminar la hostilidad que suscita siempre la actitud contraria.

»*En la vida a uno le tratan conforme enseña a los demás a tratarle.* No tenéis motivo para culpar a nadie del trato que os dé, y sin embargo la mayoría pensáis que los problemas con que os enfrentáis y el trato que recibís son resultado de la falta de consideración ajena. Lo cierto es que tenéis la facultad de enseñar a cualquiera cómo deseáis ser tratados. Cuando aceptáis pasivamente que se os trate mal, os hacéis responsables de ese mal trato. Éste es uno de los “secretos”, porque la mayor parte de vosotros parecéis creer que son los demás los causantes de vuestros problemas, los que hieren vuestros sentimientos. Pero yo he observado que quienes se niegan a ser maltratados, quienes insisten en ser tratados con respeto y reaccionan rápida y firmemente cuando se les ofende, reciben el respeto que no obtienen jamás los que se lamentan. Debo repetir, también a este respecto, que la responsabilidad de todas las experiencias de uno, en lugar de la actitud acusatoria, es la clave de una vida plena y feliz. Debéis enseñar a quienes os rodean, con vuestra conducta y no con discusiones vacías, que no pensáis tolerarles ninguna falta de respeto. Eso nunca les resulta difícil a quienes sienten respeto por sí mismos, ya que una persona que se autoestima espera de los demás el mismo trato que se concede a sí misma. La persona que se respeta recibe respeto. Si no recibís respeto, miraos a vosotros mismos y formulaos esta importante pregunta: “¿Por qué he permitido que se me trate de esta manera?”, en lugar de preguntaros: “¿Por qué se me ha vuelto a tratar así?”.

»*Allí donde voy, estoy yo.* No podéis escapar de vosotros mismos. En la Tierra no podéis huir a un lugar lejano y resolver así vuestros problemas. La causa de vuestras dificultades está en vuestro interior. *Debéis enderezaros primero a vosotros mismos,* y entonces no importará donde estéis. He visto gente que se refugiaba en la bebida, y que seguía obligada a enfrentarse a sí misma. He visto a gente que intentaba huir de sus problemas viajando a países exóticos, y sus problemas persistían. Es posible volver a casarse y repetir los errores de absorbencia y de falta de respeto. Los terrícolas no veis en vuestros problemas fenómenos internos, y por eso intentáis por todos los medios escapar a ellos. Pero eso nunca da resultado. Por eso incluyo este punto en la lista de “secretos”. No parecéis daros cuenta de lo imposible que es huir de las dificultades y problemas. Cualquier cosa que os preocupe es un problema sólo en vuestro interior. A vuestro mundo no le preocupa. Sólo vosotros la experimentáis, y sólo vosotros podéis corregirla. El huir sólo puede proporcionaros un nuevo

escenario donde experimentar la misma agitación interior. En la Tierra vale la pena recordar que “allí donde voy, estoy yo”.

»*Simplificad las cosas.* Os gusta complicaros la vida. En lugar del lenguaje sencillo, usáis pretenciosas palabras altisonantes que nadie entiende, y llamáis a esa actitud inteligencia. Creáis verdaderos galimatías en vuestros sistemas legales, contratos, pólizas de seguros, leyes fiscales, hipotecas, etcétera, etcétera. Y después contratáis “expertos” para que os guíen en esos laberintos. En la religión, la filosofía, la psicología, la medicina, el derecho, la educación, la economía y casi todas las disciplinas humanas, complicáis las cosas, y os parece que simplicidad equivale a simpleza. En cambio, vuestros mejores escritores, compositores, artistas y educadores son aquellos que utilizan un lenguaje y un estilo claro y preciso para expresar sus ideas.

»Ninguno de vosotros desea que todo lo que toca se vuelva confuso y complicado, y sin embargo todos buscáis más confusión como manera de mostrar que habéis alcanzado un nivel superior al de vuestros vecinos. Dais valor a quienes no podéis entender, creyendo que son más inteligentes por el hecho de ser incomprensibles. ¡Simplificad las cosas! Este sencillo consejo os ayudará a disfrutar de la vida. No sois en realidad seres tan complejos, y disfrutar de la vida resulta algo muy simple si elimináis la confusión y os limitáis a disfrutar. Cuanto más incomprensible hagáis vuestro lenguaje, cuanto más confusos hagáis vuestros actos, más perderéis de vista la sencilla belleza del vivir. Si queréis conseguir algo en la Tierra, el mejor consejo que puedo daros es que hagáis las cosas, en lugar de convertirlas en un intrincado proceso mental.

»*¡Qué tiempos aquéllos!* Muchos de vosotros vivís atados a la locura de perseguir el futuro y revivir el pasado. Entonces vuestro pensamiento se hace tan confuso que el presente pierde calidad. Y en la Tierra el presente es lo único que tenéis. En aras de la planificación desdeñáis el *ahora*. Recompensáis todo lo que sea pensar en el futuro (los planes, el ahorro para la vejez y el aplazamiento de las cosas agradables), y tildáis con las etiquetas de “irresponsables” y “hedonistas” a quienes viven plenamente. Persistís en la actitud irreal de no vivir nunca plenamente el día de hoy. Digo irreal porque a vosotros, los terrícolas, os es imposible vivir en cualquier momento que no sea éste, y a pesar de ello decidís pasar vuestros momentos presentes pensando en el futuro y en el pasado, haciéndoos la ilusión de que tanto el pasado como el futuro son reales. ¡Pero *lo real es el ahora!* En la Tierra no disponéis de rebobinado ni de bobinado rápido. Cuando empecéis a vivir vuestros momentos

presentes, en lugar de revivir el pasado o de hacer planes para el futuro, aprenderéis a vivir de la única manera que os permite vuestra realidad, en el AHORA.

»*Sois perfectos*. Por alguna extraña razón, habéis decidido creer que la perfección es anatema en las personas, y en consecuencia estáis condenados a toda una vida de lucha por algo que no podéis alcanzar nunca. Habéis confundido el ser perfecto con el ser intachable, y no podéis ver vuestra perfección de seres en constante cambio. Os parece que ser perfecto es, en cierto modo, una imperfección. Casi todos sabéis que toda la naturaleza es perfecta. Vuestras rosas y vuestras puestas de sol son perfectas. Estáis de acuerdo en que vuestros animales, vuestros árboles y vuestras montañas son perfectos; pero cuando se trata de los seres más magníficos de vuestro mundo, las personas, vuestro concepto de ellas es que están en perpetua lucha, pero sin alcanzar nunca la perfección. ¡Pero si sois perfectos! Desde luego, estáis en constante cambio. Y es indudable que podéis crecer y evolucionar. Pero no por ello dejáis de ser criaturas perfectas que sólo pueden realizarse cuando dejan de verse a sí mismas como obligadas siempre a negar su perfección. Vuestras vidas nunca quedan acabadas y completas a vuestro gusto. Cuando morís, todos dejáis frascos de champú medio llenos y algunas latas de conserva en la cocina. Se os da una cantidad limitada de tiempo para vivir, pero, a todo eso, quizás os convendría saber que todas las cosas naturales de vuestro planeta son también perfectas. Vuestra vida se desarrolla aquí durante un tiempo. Cambia constantemente de forma, e incluso de sustancia, y toda ella es perfecta aunque os empeñéis en llamarla imperfecta.

»*No hay un camino a la felicidad; la felicidad es el camino*. Ése es el mensaje que encierran todos mis regalos. Si no habéis descubierto ese secreto, la felicidad se os escapará siempre.

»Éstos son los que yo llamo mis “secretos” —concluyó Eykis—. Usadlos como creáis conveniente. Se basan en observaciones directas de una extranjera, una extranjera muy particular que piensa y actúa con realismo estricto. Los terrícolas tenéis la gran ventaja de que vuestra realidad os permite vivir en total armonía con vuestro mundo. Pero, hasta el presente, habéis elegido la desarmonía casi en todo momento. ¿Por qué no tomáis estos regalos, los utilizáis e intentáis experimentar una realidad nueva?

Me asombraba la habilidad de mi amiga para exponer sus observaciones con tal claridad. Pero no quería que aquel día acabase. Antes de que Eykis se marchase, tenía que cumplir una tarea egoísta.

—Aún no te he preguntado sobre el amor —le dije—. Como sin duda sabes, ése es

un tema que han tratado escritores, poetas, compositores y artistas desde que nuestro planeta está habitado por el hombre. No has hablado de este tema, aunque has aludido a él en los regalos que nos has hecho hoy.

—Me formulas esa pregunta porque crees estar enamorado de mí y temes que te abandone, ¿no es así?

—Sí, es eso, y mucho más. Me enamoré de ti en el momento en que te vi en aquel telediario. Éste es para mí un amor extraordinario. No tiene nada que ver con tu aspecto exterior, ello hasta el punto de que anoche, antes de dormirme, pensaba en ti, y de ninguna manera podía recordar cómo eras. Por primera vez en mi vida estoy enamorado de una persona más que de un cuerpo, de un alma más que de un físico. Intento hacer frente al hecho de que te marchas hoy y, aunque quiero ser noble y fuerte, debo confesar que la idea de que desaparezcas de mi vida me resulta dolorosa. Necesito saber cómo ves tú este amor, tus sentimientos hacia mí, y así, quizá, será más leve el tormento interior que sufra cuando deba enfrentarme a una vida sin ti.

—Hablas del amor como la mayoría de los terrícolas. No sé por qué, te has convencido de que el amor en sí mismo necesita la presencia del objeto amado. Otra vez te domina el «pensamiento incorrecto». Según tu definición del amor, *nunca* podrás tener un amor feliz. Tu amor es un amor de «te necesito aquí». Necesitas que yo, u otra persona, o incluso alguna cosa externa a ti mismo, satisfaga tus deseos amorosos. Pero, según mis observaciones, aquí, en la Tierra, el amor no es realmente así. El amor también es un hecho interior. Está dentro de vosotros. Es vuestro, y podéis dirigirlo a la persona o cosa de vuestra elección. No necesita reciprocidad. Cuando pedís algo a cambio del amor, ya no es amor lo que sentís, porque lo habéis mancillado con expectativas y exigencias, por pequeñas que sean.

«Precisamente debido a esas expectativas existe tan poco amor auténtico en vuestro planeta. La mayoría de los terrícolas sois celosos y posesivos en el amor. Cuando vuestro amor se convierte en posesividad, formula exigencias. Las exigencias alejan a la persona amada, y vosotros introducís cólera y temor en la relación. Después vienen el resentimiento y la agresividad y, ya se trate de relaciones de amor individual o de relaciones colectivas, se impone otra cosa a la que también llamáis amor pero que en realidad es posesividad y manipulación, y aparecen los problemas a los que me he referido.

—Pero, ¿podemos realmente amar sin esperar nada? Es lógico que la gente quiera ver correspondido su amor, pues de otro modo sería una cosa unilateral —objeté.

—El amor está en el interior de la persona que ama. Es suyo, y ella puede

alimentarlo y saborearlo, y puede darlo a los demás del modo que prefiera. Y esa libertad pertenece también a los demás. Si una persona a la que se quiere no corresponde a ese amor como desearía la otra, es libre de no hacerlo. Eso no resta nada al amor de la primera persona. Si bien el que ama puede desear ver correspondido su amor, insistir en esa reciprocidad es colocar en manos de los demás la propia capacidad de amar. Esa idea, aunque os resulte difícil de aceptar, es la base misma del amor. El amor no debe imponer condiciones ni formular exigencias. Ya sé que en este momento te gustaría oírme decir algo muy diferente, pero lo cierto es que el amor no debe depender de que uno sea amado o no. Debéis aprender a encontrar felicidad en la felicidad de otros. No debéis pedir nada a vuestro amor. El amor, tal como yo lo entiendo, sólo puede ser experimentado por aquellos que se conocen a sí mismos y que no tienen miedo al amor independiente. Una vez se siente amor por uno mismo, es lógico que se pueda querer también a los demás. Y amar a los demás sin esperar nada puede conducir a la resolución de la mayoría de los problemas de vuestro planeta. Si no se espera nada de los demás, resulta muy fácil querer a quienes se niegan a quererle a uno. Cuando no esperéis nada, dejaréis de buscar antagonismos y enemigos y os dedicaréis a dar amor. El amor es vuestra perfección. Todos deseáis el amor. Pocos de vosotros sabéis que el amor hacia vosotros mismos os da la capacidad de querer a otros, que sólo quien siente amor en su interior es capaz de sentir un auténtico amor independiente.

—¿Quieres decir que una persona que profese a los demás ese amor que has definido, con independencia y sin esperar nada, se quiere a sí misma en primer lugar? ¿No es ésa una forma de amor egoísta y vanidosa? —indagué.

—La respuesta es muy sencilla, amigo mío. No se puede dar lo que no se tiene. Las personas que aman, aman sin condiciones. Aman incluso a sus enemigos y a quienes desean su mal, y si todo el mundo aprendiese a querer así, ya no habría enemigos y la gente practicaría una clase de amor que hasta el momento sólo sienten muy pocos terrícolas. Es verdad que el amor es la solución, pero sólo cuando se utiliza como acabo de explicar. La verdadera prueba del amor es amar a quienes se niegan a corresponder.

—¿Significa eso también que vas a dejarme y que, si mi amor es auténtico, seguirá existiendo dentro de mí y eso será suficiente? —le pregunté.

—¿Cómo podría no estar dentro de ti un sentimiento tuyo? —me preguntó ella a su vez.

—Bueno, pero yo preferiría que tú te quedases aquí y compartieses mi amor —

repliqué.

—Pero eso ya no sería amor. Quizá tú lo prefirieras, pero sería un sentimiento que necesitaría de mi presencia para existir, y ése es el origen de todo el «pensamiento incorrecto» del que te vengo hablando hace quince días.

—Así pues, tienes que marcharte —dije, serio.

—En realidad, ya estoy desapareciendo de aquí por transporte molecular.

—¡Espera, espera! Una última cosa. ¿Qué puedo decirles a las personas que se sienten vacías, como me siento yo ahora, cuando las cosas no van como ellas quisieran? ¿A quienes se sienten atrapadas, como me siento yo en este instante, por las circunstancias de su vida? ¿A quienes se sienten engañados? No puedo limitarme a decirles: «Pensad correctamente». Se reirían de mí. Ellos creen que ya piensan como es debido. Creen que sus problemas son reales, y no admiten que puedan alejarlos con sólo cambiar su pensamiento y sus actitudes.

Hablaba de prisa, suplicando unos minutos más. Sabía que se acercaba lo inevitable. Eykis se alejaba. Me resistía a sacar fuerzas de flaqueza y decirle adiós con serenidad. Lo que quería era aferrarme a su presencia, aunque sabía que era inútil, aunque sabía que ella tenía razón.

—Bien, ¿qué puedo decirles, y qué puedo decirme a mí mismo? —insistí.

Su voz y su imagen empezaron a desvanecerse.

—¿No eras tú el Discípulo? —respondió—. Han terminado las clases y puedes celebrar tu graduación aceptando mis regalos y asumiendo tu nuevo papel. En realidad, los regalos que te he dado estuvieron siempre en tu poder. Yo me he limitado a desenvolverlos y a mostrártelos. ¿Te has fijado en el brillante envoltorio que llevan? Iban envueltos en mi amor. Eso también lo tienes, amigo mío. Ahora te toca a ti transmitir tus regalos, Maestro. Te espera un mundo de discípulos...

Epílogo

Inspirado, decidí no perder tiempo y entregar al mundo los regalos de Eykis. Mis contactos con la televisión y con otros medios de comunicación internacionales eran mínimos, por lo que mis intentos ante ellos fueron inútiles. Los productores encargados de la programación declararon que aquellas cintas eran evidentemente falsas, o bien que eran una obra de ciencia ficción que no podía ser exhibida sin previa censura, arreglo y replanteamiento. Cuanto más me obstinaba yo en explicarles la verdad, más me miraban ellos como a un científico loco, peligroso, un riesgo para los anunciantes. Pero me negué a darme por vencido.

En la universidad, mis días de estudiante habían acabado, y era ahora catedrático adjunto de física y bioquímica. Esto me daba acceso a los laboratorios y bibliotecas donde había estudiado las *Fórmulas Uranitas*. Aunque había mantenido secreto mi trabajo inicial y el vuelo experimental a Urano, mi condición de catedrático me confería un auditorio ante el cual exponer las ideas de Eykis y los principios básicos del transporte molecular. Tendría que conformarme con aquello. Si no me era dado transmitir los regalos al amplio público que Eykis había imaginado —contrariamente a lo que habría ocurrido en Urano—, al menos podía empezar con las fértiles y abiertas mentes de aquellos jóvenes que buscaban el conocimiento en la ciencia pura. Yo ya había adoptado mi forma de vida a los regalos *realistas* que había recibido, y decidí hacer que mis alumnos aprendiesen de un modelo vivo. Y les enseñé los rudimentos que necesitarían para comprender las ecuaciones del transporte molecular.

Tras un período de varios años, durante el cual publiqué artículos en revistas de física, mis investigaciones empezaron a suscitar curiosidad. Estudiantes que no tenían intención de especializarse en física, se matriculaban en mis clases sólo para escuchar el «sentido común» que se desprendía de mis lecciones. Cada año salía elegido profesor más popular de la universidad. Mis clases llenaban el aula de mayor capacidad. Mis colegas se quejaban a menudo de que, según ellos, yo «no enseñaba física, sino que daba un espectáculo». El decano me recordó con firmeza que no debía aceptar en mi clase a tantos alumnos invitados, pues con esto privaba de plazas de estacionamiento a los alumnos que pagaban. Sin embargo, al director del

departamento, que buscaba la manera de librarse de mí, se le dijo bien claro que no se me debía molestar, pues yo mantenía en vida por mí solo el departamento de física atrayendo estudiantes a mis clases.

Yo sabía que los jóvenes me admiraban, pero no quería que me imitasen como admiradores o como miembros de una secta. Quería que entendiesen cómo había aprendido yo mi lección sobre la realidad, y cómo había decidido vivir en dicha realidad. Debido a mi reputación universitaria, convencí al responsable del cineclub de ésta, que llevaban los estudiantes y en el que proyectaban clásicos del cine, de que me permitiese exhibir mis cintas de Eykis.

Aunque hubo muy poca publicidad previa, asistieron muchos alumnos míos y amigos de éstos. Yo esperaba que se mostrasen escépticos, como habían hecho los profesionales del medio, aunque más amables debido a su afecto hacia mí.

Mientras eran proyectadas las cintas, me olvidé de los espectadores. Me corrieron lágrimas por las mejillas cuando contemplé otra vez la hermosura y la nobleza de Eykis. Estaba viva ante mí, más bella que nunca. Sus verdades brillaban como rayos de sol entre las grises nubes de la mezquindad y la neurosis de los terrícolas. Me resultó penoso ver el final de las cintas, pero, como yo había vivido la grabación, ya estaba preparado. Lo que me pilló de sorpresa fue la reacción del público.

Primero hubo un silencio. No fue un silencio tranquilo, sino el gran silencio electrizado que precede a la tempestad. Y después, como un ciclón humano, todos empezaron a ponerse en pie y a dar vítores, a aplaudir, a silbar. Se zarandeaban unos a otros, reían, chillaban, lloraban, saltaban ruidosamente sobre las sillas plegables, desmenuzaban los programas para hacer confeti. Se pusieron a reclamar la presencia del autor. Subí a la tarima con la única intención de calmarles.

En cuestión de segundos los estudiantes me levantaron en hombros y me llevaron alrededor de la sala como a un héroe. Yo estaba asombrado, pero me alegraba de que por fin Eykis hubiese sido acogida. Para conseguir que se desalojase la sala, el responsable prometió que la proyección se repetiría la tarde siguiente, pero sólo si el público abandonaba inmediatamente el local. Salimos, pero no nos separamos. Un gran gentío fue a parar a la cercana pizzería, que se llenó a rebosar de ruidosa alegría y vehementes discusiones. En cada mesa un grupo de jóvenes discutía el significado de la película, su impacto, su claridad. Sin posibilidad de permanecer con un solo grupo, pasé de uno a otro absorbiendo la escena, devorando el triunfo de Eykis. Ni se me ocurrió pedir una pizza o una cerveza.

Una y otra vez se me preguntaba: «¿Quién es Eykis, en realidad?» «¿Procede de

Hollywood?» «¿De dónde es ese acento?» «¿Accedería a visitarnos, para que la entrevistásemos?» Nadie quería aceptar lo más evidente, que Eykis era lo que había dicho ser: una uranita.

Las cintas fueron proyectadas de nuevo al día siguiente, con la sala abarrotada. Durante la proyección, el responsable del cineclub intentó convencerme de que le autorizase a sacar copias de las cintas, copias que serían exhibidas en los cineclubs de otras universidades. Aunque vi en aquello la oportunidad de llegar a un público numeroso y perceptivo, quise proteger a Eykis de cualquier mala utilización de su mensaje. Le dije al joven que podía seguir proyectando las cintas en nuestra universidad, pero que los originales quedarían en mi poder después de cada sesión. No quería que las cintas saliesen de mis manos hasta que tuviese los derechos de autor. Al término de la segunda proyección, la reacción del público fue la misma del primer día: un silencio reverente que estalló en exultante alegría o en apasionado rechazo. Lo que no hubo fue indiferencia.

Durante varias semanas las cintas fueron vistas por estudiantes y profesores. Se corrió la voz y aparecieron en el campus alumnos de otras universidades, deseosos de ver las películas. Los periódicos locales, enterados de la reacción de los espectadores, me enviaron reporteros para que me «consiguieran la verdadera historia». Todos querían conocer a la actriz que había desempeñado el papel de Eykis. Nadie creía en la veracidad de mi «absurdo truco publicitario», en mi afirmación de que Eykis no se hallaba en ningún lugar de la Tierra.

Años atrás, a mi regreso de Urano, había sacado varias copias de las *Fórmulas Uranitas* y las había puesto a buen recaudo en diferentes lugares, junto con mi informe del viaje. Y me alegré de haberlo hecho, pues, poco después de que se realizasen las copias de las cintas de Eykis y se exhibiesen en todas las universidades del país, fueron registrados mi laboratorio y mi casa. Alguien se tomaba muy en serio los viajes interplanetarios. La policía me dijo que mis visitantes no habían encontrado lo que buscaban, fuese esto lo que fuera, por lo cual era muy posible que la próxima vez viniesen a buscarme a mí.

La mayoría de la gente, incluyendo la comunidad científica, consideraron aquellas cintas como ciencia ficción en lo referente al papel de Eykis. Yo no intenté hacerles cambiar de idea, debido a mi temor a un secuestro. Pese a ello, seguí impartiendo mis clases y escribí más artículos sobre las *Fórmulas*, añadiendo fragmentos al rompecabezas, para incitar a los físicos de todo el mundo a investigar en la dirección correcta.

En un período de tiempo muy corto se produjeron grandes cambios. Primero en la universidad, y después adondequiera que fuese, vi gente portadora de insignias en las que se leía: «¡Eykis vive!», o «¡Me gusta. Eykis! ». Las había que mostraban un ojo rodeado por la consigna: «¡Mirad la realidad!». En los automóviles, las pegatinas decían: «La felicidad es el camino», y «¡Simplificad las cosas! ». Una empresa de jardinería se anunciaba con un dibujo que representaba a Eykis llevando un ramo de flores y con la leyenda de: «¿Cultiva usted su jardín? ¡Venga a vernos y le daremos algunas ideas!». Yo temía que el mensaje de Eykis fuese tomado demasiado a la ligera. Los estudiantes jugaban con imaginarios láseres disgustadores y activadores de rebobinado, levantando los dedos a modo de pistolas. ¿Habían captado el verdadero mensaje?

En la Tierra vivíamos problemas graves, y Eykis había sido sincera. ¿Eran aquella ligereza, aquella profusión de consignas, la mejor manera de recibir su mensaje? La respuesta resultó afirmativa. En cuestión de unos meses, las cintas se convirtieron en tema de extensas discusiones. En las universidades, los estudiantes de psicología, sociología, medicina, religión, filosofía, ciencias políticas y administración de empresas hablaban de ellas. Se veía a políticos de todos los niveles adoptar insignias de Eykis y votar leyes referentes a la sanidad, los presupuestos de defensa, la educación y todos los importantes temas que había tratado mi amiga. Aquellos políticos se volvieron más conscientes de los asuntos públicos, y sus votantes lo advirtieron. Nacieron, de la noche a la mañana, clínicas que desarrollaban programas holísticos de salud. Las empresas organizaron seminarios para debatir cómo podían aplicarse al mundo de los negocios las ideas de Eykis. Obras teatrales inspiradas en las cintas fueron presentadas en los escenarios de todo el país por las mejores compañías. Congresos internacionales emitieron declaraciones en apoyo de la filosofía de Eykis.

Aunque yo me recreaba en el gran impacto del mensaje de Eykis sobre la salud emocional, espiritual y física de mis conciudadanos, no me daba cuenta realmente de la rapidez con que se extendería aquel mensaje. Las películas fueron subtituladas en cuarenta idiomas, y distribuidas por todo el mundo. Incluso en los países donde fueron censuradas, entraron clandestinamente copias íntegras que causaron una conmoción imposible de reprimir. Y entonces me llegó el telegrama: ¡Se me había concedido el Premio Nobel de Física por mi investigación sobre el transporte molecular!

Después de pensarlo mucho, decidí que las *Fórmulas Uranitas* eran un regalo para

la Tierra y no para mí, y que, como maestro, debía ahora entregar todo el contenido de las fórmulas, así como los regalos de Eykis. En un principio, mi amiga había deseado un público a escala mundial, y entonces yo no había podido proporcionárselo. Ahora, debido al registro de mi casa, no me atrevía a atraer la atención del mundo por ningún medio sensacionalista. Pero una vez hubiese comunicado las fórmulas a todo el orbe, cesaría todo peligro tanto para ellas como para mí, y la solemne ceremonia de entrega de los Nobel aportaría el distinguido auditorio que Eykis había deseado.

Con gran alegría y apresuramiento, pedí y recibí de la universidad una semana de permiso para asistir a la concesión del premio. Mis amigos creían que me dirigía directamente a Suecia; lo cierto, sin embargo, es que fui mucho más lejos. Pero llegué a Estocolmo puntualmente, emocionado ante la perspectiva de conocer a los grandes de la Tierra en la civilizada cordialidad de aquella rutilante capital.

Aquella noche se hicieron las presentaciones, en medio del previsible esplendor. La discreta elegancia del acto no disminuía la excitación general. El ambiente era una agradable combinación de orgullo y del más profundo respeto hacia los demás galardonados. Cuando me llegó el turno de recibir el premio, el corazón me galopaba. El intenso fulgor de las lámparas y el *flash* de las cámaras me deslumbró, y al mismo tiempo iluminó mi camino hacia el estrado.

Antes de hablar, respiré profundamente.

—La recompensa que yo acepto por mi labor en el campo de la física es el placer de estar hoy ante ustedes, los grandes de todas las naciones, el hecho de estar entre ustedes como amigo. Pero el premio que ustedes me han concedido no puede ser sólo mío, en justicia, pues mis trabajos partieron de una información de maestros de otro mundo. A nivel internacional, existen ya prestigiosos físicos y científicos que se han acercado a la solución del problema del transporte molecular, por lo cual yo me siento seguro completando los espacios que quedaban en blanco. He traído conmigo las *Fórmulas Uranitas* para distribuirlas entre todos ustedes. Y la prueba de su validez será la presencia de la señora Eykis, de quien muchos de ustedes han oído hablar. Eykis ha abandonado Urano hace muy poco, y ahora voy a hacerle sitio para que pueda materializarse cómodamente en este estrado. ¡Ah! Ya siento su energía a mi lado... ¡Eykis, ven con nosotros! ¡Bienvenida a un planeta que hoy es mejor que cuando lo dejaste!

Los puntos de luz de las moléculas de Eykis empezaron a vibrar junto a mí. Oí las exclamaciones de asombro de los presentes.

Y volví a ver aquellos ojos risueños, aquella expresión sincera...

La ciencia y la tecnología han cambiado nuestro mundo; sin embargo, nuestras actitudes y sentimientos no han evolucionado. Aún arrastramos creencias y percepciones equivocadas sobre la realidad que nos rodea. ¿Cómo reaccionaría un extraterrestre ante la compleja organización de la vida en la Tierra? ¿Seríamos nosotros capaces de asimilar su cultura y su forma de vida? A través de un diálogo novelado entre un terrícola y un uranita, *Los regalos de Eykis* responde a estas preguntas para enseñarnos quiénes somos en realidad y lo que lograríamos si nos liberáramos definitivamente de nuestras zonas erróneas: una vida futura más plena, libre y feliz.

Wayne W. Dyer (1940-2015) fue un renombrado conferenciante y un autor conocido internacionalmente en el área de la autoayuda. Doctor en orientación educativa por la Universidad de Wayne y profesor en la Universidad de Nueva York, dedicó gran parte de su vida a dar conferencias, a impartir cursos y a escribir. De sus más de cuarenta obras publicadas cabe destacar *Tus zonas erróneas*, posiblemente el libro de autoayuda más leído del mundo con más de treinta y cinco millones de ejemplares vendidos.

Título original: *Gifts from Eykis*

Edición en formato digital: mayo de 2016

© 1983, Wayne W. Dyer

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Esther Donato, por la traducción

Traducido de la edición de Simon and Schuster, Nueva York, 1983

Diseño de portada: Sylvia Sans

Fotografía de portada: © Thomas Kitchin & Victoria Hurst / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-6633-582-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Los regalos de Eykis

Agradecimientos

Introducción

Prólogo

PRIMERA PARTE. Urano

1. La llegada

2. Eykis

3. La segunda visita

SEGUNDA PARTE. La Tierra

4. Primeras observaciones

5. Observaciones finales de Eykis

6. La propuesta de Eykis

TERCERA PARTE. Los regalos de Eykis

7. Conversaciones basadas en la realidad

8. Algunas reacciones realistas

9. Los secretos del Universo

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Wayne W. Dyer

Créditos

Índice

Los regalos de Eykis	2
Agradecimientos	6
Introducción	8
Prólogo	10
PRIMERA PARTE. Urano	12
1. La llegada	14
2. Eykis	20
3. La segunda visita	29
SEGUNDA PARTE. La Tierra	50
4. Primeras observaciones	51
5. Observaciones finales de Eykis	60
6. La propuesta de Eykis	75
TERCERA PARTE. Los regalos de Eykis	86
7. Conversaciones basadas en la realidad	88
8. Algunas reacciones realistas	125
9. Los secretos del Universo	132
Epílogo	144
Sobre este libro	150
Sobre Wayne W. Dyer	151
Créditos	152